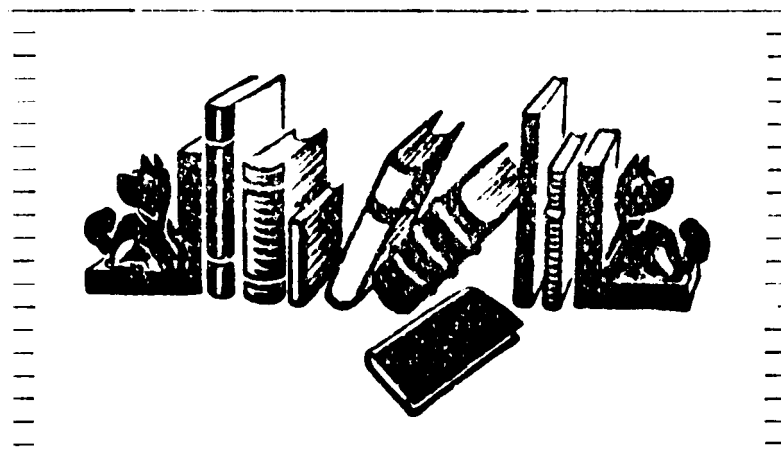


JOSE ZERON h.

PARNASO
LIRICO
ESCOLAR



IMPRESA «ARISTON»
TEGUCIGALPA, D. C., HONDURAS, C. A.
1 9 6 6

EL AUTOR DE ESTE LIBRO



Autor de los libros: “Mal-dita Sea la Guerra”, “Roo-sevelt y Carías Andino”, “Revelación”, “Estampas”, “Cuentos de Navidad”, “Alma Mía”, “Mar Abierto”, “Tres Próceres Centroame-ricanos”, “Kaleidoscopio Es-piritual”, “Historia del Agua Potable de Comayagüela”, Historia del Mercado San Isidro” y de “Parnaso Lírico Escolar”.

Profesor, Orador y Periodista JOSE ZERON h.

Ha sido Director de los Periódicos “Excelsior”, “El Tiempo” y “El Nacional”; de los diarios hablados: “Diario de Centroamérica”, “Honduras al Día” e “Impacto”. Tiene quince años de dirigir la Revista HONDURAS.

Durante más de treinta años ha trabajado en el Magisterio Nacional, habiendo sido Profesor en la Escuela “República de Chile”, de Puerto Cortés, y en la Escuela “República Oriental del Uruguay”, en Tegucigalpa. También fue Inspector de Escuelas Urbanas y Rurales de Tegucigalpa, D. C., y Supervisor Departamental de Enseñanza Primaria en Islas de la Bahía, lo mismo que Jefe de la Campaña de Nacionalización de aquel mismo Departamento y Encargado de la Gobernación Política.

Ha sido Catedrático de varias asignaturas en los Institutos: “Franklin Delano Roosevelt”, en Puerto Cortés; del “José Trinidad Reyes”, en San Pedro Sula; en el “Instituto Nacional”, en la “Escuela Normal Central de Señoritas”, en la “Escuela Normal Central de Varones” y actualmen-te sirve la Cátedra de Literatura en el Instituto Militar “General Francisco Morazán” y en el Ins-tituto Técnico Vocacional, todos los últimos de esta capital.

En dos ocasiones ha sido Director de la Biblioteca Nacional de Honduras. Secretario del Ministro de Comunicaciones y Obras Públicas. Miembro Fundador del Instituto Hondureño de Cul-

PARNASO LIRICO ESCOLAR

Por Luis Andrés Zúñiga,
Poeta Continental y Fabulista Universal.

La publicación del libro Parnaso Lírico Escolar, cuyo autor es el destacado Profesor José Zerón h., es un acontecimiento venturoso para la escuela hondureña.

Es un armonioso conjunto de joyeles poéticos que con propósitos educativos harán las delicias de la infancia. Es un bello libro. Y no podría ser de otro modo, siendo que su autor es un educador eminente y a la vez un inspirado poeta. Como psicólogo que es, en ordenación ascendente, ha instituido, desde las breves e ingenuas poesías y cantos para los párvulos, hasta las poesías más serias y reflexivas para los grados más elevados.

Es un libro que necesitábamos. Y lo ha hecho quien debía hacerlo. Porque su autor es un hombre de selección que se ha destacado por su afán de servir, por su noble anhelo de ser útil. Yo fui uno de los primeros que aplaudieron sus comienzos literarios, que por cierto, fueron brillantes, y he seguido sus pasos hasta su completa culminación, pues ahora está reconocido como uno de los más distinguidos intelectuales y eminentes pedagogos de nuestra Patria.

LUIS ANDRES ZUNIGA.

UN NUEVO LIBRO PARA LA ESCUELA HONDUREÑA

PARNASO ESCOLAR es una preciosa selección de composiciones poéticas realizadas por el compañero y amigo Profesor José Zerón h., paciente tarea intelectual que ha cumplido con gusto estético y con acertado criterio pedagógico.

La selección antológica comprende poesías apropiadas para los niños del kindergarten, para los alumnos de la escuela primaria y para los estudiantes de la educación media, cuidadosamente agrupadas, según los intereses de cada edad. Las poesías escogidas ofrecen motivos ricos en experiencias relacionadas con el ambiente familiar, la vida de los animales y de las plantas y con los valores de la Patria. El autor, como educador que es, tuvo presente en todo momento que la poesía que más gusta al niño es la que es más grata a su oído, la que contiene impresiones de sonido, de ritmo y que habla de los intereses que le son familiares.

Esta obra será de gran valor en la escuela hondureña siempre que los maestros la usen como auxiliar en la comunicación al niño del sentimiento estético y de la emoción que vive en cada poema. Además será valiosa como recurso en la enseñanza del lenguaje y en la motivación de otras actividades propias de la vida escolar.

El Profesor Bohórquez, de Colombia, recomienda algunas orientaciones técnicas para la enseñanza de la poesía. Esas recomendaciones son las siguientes:

- a) Para iniciar la enseñanza de una poesía debe proporcionarse al niño un ambiente propicio: reunirlos en el aula o fuera de ella en un sitio fresco, sentados en el piso o en sus sillitas y hacer rueda en torno al maestro;
- b) El maestro debe recitar la poesía en voz alta, con la entonación adecuada, pero sin gritar;
- c) El maestro recitará la poesía como un todo, a fin de que los pequeños tengan una impresión de conjunto de la misma. En ningún caso tratará de enseñar verso por verso, en relación con el contenido, pues en esa forma carece de valor educativo;
- d) El maestro procederá al análisis de la poesía por unidades completas de pensamiento que no siempre lo constituye una estrofa, sino dos o más de ellas y explicará y escribirá las palabras desconocidas;
- e) El maestro no obligará a los niños a que memoricen la poesía si comprueba que no están preparados para ello y no han demostrado interés por aprenderla. En todo momento del aprendizaje deben tenerse en cuenta los gustos y las diferencias individuales;
- f) Todos los niños no tienen por qué aprender un determinado poema; a algunos sólo les gusta una estrofa o parte de ella y si esto sucede, hasta allí debe llegar el maestro;

DOÑA GLORIA DE LOPEZ ARELLANO



Con todo afecto y respeto, dedico este libro mío, a la Excelentísima Primera Dama de la Nación, doña Gloria de López Arellano, mujer culta, talentosa y noble, quien como Presidenta de la Junta Nacional de Bienestar Social, desarrolla brillante labor, en beneficio de la niñez necesitada de Honduras.

Tegucigalpa, D. C., año de 1966.

P O E M A S

PARA

ALUMNOS DE KINDERGARDEN

LA MUÑECA

Mi muñeca linda
tiene traje y capa,
un sombrero y botas
y una cama blanda,
la, la, laa; la, la, la.

Cierra los ojitos
de su linda cara,
cuando la recuesto
en su blanda cama,
la, la, laa; la, la, la.

Yo con ella juego
desde la mañana,
y por ella coso,
tejo hilo y lana,
la, la, laa; la, la, la.

LA LLUVIA

¡Que llueva, que llueva,
Oh Virgen de la Cueva!
Que llueva un chaparrón,
ron, ron, ron.

La tierra que, arada,
el agua esperaba, la lluvia inundó
y hermosa promesa el agua nos dio.

¡Que llueva, qué llueva,
Oh, Virgen de la Cueva!
Que llueva un chaparrón,
ron, ron, ron.

Bendigamos a la lluvia,
a la lluvia que cayó.

LA ABUELA

¿Por qué abuelita está sentada
tanto tiempo en el sillón?
Nunca se pone a hacer nada.

¡Como que no está obligada
a estudiarse una lección!

EL GATO

No hay como el gato
de mi casita,
vaya unos ojos,
y una colita.

Cuando estoy triste
mira y me llama
y de un saltito
sube a mi cama.

Besa mi cara,
lame mis cejas,
y en un runrún manso
da a mis orejas.

Cuando oye ruidos
por los rincones,
es el Herodes
de los ratones.

Lee en mi libro,
come en mi plato,
no me abandona
ni un solo rato.

No hay como el gato
de mi casita,
vaya unos ojos
y una colita.

LA ARDILLA

La ardilla corre,
la ardilla vuela,
la ardilla salta,
como locuela.

Mamá, ¿la ardilla
no va a la escuela?

Ven, ardillita,
tengo una jaula
que es muy bonita.

No, yo prefiero
mi trono de árbol
y mi agujero,
dijo la ardilla,
saltando presto.

LOS POLLITOS

Los pollitos dicen
pío, pío, pío,
cuando tienen hambre,
cuando tienen frío.

La gallina busca
el maíz y el trigo,
les da la comida
y les presta abrigo.

Bajo sus dos alas,
acurrucaditos,
hasta el otro día,
duermen los pollitos.

EL JILGUERILLO

Jilguerillo, jilguerillo,
tú que cantas sin cesar,
ven y dile a madrecita
que ayer me viste jugar,
que la adoro con locura
y no la puedo olvidar.

Jilguerillo, jilguerillo,
tú que cantas sin cesar,
cántale a mi madrecita
que no la dejo de amar,
que la quiero con locura
y no la puedo olvidar.

Bello jilguero,
vuela ligero, y en tu piquito,
a mi buena madre,
llévale un besito.

EL PUENTE

¡Qué hermoso se ve el puente
de piedra sobre el río!
Abajo la corriente
y arriba el caserío.
¡Qué hermoso se ve el puente
de piedra sobre el río!

EL RATONCITO

Un ratoncito pequeño
sin malicia todavía,
al despertar de un sueño
se sentó en su cuarto un día.

Al frente del agujero
un gato sentado estaba,
y con tono zalamero
así al ratoncito hablaba:
Sal, querido ratoncito
que te quiero acariciar;
aquí tengo un dulce exquisito
que te voy a regalar.

Tengo un azúcar muy buena,
queso y nueces deliciosas,
si sales, a boca llena
podrás comer de mil cosas.

El ratoncito ignorante
del agujero salió,
y el cruel gato al instante
al incauto devoró.

LA ARAÑA

Teje una arañita
su red de plata
entre las hojas
de cualquier mata.

Gozo al mirarte
con qué presteza
y con qué afán
tus patas y tu cabeza
suben y bajan,
vienen y van.

Pero no vayas,
buena arañita,
hacer tu tela
en mi puertecita,
pues no permito
ni las basuras
que suelen quedarse
en las junturas
tras de las puertas
de mi balcón.

LOS REYES MAGOS

Ya salen los Reyes
de su gran palacio;
¿si vendrán a prisa,
si vendrán despacio?

Ya los pajes cargan
en grandes carrozas
sus santos regalos,
los santos regalos
que a los niños buenos
traen los Reyes Magos.

En mansos camellos
ya vienen los Magos
a dar a los niños
sus santos regalos.
¿Si sabrán mi casa
los tres Reyes Magos?

LA ESCUELA

Ya de nuestra escuela
se oye la campana.

Vamos a la escuela
que el deber nos llama.

Amor a los libros
y al maestro amor,
que el niño que estudia
lo bendice Dios.

LA MAMA Y EL NIÑO

Mamá, yo te quiero;
quisiera por tí
ser rico, ser sabio
y hacerte feliz.

Hijito de mi alma,
feliz lo soy ya;
estudia y muy pronto
todo eso serás.

MAMA

De la escuela
al regresar
voy corriendo
a abrazar
a mamá.

¿Quién me tiene
amor sin par?
¿Lindas cosas
quién me da?
Es mamá.

¿A quién puedo
yo contar
mi alegría
o mi pesar?
A mamá.

¿Quién me cuida
con afán?
¿Sus consejos
quién me da?
Es mamá.

Pues en pago
de este afán,
¿mi cariño
quién tendrá?
Mi mamá.

LOS POLLITOS DE MI TIA

Cinco pollitos tiene mi tía.
Uno le salta,
otro le pía
y otros le cantan
la sinfonía.

BESOS

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco!
Quiero aprender a contar
para saber cuántos besos
le voy a dar a mamá.

EL PAJARO Y EL NIDO

Un pajarillo
dieron a Blas,
niño travieso,
gran perillán.

Atale un hilo,
le echa a volar,
y el prisionero
quieto se está.

Blas le decía:

—Torpe animal,
goza el permiso
que hoy se te da.

Largo de sobra
es el bozal;
vuelos bien altos
puedes echar.

—No, decía el ave,
que en realidad
ese bien, luego,
tórnase en mal.

Tú de la pata
me tirarás,
siempre que el vuelo
quiera yo alzar...

No hay servidumbre
que aflija más
que una con visos
de libertad.

LAS PALOMITAS

Chiu, chiu, chiu, chiu.
Las palomitas cantan ya.

A levantarse perezosas
que ya el día va a empezar.

Chiu, chiu, chiu, chiu.

Abre niño tu balcón
para que entre el aire puro
y el primer rayo de sol.

LAS VIOLETAS

En mi jardincito
muy escondiditas
nacen a montones
las violetitas.

Todas las mañanas
están muy frescas
y un ramito llevo
a mi maestra.

Muy agradecida
las toma ella,
luego a la clase
se las enseña.

Y a los niños dice:
son las violetas
las más lindas flores
por su modestia.

LA LUNA

La luna en el cielo
parece un melón.
Quién fuera una nube
para ir de ella en pos.

Morderle un pedazo.
Probarle el sabor.
Y ver si realmente
es ella un melón.

EL BUEN NIÑO

De aves y flores
deben los niños
ser protectores.

En la escuela
gran cariño
todos tienen
al buen niño;
y en la casa
le aman tanto
que es de todos
el encanto.

DUERMETE

Duérmete, niño,
que voy a contar
las rositas blancas
que hay en el rosal.

Mi niño no duerme,
pues se lastimó,
y a curarle viene
su tío, el doctor.

Duérmete, nenito,
que voy a comprar
muchos juguetitos
para jugar.

Mi niño se duerme
al amanecer,
para que yo lave
y pueda coser.

Duérmete, nenito,
que voy a cazar
las maripositas
que quieren volar.

Este nene es más bonito
que las flores del jardín;
su madre lo quiere mucho
porque ya se va a dormir.

EL CARACOL, LA LUCIERNAGA Y EL GRILLO

Por *Fernando Luján*
(Argentino).

¡Qué dichoso el caracol,
que tiene un casco de vidrio
y duerme bajo la col!

Más dichosa es la luciérnaga,
que por las noches se alumbra
con una verde linterna.

¡Pero más dichoso el grillo,
porque sabe una canción
para dormir a mi niño!

ARBOL DE NAVIDAD

Por *Roberto Meza Fuentes*
(Chileno)

Arbol luminoso
de la Navidad,
tu cimera verde
nos dé claridad
y alegría y triunfo
en la tempestad:
Arbol luminoso
de la Navidad.

Eres, árbol claro,
un amanecer:
tu sombra es la fuente
que apaga la sed
y nos hace buenos
hasta sin querer:
Eres, árbol claro,
al amanecer.

Por tí es bello el mundo
y dulce el vivir,
árbol inefable
que no tiene fin,
alta y luminosa
torre de marfil:
Por tí es bello el mundo
y dulce el vivir.

Nació en un pesebre
el Dios del amor,
hombre, por nosotros
conoció el dolor,
y alumbró la vida
con su resplandor:
Nació en un pesebre
el Dios del amor.

Desde tí sonrío
el Niño de Luz,
besa nuestras almas
su mirada azul
y nos hace puros
amando, Jesús.
Desde tí sonrío
el Niño de Luz.

LOS PALITOS

Tengo unos palitos
para trabajar,
y todos juntitos
los voy a contar.
2 y 2 son 4,
4 y 2 son 6,
6 y 2 son 8
y 8, 16.

Si una niñita
quiere a más llegar,
sume más palitos,
hasta completar.

2 y 2 son 4,
4 y 2 son 6,
6 y 2 son 8
y 8, 16,
y 8, 24,
y 8, 32.
Animas benditas,
me arrodillo yo.

LOS DIAS DE LA SEMANA

El lunes nació una niña,
el martes se bautizó,
el miércoles fue a la escuela
y el jueves se recibió.

El viernes ya estaba anciana,
el sábado se murió,
pero el domingo de nuevo
niñita resucitó.

MI GATITO

Tengo un gatito friolento
y si le dejo dormir
junto conmigo, al momento
su ron-ron empiezo a oír,
y el ron-ron quiere decir:
Gracias, estoy muy contento.

COPLAS DE CUNA PARA UN NEGRITO

Por Germán Berdiales
(Argentino).

De negros padres
nació este niño,
como ellos negro,
negro macizo.
Este niño
tan negro es
que, cuando llora,
llora café.

A mi negrito
yo no lo cambio
ni por un negro
ni por un blanco.

En todas partes
hay chicos lindos:
blancos algunos,
negros, muchísimos.

Es mi negrito,
dientes de nácar,
la más alegre
de las maracas.

Dice la gente:
—Relampaguea...—
Y es mi negrito
que parpadea.

ABUELITA

Por Tomás Allende Iragorri
(Argentino).

Quién subiera tan alto
como la luna
para ver las estrellas
una por una.

Y elegir entre todas
la más bonita
para alumbrar el cuarto
de la abuelita.

MI MADRE

Por José Pedroni
(Argentino).

Nos dió con toda el alma, como el árbol de ramos
y como el nido, pájaros, y ahora, sin querer,
llora cuando nos tiene, llora cuando nos vamos
y llora de alegría cuando nos ve volver.

MI MUÑEQUITA

Mi muñequita se llama Nena,
con ella juego, mas no en la escuela;
coso sus trajes, sus medias tejo,
sus ropas lavo y limpia la tengo.

Mis hermanitos, que son traviosos,
también quieren jugar con ella.
Yo no les presto esta muñeca.
Si me la rompen, muero de pena.

LETRAS Y NUMEROS

A, E, I, O, U.
El ternero hace mú.

1, 2, 3, 7, 5.
Miren señores, que brinco.

4, 6, 8, 9, 10.
Señores, hasta después.

LOS CONSEJOS DEL PADRE

Seca de tu padre el lloro,
sus palabras cual tesoro
guarda, aunque de él estés lejos,
que de un padre los consejos
son más preciosos que el oro.

EL CABALLITO

Yo tengo un caballito
muy blanco y muy bonito
que corre ligerito
y mil vueltas da.

Arisco es mi potrillo,
furioso se encabrita,
se para muy derecho,
mas no me tumbará.

LA ROSA

Entre las flores
la más hermosa
es la que lleva
por nombre rosa.

Por eso un día
buscando flores
hallé una rosa
de mil colores.

LAS GALLINAS

Tengo tres gallinas
de color carbón,
todas con pollitos
que son un primor.

Van con los pollitos,
me pongo a contar
y siempre me sale
la cuenta cabal.

Dos y dos son cuatro,
cuatro y seis son diez,
diez y dos son doce
y once veintitrés.

MIS BUENOS PAPAS

Yo tengo un papá muy bueno
y mamá también muy buena:
Hijito, Dios te bendiga.

Hijito, quiero que aprendas.
Esto dice mamacita
esto dice y me besa.

EL NIÑO DIOS

Camina la Virgen pura,
camina para Belén,
y en la mitad del camino
pide el niño de beber.

No pidas agua, mi amor.
No pidas agua, mi bien;
que las fuentes están turbias
y los arroyos también.

P O E M A S

PARA EL

PRIMER GRADO

LA MARCHA DE LAS FLORES

Escuchad niñitos
con mucha atención,
que cantan las flores
su dulce canción.

Despierta amapola
de rojo color,
abrid hojas verdes,
¡oh!, dad paso a la flor;
anuncia a mayo,
nubes de arrebol,
y son más vivos
los rayos del sol.

LOS PAJARITOS

¡Oh!, dichosos pajaritos
que cantáis con alegría
al salir de los niditos
cuando asoma el nuevo día.
Dadme, dadme pajaritos,
dadme un poco de alegría
y cantemos bien juntitos,
cuando asoma el nuevo día.

MIS GATITOS

Mi gatito Micifuz,
laz, lez, liz, loz, luz,
y mi gatito Zafirón,
perseguían a un ratón
y lo cazó Micifuz,
faz, fez, fiz, foz, fuz.

Pobre ratoncito,
qué desgraciadito;
de Micifuz
entre las garras
vaz, vez, viz, voz, vuz;
pero si logra escapar
qué alegría le va a dar.

EL QUESO, EL RATON Y EL GATO

Guardado Jorge tenía
Su queso en una alacena,
Y una tarde con gran pena,
Vio que un ratón lo roía.

Para evitar tal exceso,
Allí su gato metió:
El gato al ratón comió,
Mas también se comió el queso,

EL GATITO

Mis... Mis... Gatito.
¿De dónde llegas?
De Londres vengo,
De ver la Reina.

¿Y qué más viste?
Ví junto a ella
Un ratoncito
Bajo su mesa.

LA ROSA AMARILLA

Amarilla volviése
la rosa blanca,
por envidia que tuvo
de la encarnada.

Teman las niñas
convertirse de blancas
en amarillas.

AMOR MATERNAL

Nadie a una madre es igual:
sólo en su amor inmortal
toda la dicha se encierra,
pues no hay amor en la tierra
como el amor maternal.

LA MUÑECA

Tengo una muñeca
vestida de azul
con su camisita
y su canesú.

La saqué a paseo,
se me constipó;
la metí en la cama
con mucho dolor.

Esta mañanita
me dijo el doctor
que le dé jarabe
con un tenedor.

Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho
y ocho diez y seis
y ocho veinticuatro
y ocho treinta y dos.

Ya verás muñeca
si te curo yo.

EL AMOR FILIAL

Es mi madre mi tesoro,
Yo la adoro;
La amaré toda mi vida,
sin medida.

¿No veló junto a mi cuna?
Cual ninguna.
¿No cuidó de mi niñez?
Cierto es.

Ella me enseñó a marchar
y a charlar...
Qué paciencia, madre, cuánta.
Eres santa.

Eres mi dulce sostén.
Caro bien.
¡Oh mi madre, mi tesoro,
Yo te adoro!

LAS SIETE VIDAS DEL GATO

Preguntó al gato Mambrú
el lebre! perdonavidas
—Pariente de Micifú:
¿Qué secretos tienes tú
para vivir siete vidas?

Y Mambrú le contestó:
—Mi secreto es muy sencillo,
pues no consiste sino
en frecuentar como yo
el aseo y el cepillo.

EL NIÑO Y EL NIDO

“No toques mi pobre nido,
buen niño, yo te lo ruego;
no lo toques que mis hijos
pequeñuelos, están dentro”.

Así un pájaro decía
a un rapaz, y éste, cediendo,
se alejó, mientras el ave
llegándose a sus hijuelos
los cubrió con sus alas,
les dio el ansiado sustento,
entonando alegres cantos
en honor del niño bueno.

LA NIÑA TRABAJADORA

Yo soy la niña trabajadora,
yo soy la ayuda de mi mamá.
¿Me ven ustedes?, y yo estoy ahora
lavando loza sin descansar.

Qué limpiecitos quedan los platos
que lavo y seco cantando yo.
Siempre me quedan mis buenos ratos
para mis juegos y mi diversión.

Yo soy alegre como una charla;
mamá me dice que soy así
porque trabajo para ayudarla
y que así siempre seré feliz.

AMOR A MAMA

Yo quiero a mis hermanitos
y también quiero a papá,
pero más que a ellos juntitos
mucho más quiero a mamá.

¿Cuánto me quieres a mí?,
me pregunta mi papá,
y yo le contesto así...,
pero más a mi mamá.

LA MUÑEQUITA

Esta linda muñequita
que yo mimo con afán
me la compró mamacita,
ayer tarde en el Bazar.

Son dorados sus cabellos,
su vestido es un primor,
y sus ojos son destellos
de la luz del mismo sol.

Cuando anoche le cantaba
mientras ella se dormía,
la muy linda me besaba
y también me sonreía.

Si ella llora, yo lo siento;
si ella ríe, río yo,
es ella mi pensamiento,
ella es todo mi amor.

Si ella alza su bracito,
yo le digo: niña no,
que te duele tu bracito
y yo siento tu dolor.

Y si ríe con dulzura,
como sabe ella reír,
de su boca la miel pura
me hace mil veces feliz.

Esta bella muñequita,
que yo cuido con afán,
me la compró mamacita
ayer tarde en el Bazar.

LA PERLA Y EL DIAMANTE

Dijo la perla al diamante:
“Valgo mucho más que tú;
de negro carbón naciste,
y yo de la mar azul”.

Y le contestó el diamante:
“Tu mérito es muy común.
Siempre fuiste y serás blanca.
Yo fui negro y vierto luz”.

EL CONEJITO

Un blanco conejito
vivaracho y juguetón,
muy blanco y muy bonito
en la escuela crío yo.

Fresca hierba le regalo,
grano dóile del mejor;
y le he puesto una casita,
donde vive cual señor.

El me paga con cariño
y me halaga si me ve,
porque sabe que le quiero
y que yo le cuidaré.

LOS DEDOS DE LA MANO

Este es un hacendado,
éste es un escribiente,
éste es el Presidente,
éste es un abogado
y éste un niño mimado.

Todos son buena gente;
y aunque son desiguales,
viven alegremente,
trabajando igualmente
y son cinco cabales.

EL PREMIO

Ufana vuelve del colegio Lola
y a su madre refiere, placentera,
que el profesor la ha puesto de primera
en clase de gramática española.

—Tu aplicación alabo,
exclama la madre, dándole un beso,
mas, ¿cómo ha sido eso?
—¿Que cómo...? porque soy
la que más sabo.

EL CIEGUECITO

Este pobre ciegucecito
es un antiguo soldado,
que sólo tiene a su lado
un cariñoso amiguito.

Es el perro que le guía
cuando el infeliz anciano
con su guitarra en la mano
consigue el pan de cada día.

LA MENTIRA

Juan, un lindo niño,
bello como el día,
está triste porque
dijo una mentira.

La madre solloza:
—Qué desgracia mía
que uno de mis hijos
diga una mentira.

Todos sus hermanos
y sus hermanitas
lo miran, exclaman:
—Dijo una mentira.

Juan está triste.
Llora y en seguida dice:
—Nunca, nunca,
diré una mentira.

MI LIBRO

Mi libro es un tesoro:
tiene un mundo de cositas
tan graciosas, tan bonitas,
que valen más que oro.

El causa mi embeleso;
es para mí lo mejor,
tomarlo con gran primor
y contento darle un beso.

EL NIÑO BUENO

Me levanto con el Sol
y el día paso muy contento,
no digo palabras malas,
pero río, corro y juego;

y cuando el Sol tras el monte
hunde su disco de fuego
me siento alegre y tranquilo
porque sé que he sido bueno.

La cama entonces me espera;
a ella me voy limpio y fresco,
y a veces sin saber cómo,
antes de rezar me duermo.

LA MADRE

—¿Qué miras por la ventana?
—Miro el Sol que se va
y me dice hasta mañana.

—Dí, madre, ¿no volverá?

—Volverá, niño querido,
y hasta tu cama entrará,
pero... si te halla dormido
todavía, ¿qué dirá?

—Ah, no me ha de ver dormido,
bien despierto me hallará.

Si te encuentra ya vestido.
¡Qué contento se pondrá!

LOS BUENOS LIBROS

Un buen libro es el mejor
amigo que el hombre tiene,
pues instruye y entretiene
y siempre le hace favor.

Cuando estés desocupado
sin saber lo que has de hacer,
toma un libro, ponte a leer
y verás el resultado.

DUERMETE YA

Por Amado Nervo
(Mexicano).

Llegó la noche, la luna
de plata brillando está;
ningún rumor te importuna:
tu madre mece tu cuna;

duérmete ya...

¿Ves cómo cada vidriera
iluminándose va?
Ni un alma cruza la acera;
todo es misterio afuera;

duérmete ya...

El jardín, de tan sombrío
y quieto, pavor me da.
Las ramas tiemblan de frío:
cierra los ojos, bien mío;

duérmete ya...

Si duermes pronto, mi dueño,
tu ángel guardián te traerá
un ensueño tan risueño
que será el más lindo ensueño
que un niño soñado ha.

Duérmete pronto mi dueño,
duérmete ya...

ME TUVISTE

Por Gabriela Mistral
(Chilena).

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la ronda de astros
quien te va meciendo.

Gozaste la luz
y fuiste feliz.
Todo el bien tuviste
al tenerme a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la tierra amante
quien te va meciendo.

Miraste la ardiente
rosa carmesí.
Estrechaste al mundo;
me estrechaste a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es Dios en la sombra
quien te va meciendo.

LA TOS DE LA MUÑECA

Por Germán Berdiales
(Argentino).

Como mi linda muñeca
tiene un poquito de tos,
yo, que en seguida me aflijo,
hice llamar al doctor.

Serio y callado a la enferma
largo tiempo examinó,
ya poniéndole el termómetro,
ya mirando su reloj.

La muñeca estaba pálida,
yo temblaba de emoción,
y, al fin, el médico dijo,
bajando mucho la voz:
—Esta tos sólo se cura
con un caramelo o dos.

CANCION DE MAYO

Por Lope de Vega
(Español).

En las mañanicas
del mes de mayo,
cantan los ruiseñores,
retumba el campo.

En las mañanicas,
como son frescas,
cubren ruiseñores
las alamedas.

Ríense las fuentes
tirando perlas
a las florecillas
que están más cerca.

Vístense las plantas
de varias sedas,
que sacar colores
poco les cuesta.

Los campos alegran
tapetes varios,
cantan los ruiseñores,
retumba el campo.

LA PRIMAVERA DE LA ALDEA

Por Jaime Torres Bodet
(Mexicano).

La primavera de la aldea
bajó esta tarde a la ciudad,
con su cara de niña fea
y sus vestidos de percal.

Traía nidos en las manos
y le temblaba el corazón,
como en los últimos manzanos
el trino del primer gorrión.

Tenía, como los duraznos,
de nieve y rosa hecha la piel,
y sobre el lomo de los asnos
llevaba su panal de miel.

A la ciudad la primavera
trajo del campo un suave olor
en las tinas de la lechera
y las jarras del aguador.

LA LIMPIEZA

¿Por qué está bello siempre Juanito?
Su cara tiene del sol el brillo.
¿Por qué está bello...?
¿Por qué está limpio...?
Hermoso traje siempre ha lucido
¿Será de seda como el de un rico?
No, no es de seda...
Pero está limpio.

POEMAS
PARA EL
SEGUNDO GRADO

DOÑA PRIMAVERA

Por Gabriela Mistral
(Chilena).

Doña Primavera
viste que es primor,
de blanco, tal como
limonero en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas
y por caravanas
unas fucsias rojas.
Salid a encontrarla
por esos caminos.
Va loca de soles
y loca de trinos.

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo...

No cree al que le habla
de las vidas ruines.
¿Cómo va a enterderlas
entre sus jazmines?

¿Cómo va a entenderlas
junto de las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?

De la tierra enferma
en las hondas grietas
enciende rosales
de rojas piruetas.

Pone sus encajes,
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas...

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas.

Rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de abnegación.

LA GALLINA

DE LOS HUEVOS DE ORO

Erase una gallina que ponía
Un huevo de oro, al dueño cada día
Aunque con tanta ganancia, mal contento,
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en menos tiempo más tesoro.

Matóla, abrióle el vientre de contado;
Pero, después de haberla registrado,
¿Qué sucedió? Que, muerta la gallina,
Perdió su huevo de oro y no halló mina.

LA SIERPE Y LA ABEJA

A un mismo arbusto llegaron
la sierpe y la abeja, y de él
una veneno, otra miel,
las dos a un tiempo sacaron.

Que hay libro, de ciencia lleno,
que leen el malo y el bueno,
sacando diversamente:
el bueno, miel, solamente,
el malo, sólo veneno.

LA VIOLETA

En mi jardín hay flores
Que llaman la atención
Por su gentil belleza
Su aroma y su color;
Mas, aunque brilla espléndida
Su rica variedad,
Es la violeta tímida
La que me gusta más.

EL CONGRESO DE RATONES

Juntáronse los ratones
para librarse del gato,
y después de un largo rato
de disputas y opiniones,
dijeron que acertarían
en ponerle un cascabel,
que andando el gato con él
guardarse mejor podrían.

—Pensamiento agudo, a fe,
dijo un ratón literato,
fingiendo cojear de un pie,
¿a ver, quién de ustedes le
pone el cascabel al gato?

EL ZAGAL Y EL NIÑO

¿Dónde vas, zagal cruel,
dónde vas, con ese nido,
riendo tú mientras pían
esos tristes pajarillos?

Su madre los dejó solos
por este momento mismo,
para buscarles sustento
y dárselos con el pico...

Mírala, cuán azorada
echa a menos sus hijitos;
salta de un árbol a otro,
va, torna, vuelve sin tino.

Al cielo favor demanda
con acento adolorido;
mientras ellos en tu mano
baten el ala al oírlo...

Tú también tuviste madre,
la perdiste de muy niño,
y te encontraste en la tierra
sin amparo y sin abrigo.

Las lágrimas se le saltaron
al cuitado pastorcillo
y vergonzoso y confuso
deja en el árbol el nido.

EL NIÑO BIEN MANDADO

Soy un niño bien mandado;
donde me mandan, gustoso voy;
voy a las compras, llevo un recado
y en un momento de vuelta estoy.

Nunca en la calle yo me detengo,
haya lo que haya, yo he de seguir;
hago el mandado, luego me vengo;
como unas pascuas, por lo feliz.

Hay otros niños, cuya demora
causa inquietudes a la mamá:
van a la esquina, tardan una hora
y luego sufren el cantantan.

Yo soy un niño muy bien mandado;
en un momento de vuelta estoy,
jamás en casa me han castigado
y sólo besos recibo yo.

EL NIÑITO

—¿Dime de dónde vienes?,
hijo querido.

—Vengo de donde vienen
los angelitos.

—¿Cómo hallaste esos lindos
ojos azules?

—Dos besos que en la cara
me dió un querube.

—¿Y las rosadas conchas
de las orejas?

—Habló y brotaron
para que oyera.

—¿Y cómo desde el cielo
vienes aquí?

—Porque, de buenas que eres,
Dios pensó en tí.

MI PATRIA

Ella fue mi madre
y ella fue mi cuna,
yo tengo una Patria
bella cual ninguna.

Son tantas sus gracias
y sus atavíos,
que para ceñirla,
son mares, son ríos.

Reclina sus sienes
sobre las montañas,
arca de sus glorias
y de sus hazañas.

Madre cariñosa,
no guarda rencores,
tiene una bandera
tejida de flores.

Patria idolatrada,
bella cual ninguna,
tú serás mi tumba,
pues fuiste mi cuna.

EL PERRO

Mi Sultán inteligente
de la casa es el guardián,
cómo mueve su colita
cuando me sale a encontrar.

Llevar sabe mi canasto
y sentarse y saludar;
y aunque sabe muchas cosas,
es modelo de humildad.

¿Lo castigo? Pues me mira
implorando mi piedad,
lo perdono, y da al olvido
su castigo, mi Sultán.

En el cuello de mi perro
brilla hermoso su collar;
es adorno que le puse
por emblema de amistad.

EL AGUILA Y LOS LAGARTOS

A un alto monte voló
un águila, y puesto allí,
dijo: —¿Quién sube hasta aquí,
sino solamente yo?

Mas luego a un lagarto vio
con otros lagartos viles
trepar a la cumbre a miles,
y ¡Ay!, exclamó, ¿qué hacen éstos?

¿Con que a tan altos puestos
suben también los reptiles?

EL NIÑO BIEN CRIADO

A cuatro o cinco chiquillos
daba de comer su padre
cada día: y como eran
tantas porciones iguales,
un día se olvidó de uno.

El, por no pedir, que es grave
desacato en los chicuelos,
estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces,
y dijo el chiquillo “zape”.

¿De qué me pides los huesos
si aún no me han dado la carne?

LA LUNA

La bella luna
la noche alegre;
sin su luz blanca,
la noche es negra.

La luz es suave,
su paso es lento;
ella es la reina
del firmamento.

Yo amo la luna,
yo soy su amigo,
donde yo vaya
va ella conmigo.

PLEGARIA POR EL NIDO

Por Gabriela Mistral
(Chilena).

Dulce Señor, por un hermano pido,
indefenso y hermoso: por un nido.

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
Y el canto dice que es divino,
y el ala, cosa de los cielos.

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
dulce tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
bello el rocío al enjorarlo.

De su conchita delicada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;
desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia,
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia...

Tú, que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas:
al copo leve de los lirios
y a las pequeñas clavelinas,
guarda su forma con cariño
y pálpala con emoción.
Tirita el viento como un niño;
es parecido a un corazón.

LAS MOSCAS

A un panal de rica miel
dos mil moscas acudieron,
que por golosas murieron
presas de patas, en él.

A otras dentro de un pastel
enterró su golosina;
así, si bien se examina,
los humanos corazones
perecen en las prisiones
del vicio que les domina.

EL CEPILLO DE DIENTES

Ya estamos listos, nuestro cepillo
lleno del agua desinfectante
corre ligero de aquí para allá
de allá para acá.

Pequeña escobilla
del niño compañera
solicita tú esperas
mi boca embellecer;
frescura tú derramas
pasando por mis dientes
bien rítmica y cadente
con mágico placer. —Coro—.

Cual perlas relucientes
en sarta primorosa,
manejas afanosa
mis dientes de marfil
Salud, goces y vida
ofreces al que te ama;
tú pródiga derrama
encanto juvenil. —Coro—.

El niño que es aseado
feliz hermoso brilla;
querramos la escobilla
que tanto bien nos da,
y todas las mañanas
busquémosla animosos
que días muy dichosos
su afán nos brindará. —Coro—.

LA RANA Y LA GALLINA

Desde un charco una parlera rana
oyó cacarear una gallina.

—Vaya, —le dijo—, no creyera, hermana,
que fueras tan incómoda vecina.

¿Y con toda esa bulla, qué hay de nuevo?
—Nada, sino anunciar que pongo un huevo.
—¿Un huevo solo? —Sí, señora mía.

¿Te espantas de eso, cuando no me espanto
de oírte, cómo graznas noche y día?

Yo, porque sirvo de algo, lo publico;
Tú, que de nada sirves, calla el pico.

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas,
seguido de perros
(no diré corría)
volaba un conejo.

De su madriguera
salió un compañero
y le dijo, detente,
amigo, ¿qué es esto?

¿Qué ha de ser?, responde,
sin aliento llego...;
dos pícaros galgos
me vienen siguiendo.

Sí, replica el otro;
por allí los veo;
pero no son galgos,
pues, ¿qué son?;
son podencos.

¿Qué, podencos dices?
Sí, como mi abuelo;
galgos y muy galgos,
bien vistos los tengo.

Son podencos; vaya
que no entiendes de eso;
son galgos te digo,
digo que podencos.

En esta disputa,
llegando los perros
pillan descuidados,
a mis dos conejos.

El que por cuestiones
de poco momento
deja lo que importa
sígase este ejemplo.

LA NIÑA Y EL ROSAL

Niña:

¿Qué he de hacer?
Buen día, lindo rosal,
y respóndeme formal;
para ser yo tan hermosa
como una encendida rosa.

Rosal:

Para que llegues a ser
tan bella, niña querida,
como una rosa encendida
óyeme lo que has de hacer:
crecer, crecer, crecer.

LA LIMOSNA

En una cierta ocasión
(de esta escena fuí testigo),
le arrojó pan a un mendigo
un niño desde un balcón.

Pero su padre, hombre humano,
díjole: “¿No te sonroja?”,
la limosna no se arroja,
se besa y se da la mano.

LOS CLAVELES

Mira, mira los claveles
cómo empiezan a brotar;
no te acerques Margarita
que se van a marchitar.

Uno, dos, tres, cuatro,
¡Virgen Santa, qué montón!,
no te acerques Guadalupe,
no los toques Asunción,
que se van a poner mustios
tan fragantes como son.

EL MOLINO

Sigue el agua en su camino
y al pasar por la arboleda
mueve impaciente la rueda
del solitario molino.

Cantan alegres
los molineros
llevando el trigo
de los graneros;
trémula el agua
lenta camina;
gira la rueda,
brota la harina;
allá en el fondo
del caserío
al par del hombre
trabaja el río.

La campesina tarea
cesa con el sol poniente
y la luna solamente
guarda la paz de la aldea.

MI GATO

Va a mirarse en el espejo
Flordelís, mi lindo gato;
ya está frente a su retrato
mi gracioso Flordelís;
por adorno de su hocico,
tiene dos largos mostachos,
siempre rectos, nunca gachos,
bajo la húmeda nariz.

Ojo vivo, oreja chica,
cola larga y arqueada,
piel muy suave y atigrada,
es así mi regalón;
una dama es por lo limpio
y se lava a manotones;
mas, siguiendo a los ratones
es tan bravo como un león.

CANTA LA MADRE POBRE

Por Germán Berdiales
(Argentino).

Este niño pícaro
se burla de mí,
cierra los ojitos
y los vuelve a abrir.

Basta de jugar,
basta de reír,
cierre ya los ojos
y quédese así.

¿Qué primero un cuento?
Pues sí, niño, sí;
había una vez
en cierto país
mucho que lavar,
mucho que planchar,
mucho que zurcir...

Por suerte los niños
dormían allí...
Y usted, dígame,
¿no piensa dormir?
¡Ah, quiere un besito!
¡Uno, y cien, y mil!
Pero, ¡a ver si ahora
se duerme por fin!,
que su madre vive
en aquel país
y la pobre tiene
mucho que lavar,
mucho que planchar,
mucho que zurcir...

LAS CANCIONES DE NATACHA

Por Juana de Ibarbourou
(Uruguay).

Se enojó la luna,
se enojó el lucero,
porque esta niñita
riñe con el sueño.

Duérmete, Natacha,
para que la luna
se ponga contenta
y te dé aceitunas.

Duérmete, Natacha,
para que el lucero
te haga una almohadita
de albahaca y romero.

La loba, la loba
le compró al lobito
un calzón de seda
y un gorro bonito.

La loba, la loba
salió de paseo
con su traje rico
y su hijito feo.

Los pondré en la almohada
donde mi Natacha
hunde su mejilla
rosadita y blanca.

Y al día siguiente
tendrá usted, así,
dos rositas blancas
y dos carmesí.

La señora Luna
le pidió al naranjo
un vestido verde
y un velillo blanco.

La señora luna
se quiere casar
con un pajarito
de plata y coral.

La loba, la loba
vendrá por aquí,
si esta niña mía
no quiere dormir.

Por los campos verdes
de Jerusalén
va un niño rubio
camino a Belén.

Le dan los pastores
tortas de maíz,
leche de sus cabras
y pan con anís.

El niño tiene
los rizos de luz.
Duérmete, Natacha,
sueña con Jesús.

—Señor jardinero,
deme usted a mí
un capullo pálido
y otro carmesí.

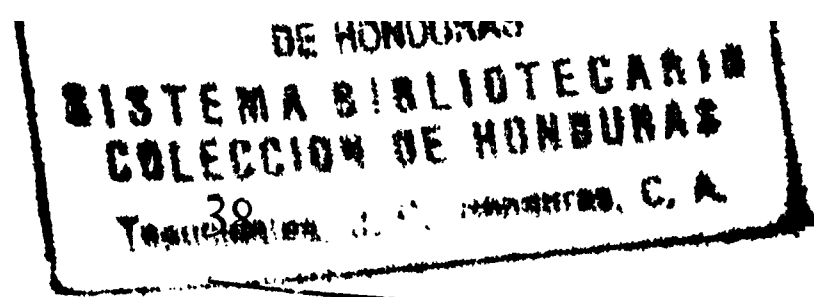
Duérmete, Natacha,
e irás a la boda
peinada de moño
y en traje de cola.

—El sueño hoy no quiere
venir por acá.
Anda, ratoncito,
a ver donde está.

—Señora, mi ama,
yo lo ví bailar
con dos damas rubias
en la casa real.

—Dile que Natacha
se quiere dormir:
que mi niña es buena
como un serafín.

Que venga en seguida
y le daré yo
un collar de plata
y un limón de olor.



JOSE ZERON h.

CANCIONES DE CUNA

(Anónimo).

I

Duérmete, niño,
que viene el coco
y se lleva a los niños
que duermen poco.

Nea, nea, nea, ro.

Duérmete, niño, en la cuna,
mira que viene la mora
preguntando por las casas
dónde está el niño que llora.

Nea, nea, nea, ro.

Duerme mucho, chico, duerme;
duerme que aquí estoy yo;
duerme con los angelitos
y con la madre de Dios.

Nea, nea, nea, ro.

II

Duérmete, mi hijito,
duérmete, mi sol;
duérmete tú, gloria
de mi corazón.

San José lavaba,
la Virgen tendía
y el Niño lloraba
del frío que hacía.

La Virgen lavaba,
San José tendía
los blancos pañales
que el Niño tenía.

María lavaba
los pobres pañales,
y José tendía
por los romerales.

María lavaba
a orillas de un pozo
los pobres pañales
de su Hijo precioso.

III

Arrorró, mi nene;
arrorró, mi sol;
arrorró, pedazo
de mi corazón.

El Señor pasó,
nadie los sintió;
sola la bandera,
sola se batió.

Señor San José,
alférez mayor,
bate la bandera,
que pasó el Señor.

IV

Señora Santa Ana,
toca tu campana,
porque el niño llora
por una manzana.

Señor San Joaquín,
toca tu violín,
porque el niño llora
por un volantín.

V

Una es una,
dos es dos,
tres es tres;
al arrullo,
al arrullo,
duérmete.

Echate, niño,
que viene el coco
ya por los niños
que duermen poco.

Señor San José,
vos sois carpintero;
hacedme una cuna
para este cordero.

Este niño que llora
no tiene cuna.
Su padre es carpintero,
le va a hacer una.

La Virgen es panadera
y el Niño le pide pan,
y el bendito San José
se lo da con humildad.

VI

La Virgen lavaba,
San José tendía
y el Niño lloraba
del frío que hacía.

Duérmete, guagüita,
duérmete, por Dios,
por los capachitos
de San Juan de Dios.

Duérmete, niño,
que viene la vaca,
con sus astas de oro
y sus pies de plata.

Duérmete, niño,
que viene la vaca,
muy puesta de capa,
con su ternerito
puesto de gorrito.

Señor San José,
carita de luna,
mécame a la guagua
que tengo en la cuna.

VII

—Guagüita, guagüita,
¿dónde está tu madre?
—Fue a lavar los paños
al estero grande.

—Señor San José,
enciende candelas
para ver quién anda
por la cabecera.

—Son los angelitos
que andan de carrera
por llevarse al niño
entre las banderas.

Duérmete, niño,
que tengo que hacer:
lavar las mantillas,
sentarme a coser.

VIII

Señora Santa Ana,
¿qué dicen de Vos?
Que sois Soberana
y abuela de Dios.

Señor San José,
¿qué dicen de Vos?
Que sois muy buen hombre
y padre de Dios.

¡Ay!, doña Juanita.
Llorando está el niño
por una piedrita
que se le ha perdido.

Baja tú al río
y recoge dos,
una para el niño
y otra para vos.

Señora Santa Ana,
carita de raso,
Mécame esta guagua
que tengo en los brazos.

—Señora Santa Ana,
¿por qué tiene pena?

—Porque la gatita
se comió la cena.

IX

—Hermosa Santa Ana,
¿por qué llora el niño?

—Por una manzana
que se le ha perdido.

—Venga usted a mi casa,
yo le daré dos:
una para el niño
y otra para vos.

X

¿Qué tiene este niño
con tanto llorar?

¿Que no tiene madre
que lo haga callar?

Manzanita de oro,
si yo me la hallara,
se la diera al niño,
para que callara.

—María Isabel,
¿quién te dio el clavel?

—Me lo dio el niño
que me vino a ver.

Este lindo nene
que nació anoche
quiere que lo lleven
a pasear en coche.

Duérmete, niñoito,
vamos a Belén
a ver a la Virgen
y al Niño también.

La rueda de un coche
un niño mató;
la Virgen del Carmen
lo resucitó.

Esta mi guagüita
tiene mal dormir,
quiere que le traigan
flores del jardín.

Esta guagua linda
se quiere dormir
y el pícaro sueño
no quiere venir.

Esta mi guagüita
tiene mal dormir,
cierra los ojitos
y los vuelve a abrir.

Duerme, duerme, niño,
que aquí no se oirá
bullicio que venga
tu sueño a turbar.

Duerme, duerme, niño,
duerme, duerme en paz;
las mariposillas
no se ven volar.

Duerme, duerme, niño,
pedazo de mi alma,
tesoro querido,
lucero del alba.

Duerme, que a tu lado
batirán gozosos
arcángeles puros
sus alas de rosa.

Duerme, duerme, niño,
puro e inocente;
la luz de la aurora
irradia en tu frente.

NIÑOS ALEGRES

Vedlos qué alegres están
en torno de mí jugando
con infatigable afán.
Ya se aproximan saltando,
ya se alejan, ya se van.

Todo es luz, todo fragancia,
sonrisas, besos y flores
en el cielo de la infancia.
Cómo es bella la ignorancia.

Del mundo y de sus dolores
bien haya el sol que colora
esa edad encantadora
con que comienza la vida.

Bien haya la flor mecida
por las brisas de la aurora.

Ea, mi niñoito,
se quiere dormir;
cierra los ojitos
y los vuelve a abrir.

POEMAS

PARA EL

TERCER GRADO

HONDURAS

Por *Fausta Ferrera.*

Patria encantadora
la Patria del oro,
cuya entraña guarda
un rico tesoro,
que nadie ha tenido
para qué buscar;
sólo algunos ríos
al pasar constantes,
le arrancan pepitas
que dicen brillantes
de qué es el tesoro
que está sin tocar.

Tierra prodigiosa,
la Patria del Pino,
donde abunda el cedro,
la caoba, el encino,
el níspero, el nance,
el roble, el ciprés;
bosques milenarios
de finas maderas
bajo cuya sombra
pasean las fieras,
y donde aún el hombre
no ha puesto los pies.

En su bello suelo
se hacen los sembrados
sin la mansa yunta,
ni abonos, ni arado:
milagrosa tierra
de fecundidad.

Al caer la semilla
germina pujante,
que por todas partes
jadea anhelante
un cálido vaho
de fertilidad.

FRANCISCO MORAZAN

Por *José Antonio Domínguez.*

El es el semidiós de nuestra historia,
que, cual un nuevo Homero, con su espada
escribió la epopeya de otra Ilíada
y se bañó en los lampos de la gloria.

Paladín inmortal que la victoria
a su genio mantuvo esclavizada
y de laurel la frente coronada
vive del pueblo en la feliz memoria.

Luchar con la reacción fue su delito.
Fue unir a Centro América su anhelo.
Mas el triunfo esquivóle al fin la suerte.

Recorrió el viacrucis del proscrito.
Cuando pudo redimir su suelo,
¡Mártir excelso, fue un Tabor su muerte!

JOSE CECILIO DEL VALLE

Por *José Antonio Domínguez.*

Descubríos ante él, porque es el Sabio
ungido con el óleo de la ciencia,
que anticipando un siglo su existencia
le coronó la gloria, en desagravio.

Descubríos ante él, porque su labio
derramó esplendorosa la elocuencia
y cual foco de luz su inteligencia
lanzó al error y a la ignorancia agravio.

El es el pensador grave y austero;
el amigo de Bentham erudito;
de nuestra cara Patria honor y lustre;

El que su nombre eternizó el primero,
y el que, escuchando de su pueblo el grito
¡de libertad, el Acta escribió ilustre!

MADRE TIERRA

Por Julián López Pineda

La tierra es nuestra Madre. Ella nos da su seno.
Su alma destila mieles para el malo y el bueno.

Su lecho es para toda la familia de Adán,
Ella quiere que todos sus hijos tengan pan.

¿Por qué tan angustiada? Pobre Madre querida.
¿Por qué tan duramente te atormentan la vida?

Tus hijos, los Caínes, te cubren de baldón
bajo las fatricidas cadenas de opresión.

Tus clamores se extienden de horizonte a horizonte,
se estremecen el mar, la llanura y el monte...

Mas llegará la aurora. Ya ruge el huracán:
Es la airada protesta de tus hijos sin pan.

Y han de vencer pasando sobre abismos y muertes,
derribando injusticias y taladrando errores.

Son las masas de esclavos vengadores y fuertes,
empujados por Cristo, tristes soñadores.

EL RIO EN LA LLANURA

Por Jerónimo J. Reina

Corre serenamente, con la dulce y tranquila
placidez con que sueñan los niños, y refleja
en su cristal pulido, magnífica pupila,
el hondo azul del cielo, la nube que se aleja.

Ora canta y el eco de su voz cristalina
del cercano bosque entre el rumor se esfuma.
Ora duerme y el rayo de luz que lo ilumina
matiza con su iris su alba veste de espuma.

Corre serenamente bajo la paz solemne
de la vasta campiña, como si fuera una
vida sin turbaciones, seráfica e indemne.

Y viéndolo, me invade un afán doloroso
de ser como este río que no agita ninguna
violencia: Transparente, manso y armonioso...

SENSITIVA

Por Ramón Ortega.

Mi soneto no es como las orquídeas triunfales
que se abren a las sombras de tus tibios salones,
ni cual los crisantemos de frágiles puñales
que decoran el Sevres azul de tus jarrones.

Es más bien una planta de marchita verdura,
que repliega sus hojas si una mano la mueve,
si un aurífero rayo del buen sol la tortura,
si la agitan los soplos de la brisa más leve.

Así cuando divaguen tus augustas miradas
por este libro lleno de rimas perfumadas,
entre las que mi estrofa se desenvuelve esquiva,
mi soneto, al contacto de tu mano armoniosa,
y al sentir que lo bañas con tu lumbre gloriosa,
recogerá sus hojas como una sensitiva.

JOSE CECILIO DEL VALLE

Al notable Escritor y Orador, el dilecto amigo,
Profesor José Zerón h.

Por S. Abraham Guillén Alvarado

El hijo más ilustre de Honduras, redivivo,
bajo su claro cielo de promisión y encanto,
es Valle, el sabio magno, sutil y comprensivo,
que nos dio su faceta de paz y de adelanto.

Legislador vidente que luchó bajo el manto
de las cinco naciones con su verbo intuitivo,
defendió de la patria el suelo sacrosanto,
y dijo que el derecho del ser libre, está vivo.

Cual Mirabeau en las bregas y Cicerón romano
trazó para su pueblo un signo soberano,
librando a las masas del grillete y la cruz.

Hoy, se entonan las glorias del defensor gigante,
que luce de la patria, corona de diamante,
bajo su palio sagrado de razón y de luz.

TEGUCIGALPA

Por Ildelfonso Palma Martínez.

Tegucigalpa, te he visto
reclinada en tu montaña:
ví tu pinar, ví tu risco
y el cendal de tus mañanas.

En tu lecho de princesa
te arrulla el canto del río:
canta el ave tu belleza
y el poeta tu señorío.

Pedacito de la tierra
que soñara Morazán;
es tu diadema la sierra.

Flor morena, india bonita,
cuando parta en mi alazán,
he de llevarte, enterita.

LA DANZA

Cantemos, dancemos,
la danza es un juego:
danzando, la vida
se pasa mejor.

Las frentes se agitan,
las risas estallan
y el ritmo a los cuerpos
da gracia y vigor.

Cantemos, dancemos,
en fiestas rituales
de aromas y flores
cadencias y amor.

Que el ritmo del cuerpo,
impulse las almas
y brote el anhelo
de un mundo mejor.

Cantemos, dancemos,
la danza es un juego:
danzando, la vida
se pasa mejor.

SEMBRADOR

Por Víctor Cáceres Lara.

Buen sembrador que en la faena pones
sublime empeño y devoción suprema,
que arando el suelo entonas las canciones
áureas y claras de un viril poema;

tú, que impulsado por el sacro lema
de dar al mundo cálidas unciones,
abres la tierra y riegas el emblema
de vidas nuevas y resurrecciones;

tú, sembrador, amante de la vega
y del riachuelo que amoroso riega
la "arada" fértil que abonó el sudor,

oye el consejo que te da un hermano:
siempre que lances sobre el surco el grano,
pon en el grano un semental de amor.

RIO LINDO

Por José Zerón h.

Es un hilo de agua, hecho de cristal,
como un diamante hecho manantial.

Gárrulo, armonioso y sonoro,
ríe a solas con el astro de oro.

Y en su azul arcano y profundo,
hay un misterio grave y abscondo,

como canción de tristeza leda,
que ríe con la romántica arboleda.

Diciendo a los guijarros de color,
lo que es su vida de amor.

Formando cataratas llenas de belleza,
que tienen el beso de la naturaleza.

Y luego sigue por la arena fina,
como pájaro que en el bosque trina.

Río Lindo, yo quiero cantar tu belleza,
en mi vértigo lírico de suave terniza.

Río Lindo, hecho de cristal,
eres maravilla, de mi país natal.

EL LIBRO

Por Carlos Izaguirre.

Como un brotar de estrellas en una noche negra
se abrió tu pensamiento angustiado y doliente.
Sintió por fin, mi vida, la fuerza que la integra,
bañóse en tus incendios la fiebre de mi mente.

Yo descubrí en tus páginas el fragor de la vida
cual un galope de astros por piélagos sonoros,
como huracán que abate la campiña florida
o gruta que se abriera brindando sus tesoros.

Yo percibí en tu frase, magnífica y vibrante,
la tortura divina que aprisiona el instante
y el sutil aleteo de la idea sublime.

Yo empapé mis desvelos con la inmortal sapiencia
y regué en mis senderos los granos de tu ciencia
que hallarán los que saben, que la espiga redime.

ORACION DE LA MAÑANA

Empieza un nuevo día,
alumbra un nuevo sol,
con él nueva alegría
envíame Señor.

Yo pueda mis lecciones
sin penas aprender
y todas mis acciones
las haga para mi bien.

Mis buenos pensamientos
yo sepa realizar
y así veré contentos
maestros y papás.

Mamá, yo te quiero,
quisiera ser por tí
muy serio y poderoso
ser sabio y muy feliz.

Hijito de mi alma,
dichosa soy ya:
estudia y muy pronto
todo eso serás.

LAS BUENAS COMPAÑIAS

De un ramillete de lindas flores,
una camelia Luisa sacó,
y sorprendida de sus olores,
la buena niña le preguntó:

—Siendo inodora, ¿cómo adquiriste
esos aromas de pura miel?
La flor le dijo: —¿Pues no lo viste?
Estando al lado de este clavel.

DECIMA

Cuentan de un sabio que un día
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
de las yerbas que cogía.

“¿Habrá otro —entre sí decía—
Más pobre y triste que yo?”
Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta viendo
Que iba otro sabio cogiendo
las yerbas que él arrojó.

BANDERA DE HONDURAS

Por Rafael Heliodoro Valle.

Alas blancas y azules, bandera,
alto ensueño clavado en su cruz,
solio insigne de la primavera,
milagrosa magnolia de luz.

En el alba —con manos seguras—
te ilumina radiante ilusión,
y en tus pliegues el aire de Honduras
se estremece como un corazón .

Claro espejo en que tiemblan montañas
y trasuntos de gloria en que están
el gemelo jazmín de Cabañas
y el azul que adoró Morazán.

Tus colores enseñan caminos,
tus estrellas erigen altar,
y compendias aromas de pinos
y mañanas sublimes del mar.

Que jamás te mancillen las manos
de los viles, y nunca, jamás,
se refugien en tí los tiranos
ni a tu sombra respiren en paz.

Alegría tan sólo por verte
donde el numen de Honduras está,
más allá de la gloria y la muerte,
más allá; del amor, más allá...

NO DEJES PARA MAÑANA LO QUE PUEDES HACER HOY

Arreando un burro cargado
con leña, en cierta ocasión
caminaba el buen Juan Lanás
y en el camino encontró
(no sé si de plata u oro)
un rodado superior.

Trató Juan de levantarlo:
mas apenas lo movió.
Y siguiendo su camino,
se dijo así en su interior:
“Mañana vendré a buscarlo,
que no puedo llevarlo hoy,
pues me hallo muy fatigado,
con este maldito sol”.

Al otro día temprano,
al mismo lugar volvió,
mas en vez de plata u oro,
sólo encontró el simplón
escritos sobre la arena
dos versos en español:

“No dejes para mañana
lo que puedes hacer hoy”.

BUENA LECCION

(Para niñas).

Una niña maliciosa
con pereza de estudiar
detuvo a su compañera
y le dijo sin tardar:

—¿Por qué vas tan presurosa?
No seas tonta, no vayas a la escuela,
si te quedas jugaremos
con casitas y muñecas.

—A la escuela voy ligera
que las doce van a dar.
Aprender es lo que quiero
nada gano con jugar.

La otra al punto le replica:
—Si te quedas te daré
lindas flores, muchas frutas,
queques, dulces, crema y té.

chocolates, pastelillos,
avellanas, galletas, un sin fin.
Muy felices pasaremos
una tarde de festín.

—En la escuela hay pan de ciencia
que es el más rico manjar.
Vamos pues con diligencia
que las doce van a dar.

BUENA LECCION

(Para varones).

Un muchacho malicioso
con pereza de estudiar
detuvo a su compañero
y le dijo sin tardar:

—¿Por qué vas tan presuroso,
No seas tonto, no vayas a la escuela;
si te quedas jugaremos
con mi trompo y mi tablero.

—A la escuela voy ligero
que las doce van a dar.
Aprender es lo que quiero,
nada gano con jugar.

El muchacho le replica:
—Si te quedas te daré
una bola, muchas frutas,
queques, dulces, crema y té.

Chocolates, pastelillos,
avellanas, galletas, un sin fin.
Muy felices pasaremos
una tarde de festín.

—En la escuela hay pan de ciencia
que es el más rico manjar.
Vamos pues con diligencia
que las doce van a dar.

EL HACHA

Caminando por el bosque
va cantando el leñador:
Es mi hacha mi fortuna,
y por ella vivo yo.

Es muy chica, mas derriba
hasta el roble gigantón;
y al espino, aunque tiene
como piedra el corazón.

Arrasar puedo la selva
a los golpes que doy yo...
y se pierde por el bosque,
hacha al hombro, el leñador.

LAGO DE YOJOA

Autor ignorado.

Lago Yojoa, sueño de amor,
sobre tu seno puso el Señor
un grato ensueño de beatitud,
un paraíso de excelsitud.

En tus remansos brilla la luz
como una estampa del cielo azul
y rebotando el manantial
su sinfonía de cristal.

Tu “Río Lindo” nace cantando
y serpenteando va hacia el confín,
cruzando lianas, riscos sin fin,
y salmodiando con el pinar...

Honduras bella, tierra de amor,
donde la vida es un cantar;
como una estrella tiembla de luz
la hermosa cuna de Morazán.

Son tus montañas verde capuz,
cual centinelas de ensoñación;
y tus mañanas hacen vibrar...
las tiernas fibras del corazón...

¡Oh! “Río Lindo” pronto serás
de ésta mi tierra la salvación;
cuando tus aguas hagan girar
los potenciales del electrón...

LA CAPERUCITA

Caperucita, la más pequeña
de mis amigas, ¿en dónde está?
Al viejo bosque se fue por leña,
por leña seca de cocinar.

Caperucita, dí, ¿no ha venido?,
¿cómo tan tarde no regresó?
Tras ella al bosque todos han ido,
pero ninguno se la encontró.

Decidme niños, ¿qué es lo que pasa?
¿Qué mala nueva llegó a la casa?
¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?

Caperucita no regresó.
Sólo trajeron sus zapatitos...
Dicen que un lobo se la comió.

HONDURAS

Por Felipe Elvir Rojas

Patria de los pinares. Patria mía.
Corazón de la América grandiosa;
rincón donde el dolor y la alegría
se hermana para hacerte más hermosa.

Ofreciendo raudales de armonía
te imagino radiante como diosa;
y al brindarnos tus cofres de poesía
te veo sin igual, siempre orgullosa.

Patria de Morazán y del Padre Reyes
tus hijos respetuosos a las leyes
encarnan el valor y el idealismo.

Honduras: Esta tierra alborozada
hoy levanta la frente inmaculada
proclamando su fe, su patriotismo.

MAESTRO: ¡BENDITO SEAS!

Por Manuel Uribe García

Maestro, que en el orto de mi vida
mis pasos vacilantes dirigiste:
recibe en estos versos la sentida
profunda gratitud que en mi alma existe.

Maestro, que a mi infancia tu desvelo
un camino trazó que luz prodiga:
no extrañes que, movido por mi anhelo,
al nombrarte mi labio te bendiga.

Maestro, que al llegar mi adolescencia
mis impulsos, mis ansias encauzaste:
permíteme que rinda tu presencia
las nobles ambiciones que inspiraste.

Maestro, de mis años juveniles,
Maestro que mi bien sólo deseas:
por todo lo que sufres de los viles
que ignoran tu valor, ¡bendito seas...!

GUATEMALA

Por Felipe Elvir Rojas

Heroica Guatemala, la leyenda
de Tecúm es la Gloria de la Raza.
El supo que la vida es una ofrenda
a los pies de la causa que se abraza.

Del pueblo, que camina y no se atraza,
Landívar y sus versos fue la senda.
Murió Barrios, altivo y sin coraza,
luchando con valor en la contienda.

Te sientes orgullosa de tus manes
y al embrujo de lagos y volcanes,
obsequias al viajero tus ternuras.

Guatemala, yo quiero tu secreto
para traerlo intacto a este soneto
en elogio de todas tus bravuras.

LEMPIRA

Por Felipe Elvir Rojas

Vertical, como pino de mi tierra
hizo frente al intrépido español.
Lo vieron muchas lunas, muchos soles,
luchando por la Patria de su amor.

Aquel indio valiente y temerario
que luchó por su Raza y por su Dios,
fué el altivo "Señor de las Montañas",
y el Monarca del frío Congolón.

Congolón de heroísmo sin medida
demostrando su audacia y su valor.
Hizo besar el polvo a los hispanos
que lograron vencerlo a la traición.

Sin embargo, nosotros lo soñamos,
en las sierras nevadas de Cerquín,
erguido y sin temor desde la cumbre,
disparando sus flechas hasta el Sol.

BANDERA NACIONAL

Por Felipe Elvir Rojas.

Descubríos hermanos, es la Patria que pasa
al son de los clarines, al toque del tambor.
Bandera azul y blanco, —fervor de nuestra Raza—,
tus pliegues sintetizan la gesta del honor.

¡Oh insignia sacrosanta! ¡Oh bicolor bandera,
nosotros te adoramos con encendido amor.
¡Oh la tela sagrada, la enseña verdadera,
por ella moriremos sin gestos de temor!

Descubríos hermanos, es la enseña querida.
Por ella lucharemos. Daremos nuestra vida
por esas cinco estrellas que refulgiendo van..

¡Mirad cómo la portan gallardos los soldados,
y marchan orgullosos, altivos, denodados,
pensando en el acero del Genio Morazán.

COSTA RICA

Por Felipe Elvir Rojas

Tierra de Libertad y Democracia
donde el pueblo conoce sus deberes.
Tierra de promisión. Toda la gracia
en sus ojos retratan las mujeres.

Paraíso del mundo. Los poetas
saben cantar tus glorias inmortales.
Yo veo desfilar tus carretas
entre grandes y verdes cafetales.

¡Oh tierra del valor y la hidalguía!,
cuna y sueño de Juan Santamaría,
el Mártir que cayó con heroísmo.

Mañana, he de llegar hasta tus playas
y el Poás e Irazú, —dos atalayas—,
escalaré en mis raptos de lirismo.

EL SALVADOR

Por Felipe Elvir Rojas

¡Oh bella Cuscatlán! Tierra orgullosa,
te duerme con su música Ilopango,
y marchas en carrera procelosa
conciente de tu vida y de tu rango.

Gavidia, el de los versos luminosos,
supo cantar la Gloria de tus gestas,
y Barrios con sus hombres valerosos
escribió con fusiles sus protestas.

Izalco, con sus crestas nunca holladas,
despide sus eternas llamaradas
de ceniza, de lava y de granito.

Centinela mirando las llanuras,
yo quisiera llegar a tus alturas
y como tú, retar al infinito.

NICARAGUA

Por Felipe Elvir Rojas

La tierra del genial Rubén Darío,
conoce de sonrisas y de halagos.
Se mira en el espejo de sus ríos,
y en la gracia infinita de sus lagos.

La gigante figura de Sandino
se paseó por llanuras y montañas,
y supo señalar otro destino.
al pueblo que recuerda sus hazañas.

Yo pregonó la gloria y la nobleza,
y admiro de tu historia la grandeza,
escrita con valor y patriotismo.

Mi verso va detrás de una piragua,
que al dejar sus estelas en el agua,
revive tu pasado de heroísmo.

HONDURAS

Por Felipe Elvir Rojas

Patria de los pinares, ¡Patria mía!
Corazón de la América grandiosa;
rincón donde el dolor y la alegría
se hermanan para hacerte más hermosa.

Ofreciendo raudales de armonía
te imagino radiante como diosa;
y al brindarnos tus cofres de poesía
te veo sin igual, siempre orgullosa.

Patria de Morazán y el Padre Reyes,
tus hijos respetuosos a las leyes
encarnan el valor y el Idealismo.

Honduras: esta tierra alborozada
hoy levanta la frente inmaculada
proclamando su fe y su patriotismo.

SONETO

Por Alfonso Reyes.

Era un jardín, era un rosal y era
la fiesta de los pájaros un día,
y desbordado el cielo de manera
que el sol temblaba y el capullo ardía.

Valía más morir; más valía
anonadarse en la embriaguez ligera
antes que fuera tarde, antes que fuera
fantasma el gozo; el esperar, porfía.

Hora exquisita para poseerte.
¿Qué mano se alargó, codicia osada,
si para ser feliz bastaba verte?

Hoy sólo vales ya por agotada,
y acaricio la vida con la muerte
en la tristeza de la flor cortada.

ROMANCE AL GENERAL CABAÑAS

Por Felipe Elvir Rojas.

Nuestra tierra fue la cuna
de un patriota de verdad:
el de la barba de nácar
que se llamó Trinidad.

De dicho fue bien portado,
inteligente y cordial.
El creyó: "La Patria es ara,
pero jamás pedestal".

Con la espada y el arado
a su tierra enalteció,
y acompañó en su cruzada
a Francisco Morazán.

Un hombre a carta cabal,
eso fue don Trinidad.
Su nombre pasó a la Historia
por su honradez sin igual.

Cual Lincoln fue leñador.
Sobre la tierra aprendió
que el pan que brinda el Trabajo
es la dádiva de Dios.

Murió en la mayor pobreza,
pero heredando un blasón:
El de habernos gobernado
con Justicia y con Razón.

AMOR

Por Claudio Barrera.

Amor indefinido y sereno
y por sereno amor incomprendido.
Muerte que da la vida en un veneno
y resucita sobre el olvido.

Muerte y Amor. Problema presentido,
dolores y alegrías sobre el pleno
complejo del silencio pervertido
el cualquier corazón que ha sido bueno.

Amor de tempestad en el oleaje.
Amor de luz en la violenta sombra
de amapolas y lirios en su traje.

Amor de eternidad en el paisaje
y amor de soledad cuando la nombra
mi quieto corazón que va de viaje.

MILAGRO

Por Claudio Barrera.

Quieres engarzar en tu recuerdo un cuento
que sea dulce y delicado y breve.
Como el perfume que se ve en el viento
o el leve azul que deshojó la nieve.

Que sea níveo entre tu pensamiento
y fino y frágil como un lirio leve.
Más que cuento sutil, un sentimiento
tras del cristal cuando en la tarde llueve.

Que te hable del amor indefinido
que es una ala tendida en el olvido
y que desaparece en un momento.

Y al escucharlo tú, mientras te miro,
digas pausadamente en un suspiro
que es el soneto que escribí en el viento.

LA PRIMAVERA

Los pájaros saludan
al sol cada mañana;
los árboles se enfloran,
el campo se engalana.

El sol funde las nieves
en la alta cordillera;
y baja de los cielos
la Reina Primavera.

La clara luz desciende
y sube una armonía;
y tierra y cielo entonan
un canto de alegría.

Cantemos con el himno
que suena por doquiera;
también hasta mi alma
llegó la Primavera.

LOS PAJAROS

Han despertado los trovadores,
pero no cantan en el jardín,
porque una niña, buscando flores,
halló su nido bajo el jazmín.

Míralos: vuelan de rama en rama
desesperados entre el zarzal.
Ese cariño que se derrama,
en hombres o aves siempre es igual.

¡Oh!, cuánto sufren los pobrecitos;
parece humano su gran valor;
son sus palacios templos benditos
de un sacrosanto, perenne amor.

Nunca destruyas esos hogares,
que hallar pudieras alguna vez;
allí resuenan dulces cantares
cual los escuchas en tu niñez.

LA CASITA DE PABLO

Por Alfonso Guillén Zelaya.

La casita de Pablo era verde y tendida
como un ala en el mar:
Y en las grandes mareas semejaba una vida
que por miedo al naufragio se pusiera a rezar.

La casita de Pablo, siempre estuvo vestida
de bejucos del monte y en flor: era el altar
donde el sol y los pájaros, en cada amanecida,
celebraban la misa primera del lugar.

La casita de Pablo, después quedó desierta,
sin misas y sin flores, ¡como una cosa muerta!
De Pablo ahora dicen que yerra sin parar;
y del espacio humilde donde hiciera su nido,
que perduran apenas, impidiendo el olvido,
cuatro postes rebeldes a los golpes del mar.

POETA Y MENDIGO

Por Alfonso Guillén Zelaya.

Los dos ante la senda del destino,
los dos ante el sustento cotidiano;
yo, con el hambre de mi pan divino,
tú, con el hambre de tu pan humano.

Dios nos une en la margen del camino,
y nos da en el dolor, hondo o liviano,
a mí, la espera en lumbre de Aladino,
y a tí, el derecho de tender la mano.

Pasa y nos deja una imprevista gracia
a veces alguna alma peregrina;
mas el hambre en los dos nunca se sacia...

Seguimos esperando en el sendero:
tú que brille en tu mano una esterlina,
yo que baje a mi vida algún lucero.

EL TREN

Arrastrando los vagones
por el riel de acero gris,
en las cuatro direcciones
cruzan trenes el país.

Por la negra chimenea
sale el humo del carbón
y el caldero chisquetea
blancos chorros de vapor.

Chiqui, chiqui, chiqui, cha,
qué ligero corre el tren.
Y tan suave como hamaca
que la brisa va a mecer.

Lleva tanto, tanto peso,
mucha carga y gente más;
pero el tren es el progreso,
corre y corre sin cesar.

LA LECCION

--Si no aprendes esa historia,
le dijo a un niño su abuela,
te sacaré de la escuela
para tirar de una noria.

No sé si atendió a la riña,
pero el Domingo siguiente,
paseando el niño inocente
por una fértil campiña
vió por una valla o puerta
que una mula trabajaba
en una noria y sacaba
el riego de aquella huerta.

Quedóse con atención
fijo en tan rudo trabajo,
y murmuró por lo bajo:
--No se supo la lección--.

LA SEMILLA

Por Carlos Izaguirre.

Mansedumbre de vientos, espectación de cielos,
mensaje de olvidadas y remotas edades,
en tí van reviviendo quiméricos anhelos
y cuajando en tu seno futuras tempestades.

Quizá tus sacrificios corrieron paralelos
o aquel que vió en el surco tus bellas realidades
o al que encendido en odios y crepitante en celos
rugió entre las tinieblas buscando claridades.

Mas hoy que otra vez tornas al seno milagroso,
e inicias nuevo ciclo ardiendo en tu reposo,
henchida del divino temblor del firmamento,

vas, como antaño fuiste, soñando en ser la planta
que bella como un sueño, del valle se levanta
para dar sombra al nido y frutos al hambriento.

A JOSE CECILIO DEL VALLE

Por Felipe Elvir Rojas.

¡Vedlo ahí! Con la mirada austera
conoció de su tierra la agonía;
y supo comprender la verdadera
esperanza del pueblo y su alegría.

A la Patria le dio su vida entera,
y fue todo Bondad, Amor, Sabiduría.
En el Acta volcó su fe sincera
de acabar con la ruda tiranía.

Hoy le rendimos culto, pues su mano
nos liberó del yugo castellano
sin recurrir al crimen ni a la guerra.

En Valle se eterniza el patriotismo;
él es el soñador cuyo idealismo
sintetiza lo noble de mi tierra.

LA ENCINA

Por Enrique González Martínez.

Se va quedando sola bajo el hielo
y la lluvia y el sol, la vieja encina
que asomaba al crestón de la colina,
miraba al mar interrogando al cielo.

Ya no juega a su sombra el pequeñuelo;
ya no da albergue al ave peregrina
ni el cómplice verdor de su cortina
cubre el retozo de la cabra en celo.

Mozos de ayer, en alocada ronda,
al huir del amparo de la fronda,
dejaron, unos risas, otros llanto...

Mas quedas tú, que bajo la tristeza
de una tarde otoñal, en la corteza
grabaste un nombre y recibiste un canto.

LA ARMONIA DE UN VIOLIN

Por José Zerón h.

Rasgó el arco el cordaje misterioso
y hubo fantasías de notas celestiales:
un sueño lírico de anhelo fervoroso
rodó en las cuerdas vibrando cual cristales.

La sonora caja de madera cadenciosa
parecía gemir con grito de lamento y de dolor:
el arco cintilante era una saeta armoniosa,
que asesinaba a aquel corazón falto de amor.

Hubo notas pausadas, ritmos enloquecedores,
bemoles románticos, sostenidos soñadores,
en la quietud de la tarde divagada.

Después todo huyó en la negra sombra,
menos tu nombre que mi espíritu nombra:
como un niño llorando a su madre amada.

TEGUCIGALPA

Por Augusto C. Coello.

Madre ciudad en cuyo agosto trazo
fue el heroísmo su primer diseño.
Madre ciudad en cuyo fiel regazo
se abrió como una flor mi primer sueño.

Calvario de fecundas redenciones,
siempre inmortal y siempre noble y bella;
ciudad que para nuestros corazones
eres la sola y perseguida estrella.

A la sombra viril de tus picachos
—del heroísmo y del honor penachos—
sedeño y blando se colgó mi nido.

Y es mi más hondo afán reconcentrado
dormir eternamente, calentado
al fuego de tu sol siempre encendido.

LA CONCIENCIA

¿De quién será, madre mía,
una voz que oyendo estoy
por doquiera que voy
con pena o con alegría?

—¿En donde la escuchas, niño?
—¡Ay!, Madre, en mi propio seno.
Cuando soy amante y bueno
me habla con mucho cariño.

Cuando sigo una pasión,
se levanta atronadora,
y me parece que llora
y me oprime el corazón...

A su benéfica influencia
nunca del bien me desvió...
—Síguela siempre, hijo mío.
Es la voz de tu conciencia.

ANHELO FLORIDO

Por Alfonso Guillén Zelaya.

Aromado reposo. En el jardín. Ninguna
pena. La noche está para hacer madrigales.
Empieza a perfumarse la plata de la luna
regada sobre el sueño floral de los rosales.

Fulge en la mansedumbre azul de la laguna
áurea copia de estrellas; y mudos los nidales
idílicos se duermen blancamente bajo una
nevada de jazmines y pródigos liriales.

Esta noche, jardín, todo en tí lo resume
mi vida; loco anhelo que vivan mis ensueños
vagando en tu silencio de amor y de perfume.

Y así conservar, libre de vicios y de males,
florecido el espíritu de versos y de sueños
como yacen poblados de rosas tus rosales.

LA ABEJA

Por Enrique Alvarez Henao
(Colombiano).

Miniatura del bosque soberano
y consentida del vergel y el viento,
los campos cruza en busca del sustento,
sin perder nunca el colmenar lejano.

De aquí a la cumbre, de la cumbre al llano,
siempre en álgil, continuo movimiento,
va y torna, como lo hace el pensamiento
en la colmena del cerebro humano.

Lo que saca del cáliz de las flores
lo conduce a su celda reducida,
y sigue sin descanso sus labores,

sin pensar, ¡ay!, que en su vaivén incierto
lleva la miel para la amarga vida
y el blanco cirio para el pobre muerto.

LA PRIMAVERA

Por Jaime Torres Bodet
(Mexicano).

¡Primavera! ¡Primavera!
¡La primavera no tarda!
Ya la rosa tempranera
se asomó sobre la barda;
ya me encontré a la lechera
montada en su mula parda...
¡Ya viene la primavera!
El campo está luminoso,
como encendido por dentro,
y tiene el alma en su centro
tan claro prisma de gozo,
en el campo luminoso
que está brillando por dentro.

¡Primavera! ¡Primavera!
Amaneció en los tejados.
La flor de la primavera
está temblando de espera
en los hilos escarchados
de los almendros, nevados
de nieve tibia y ligera...

Los niños llevan sus aros
y brincan entre las rosas,
que les dan colores claros;
hasta el brinco de los aros
parece besar las rosas...
Los días despiertan claros
y llenos de mariposas...

Ya la dulce flor del año
tiene color en la rama...
¡Ya se coronó el castaño!
En la primavera se ama:
es tan sutil en su engaño...
¡Amemos mientras el año
tenga una flor en la rama!

¡Primavera! ¡Primavera!
¡La primavera no tarda!
Ya la rosa tempranera
se asomó sobre la barda;
ya me encontré a la lechera
montada en su mula parda...
¡Ya vino la primavera!

AL GENERAL CABAÑAS

Por Felipe Elvir Rojas.

Te veo, General, la frente altiva
y la espada pendiendo en tu cintura;
te veo en tu corcel... la estampa viva
del valiente luchando en la llanura.

Te veo, General, con la expresiva
bondad que se retrata en tu escultura;
te veo, General, —imagen rediviva—
retando al huracán desde la altura.

Eres el prototipo del civismo;
baluarte del más puro patriotismo
al lado de Francisco, el inmolado.

Queremos un Cabañas, en mi tierra;
bondadoso en la paz como en la guerra
que recoja el pendón abandonado...

EL PECECITO

Por Oscar Jara Azócar
(Chileno).

Bailando está el pececito
en su salón de cristal;
brilla su traje bordado
con escamas de coral.

Cuenta de estrella en los ojos
que no cierra en el dormir:
¡pececito, yo te quiero,
porque danzas para mí!

CULTIVO UNA ROSA BLANCA

Por José Martí
(Cubano).

Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.
Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo una rosa blanca.

EL PERRO

Por *Jaime Torres Bodet*
(Mexicano).

No es el perro que canta Francis Jammes, amigo,
que, junto a Dios aguarda, cuando muere, a su dueño;
es un perrito blanco con un ojo risueño
y un hociquito suave, como la piel del higo.

A pesar de sus saltos un poco impertinentes,
lo amo por la forma con que apoya su hocico
sobre mi pie. Me mira con sus ojos sin lentes
y está bien educado, como un hijo de rico...

Bien educado y tonto como los niños buenos
que no van a la escuela y estudian en su casa
en grandes libros viejos, mientras la vida pasa
y es dulce ir a los campos, cuando huelen los henos...

A DIONISIO DE HERRERA

Por *Felipe Elvir Rojas*

Gobernante sin par. Cada día que pasa
la Patria te recuerda por tus hechos,
y al vibrar la emoción en nuestros pechos
agigantas el nombre de la Raza.

De cobarde jamás tuviste traza.
Tus ideales que no fueron deshechos
en defensa del pueblo y sus derechos
ante el vil opusiste cual coraza.

Hoy la Patria te admira y te venera,
porque fuiste la más noble bandera
de Justicia y Verdad ante el hermano.

Honduras, te recuerda agradecida
sintetizas lo grande de una vida
defendiendo el derecho soberano.

EL AGUA

Por *Miguel Angel León*
(Ecuatoriano).

El agua huye,
el agua fluye
por la campiña,
y va cantando bajo la fronda
como una niña.

El agua huye sobre la gualda
alfombra de hojas de los eneros,
y va cogiendo dentro su falda
rosas marchitas, lunas, luceros.

El agua llega,
y a tientas busca el estanque verde
El agua corre por la campiña.
como una niña
que fuera ciega.

HIMNO AL ARBOL

Por Juan Zorrilla de San Martín
(Uruguayo).

Plantemos nuestros árboles, la tierra nos convida;
plantando cantaremos
los himnos de la vida;
los cánticos que entonan las ramas y los nidos,
los ritmos escondidos
del alma universal.

Plantar es dar la vida al generoso amigo
que nos defiende el aire,
que nos ofrece abrigo;
él crece con el niño, él guarda su memoria,
en el laurel es gloria,
en el olivo es paz.

El árbol tiene un alma que ríe entre las flores,
que piensa en sus perfumes,
que alienta en sus rumores;
él besa con la sombra de su frondosa rama,
él a los hombres ama,
él les reclama amor.

La tierra sin un árbol está desnuda y muerta,
callado el horizonte,
la soledad desierta;
plantemos para darle palabras y armonías,
latidos y alegrías
sonrisas y calor.

Proteja Dios el árbol que plante nuestra mano;
los pájaros aniden
en su ramaje anciano;
y canten y celebren
la tierra bendecida
que les infunde vida,
que les prodiga amor.

P O E M A S

PARA EL

CUARTO GRADO

parnaso LIRICO ESCOLAR

61

AMOR

Por Claudio
Barrera.

Amor indefinido y sereno
y por sereno amor incomprendido.
Muerte que da la vida en un veneno
y resucita sobre el olvido.

Muerte y Amor; Problema presentido,
dolores y alegrías sobre el pleno
complejo del silencio pervertido
el cualquier corazón que ha sido
bueno.

Amor de tempestad en el oleaje.
Amor de luz en la violenta sombra
de amapolas y lirios en su traje;
Amor de eternidad en el paisaje
y amor de soledad cuando la nombra
mi quieto corazón que va de viaje;

MILAGRO

Por Claudio Barrera.

Quieres engarzar en tu recuerdo un cuento
que sea dulce y delicado y breve.
Como el perfume que se ve en el viento
o el leve azul que deshojó la nieve.

Que sea niveo entre tu pensamiento
y fino y frágil como un lirio leve.
Más que cuento sutil, un sentimiento
tras del cristal cuando en la tarde llueve.

Que te hable del amor indefinido que
es una ala tendida en el olvido y que
desaparece en un momento.

Y al escucharlo tú, mientras te miro,
digas pausadamente en un suspiro
que es el soneto que escribí en el viento.

LA PRIMAVERA

los pájaros saludan al
sol cada mañana; los
árboles se enfloran, el
campo se engalana.

El sol funde las nieves
en la alta cordillera; y
baja de los cielos la
Reina Primavera.

la clara luz desciende y
sube una armonía; y
tierra y cielo entonan un
canto de alegría.

Cantemos con el himno
que suena por doquiera;
también hasta tu alma
llegó la Primavera.

LOS PAJAROS

Han despertado los trovadores,
pero no cantan en el jardín,
porque una niña, buscando flores,
halló su nido bajo el jazmín.

Míralos: vuelan de rama en rama
desesperados entre el zarzal.
Ese cariño que se derrama,
en hombres o aves siempre es igual;

¡Oh!, cuánto sufren los pobrecitos;
parece humano su gran valor; son
sus palacios templos benditos de un
sacrosanto, perenne amor.

Nunca destruyas esos hogares,
que hallar pudieras alguna vez;
allí resuenan dulces cantares
cual los escuchas en tu niñez.

¡PATRIA!

Por Rómulo E. Durón
(Hondureño).

¡La Patria! ¿Qué es la Patria...? De nuestro sér es alma
Y en torno de nosotros se siente palpitar,
En lo que canta y vuela, en lo que se alza y brilla
Y en cuanto nos dirige en pos de un ideal.

*

En un recuerdo encierra nuestros recuerdos todos;
Anhelos, esperanzas, amores e ilusión
Convergen a ella y fúndense en una sola llama,
Cual rayos que se unieran para formar un sol.

*

La Patria es el sagrado lugar donde nacimos,
En donde nuestros ojos abriéronse a la luz,
En donde nuestro pecho latió por vez primera,
Do alzamos la prístina plegaria al cielo azul.

*

Por vez primera en ella lució nuestra sonrisa;
Fue en ella do vertimos la lágrima primer,
Brotando de los ojos, nublados por la pena,
Quemante como fuego, amarga como hiel.

*

Es Patria el techo amigo que nos cubrió de niños,
La voz a cuyo acento dormimos sin temor,
El amoroso beso de nuestra madre amada,
¡La honra que nuestro padre a defender nos dio!

*

Es Patria el horizonte que cortan las montañas
Y aquel que unidos forman el cielo con el mar,
En donde nuestros ojos fijáronse risueños
En las auroras bellas de la primera edad.

Los juegos infantiles, los locos devaneos,
La fe, las esperanzas, la noble aspiración,
Recuerdos, alegrías: la Patria los comprende;
¡Más alto que la Patria tan sólo se halla Dios!

*

La Patria es quien inspira los hechos de alta fama;
Por ella con su pueblo marchó a Canaán, Moisés;
Ella hizo que, en el Tíber, Horacio se arrojara:
¡Por ella se alzó en Suiza el gran Guillermo Tell!

*

Fue Washington por ella, de todos el primero:
Primero fue en la guerra, primero fue en la paz,
Primero en el afecto de sus conciudadanos,
¡Primero en los favores de la alma Libertad!

*

Ella animó a Ricaurte al magno sacrificio;
Por ella hubo batallas cual Maipo y cual Junín;
Por ella con la frente cargada de laureles
¡En desolada playa Bolívar fue a morir!

*

Y aquí, en nuestras montañas, vibró por ella un día
Su espada fulgurante Francisco Morazán,
Que, al brillo de los héroes, aureola unión de mártir
¡Por defender el lema de “Unión y Libertad”!

*

¡Oh, Patria! ¡Oh, Centro América! ¡Dichosa te elevaste,
Del 15 de Septiembre al puro resplandor,
Y ya hoy tan sólo eres recuerdo y esperanza:
Caiste, y esperamos que se alce tu pendón!

*

Renace, ¡Oh, Patria Mía! ¡Como otro tiempo el Fénix,
De tus cenizas puedes alzarte! ¡Tu esplendor
Irradie por doquiera, y a un porvenir grandioso
Guíe a tus hijos todos tu hermoso pabellón!

LA ESTATUA DEL CAUDILLO

Por Augusto C. Coello.

Majestuosa y de pie sobre la cumbre
—teatro inmortal de homéricas hazañas—
coronada de sol, bañada en lumbre,
frente a un vasto horizonte de montañas.

Avizorando el porvenir radioso
que un sol de auroras esmeralda con su brillo,
de espaldas al pasado ignominioso
se elevará la ESTATUA DEL CAUDILLO.

En las cálidas noches estrelladas,
con sus pétreas pupilas extasiadas
penetrará dentro el inmenso arcano;

y así verá a su pueblo surgiendo del oriente,
a su pueblo feliz, grande y potente,
milagro de su esfuerzo sobrehumano.

SOBRE EL MAR

Por Carlos Izaguirre.

Patina el monstruo blanco sobre el mar azulado
y al pasar va dejando un gran surco de plata
sobre el que va cayendo un manto matizado
de prúsicas estrellas y lunas de escarlata.

Sádico el viento rompe la euritmia de las olas
y el mar enfurecido lo asfixia en sus melenas
y de ese duelo trágico se escapan las corolas
de rosas, de luceros y cantos de sirenas.

No he abierto mis labios. Mis ojos solamente
han visto como el odio en todo está latente
y que el viento y el agua, los soles y las brumas

los rige el mismo sino que rige al ser humano.
Por eso el mar me lanza su cólera de hermano
y yo le arrojé en cambio mi sueño a sus espumas.

MADRE TIERRA

Por Carlos Izaguirre.

Madre tierra, misteriosa y profunda
que pasas en silencio tu ternura ofrendando
al que mordió tu vientre y en tu vientre fecunda
la chispa que a la vida la va divinizando.

Tú que en tu vuelo hallaste lo que al espacio inunda,
lo que en el fuego vibra y lo que va manando
de lo que en tí fermenta y a tu cuerpo circunda,
de lo que va viviendo y lo que va acabando.

¿De dónde vino, madre, el soplo que te diera
latido para el hombre, para el mar y la fiera,
para el árbol que sueña, la piedra que medita,
la gota que se torna temblor en lo existente,
todo lo que en potencia lo escudriña la mente
y el ansia que en tu seno se estremece y palpita?

EL RELOJ

El reloj de blanca esfera
que mirándonos está
siempre andando va diciendo
despacito: tic y tac.

El reloj que da la hora
que nos llama a trabajar
no descansa noche y día
de su lento: tic y tac.

Cuando da la hora alegre
en que vamos a jugar
nos parece que se ríe,
cuando dice: tic y tac.

Y cuando llegue el momento
en que Dios nos llamará,
tristemente dirá el péndulo,
lentamente: tic y tac.

Mas si siempre hemos vivido
de justicia y de verdad,
de esa hora escucharemos
sin temor el tic y tac.

ALDEANITA

Por Daniel Laínez.

Aldeanita franca y buena,
de ojos color de ilusión,
dí, muchachita, ¿qué pena
embarga tu corazón?

¿Para tu mal no hay remedio?
¿Qué tienes? ¡Dí, por piedad!
¿Sabe tu almita del tedio
que reina allá en la ciudad?

Ingenua y dulce aldeanita,
de ojos color de ilusión:
¿Qué sueña tu cabecita?
¿Qué siente tu corazón?

¿Por qué tan triste y callada
te diriges hacia mí?
¿Es que estás enamorada?

Aldeanita delicada,
de los labios de rubí,
“si no estás enamorada,
enamórate de mí”.

SOBRE LAS ONDAS NEGRAS

Por Froylán Turcios.

Sobre las ondas negras, en la noche fantástica,
yo desafié las iras del vértigo del mar,
de pie sobre la proa de un bergantín sin rumbo,
oyendo a mis espaldas rugir el huracán.

El rayo enarbolaba su látigo de fuego,
hiriendo las tinieblas su lívido esplendor,
y del profundo seno de la mar cavernosa
salía un gran lamento de terrible dolor.

Sin jarcias, ni velamen, crugiendo sordamente,
iba sobre las aguas el negro bergantín,
como un fantasma extraño, como un espectro enorme
como algo que no tiene ayer ni porvenir.

Del horizonte oscuro llegaban los gemidos
de los vientos coléricos revolando hacia el sur
y de los altos cielos miré que descendía
sobre la mar vibrante una pálida luz.

Y que las olas turbias sujetaron sus iras
y el ciclón errabundo su tremendo clamor
mientras el firmamento desgarraba sus lutos
y del salobre abismo callaba el corazón.

Y en la calma solemne, bajo los tristes astros,
sintiendo que en mi espíritu rugía el huracán,
me burlé de los vientos, me burlé de la noche,
de las olas gigantes y del alma del mar.

LA PESCA

Hip, hip. Pescadores, la noche ha llegado:
tranquilo y sereno está el mar;
el cielo de estrellas está constelado.

Hip, hip. Pescadores hay que ir a pescar.
Que deje la barca a la popa su estela,
y echemos la red;
que mientras la luna en las aguas riela,
incauto en las mallas, incauto cayendo irá el pez

Hip, hip, pescadores la noche está fresca,
cantemos, boguemos sin fin;
que rica, abundante será nuestra pesca
de congrios, robalos y truchas mil.

AGORA Y' ES TARDE

Por Daniel Laínez.

Eran bien fundados todos mis temores;
que vayan al diantre todos los doctores
con sus polquerías, que agora y'es tarde...

Agora y'es tarde,
querida hermanita,
ya duerme pa'siempre nuestra magrecita...

Botá toititas esas medecinas;
guindá de las puertas las negras cortinas;
pero antes de todo
ayudáme a vestirla de cualesquier modo...

Pongámole aquella brillante camisa
que trujo del pueblo en la feria pasada,
aquella camisa
de seda floreada....

Pongámole aquellas enaguas de lana,
que el día e'su santo le trujo ña Juana;
y el escapulario,
y aquel collarcito de negros pacones
con q' ella mesmita rezaba el rosario
a toititos los santos de sus devociones...

Bien te lo decía
que al brincar la luna se nos morería...
Ya lo presentía
querida hermanita,
ya lo presentía...

La gallina zapa toitita la noche pasó cacareando.
¡Qué tristes cantaban los gallos en los corredores!
toitita la noche
pasaron cantando,
toitita la noche...

¡Qué noche tan triste, tan larga y oscura!
Mi cuerpo temblaba de justos temores,
pos ya presentía
que al brincar la luna se nos morería...

¡Sé juerte, hermanita, no seas cobarde!
Yo voy ora mesmo a' brir la sipultura...
Y si acaso si asoman po'aquí los doctores,
deciles llorando que agora y'es tarde...
¡Que vayan al diantre con sus medecinas!
Deciles q'es tarde, querida hermanita...
¡Que duerme pa'siempre nuestra magrecita!

LETANIA DEL JUGUETE

Por Alfredo Alvarado h.

Alma de Noche Buena —risa de la ciudad—,
yo quisiera un juguete para mi Navidad.
Canto de escaparate, vitrina luminosa,
hazme ver un juguete de amor en cada cosa.

Pito de agua sonoro, cohетillo pendenciero,
un mísero juguete es todo lo que quiero.
Entraña de misterio, silencio del arcano;
encontrar el juguete que se perdió en mi mano.

Mano de Santa Claus, la de alegría llena,
¿no merece un juguete mi triste Noche Buena?
Ceño bravo del tiempo, clepsidra de la edad,
¿no visteis mi juguete tirado en el camino?

Niño pobre del mundo, corazón desvalido,
tú tienes un juguete y el mío no ha venido.
Recuerdo de la infancia: mi juguete era triste,
pero yo lo quería porque tú me lo diste.

Señora de las Lágrimas, te voy a confesar:
yo quiero mi juguete... porque aprendió a llorar.
Si es tan caro el juguete que me dio esa ilusión,

¿lo podría comprar con este corazón?
Señor de los Inciensos... espuma del altar,
si tienes mi juguete no me hagas esperar.

LAS NUBES

Con vivos matices, flotando en el cielo,
las nubes decoran el límpido azul,
cual aves enormes que paran el vuelo
y abriendo las alas se bañan en luz.

La tarde se tiñe con tintas rosadas
e incendia los cielos el bello arrebol;
y desde el ocaso con largas miradas
de rayos ardientes, despídese el sol.

Las nubes navegan en el firmamento,
ya negras, ya blancas, de rojo o de gris,
y juegan movidas del rápido viento,
llevando la lluvia por todo el país.

LAS BUENAS COMPAÑIAS

En ramillete sin par,
por sus flores primorosas
entre dos fragantes rosas
tuvo la adelfa un lugar.

Advertida su presencia,
fue del ramo separada;
pero ya quedó impregnada
de las rosas con la esencia.

Guardó la adelfa en su seno
el aroma varios días.
Con las buenas compañías
el malo se vuelve bueno.

AL EPONIMO CAUDILLO MORAZAN

Por Carlos María Varela

Cual la cumbre majestuosa del soberbio Acatenango
se destaca tu figura en la América Central;
y cual faro que ilumina playa y roca, nieve y fango,
eres sol de nuestras almas, gloria inmensa nacional.

Napoleón de nuestra Patria, como el genio de la Francia,
por las cúspides volaste y tuviste tu Austerlitz;
Garibaldi de esta tierra, diste numen y arrogancia,
por mirar tu pueblo unido, grande, próspero y feliz.

Entre Washington el justo y Bolívar el sublime,
en la joya de la América eres piedra de alba luz;
y cual Cristo que reforma, que construye y que redime,
tras el triunfo y el hosanna, te alcanzó también la cruz

Del oscuro retroceso aplastada el cruel vestigio,
a tu América ofrendaste "Alma, Vida y Corazón".
Morazán, te adelantaste a tu gente y a tu siglo,
y hoy América te rinde gratitud y admiración.

FRENTE AL PENSADOR DE RODIN

Por Carlos Izaguirre.

Como el bronce se anima al sentir que la idea
va horadando los bloques de un pasado que avanza;
como la llama roja de milenaria tea
o eco en que se enreda la voz de la esperanza

la estatua entera vibra al sentir la presencia
del enigma que alienta lo uno en lo diverso
que regula el misterio que nutre la existencia
y equilibra la fuerza que rige el Universo.

Y así cuando quedamos el bronce contemplando
nos parecen que saltan del símbolo esculpido
las verdades eternas que nos van despojando

de inútiles temores y falsas ilusiones,
y al trocarse el milagro en bíblico latido
se enflora nuestra mente de místicas visiones.

NIÑOS POBRES Y POBRES NIÑOS

Hay niñas pobres
y hay pobres niños
que no se miden
por sus aliños;
ricos o pobres
lo mismo da,
que hay una regla
de la pobreza
y hay una norma
de la riqueza
que el trajecito
no puede dar.

¿Ves aquel niño?
Pobre mendigo
pide limosna,
pide un abrigo,
es niño pobre,
no hay que dudar.

¿Ves aquel otro
que va fumando,
que al transeúnte
va molestando
con un descaro
que da piedad?

Va bien vestido
muy elegante,
lleva varita
y calza guante.
Nada le importa
lo qué dirán;
pues ese chico
tan bien puestito,
tan desenvuelto,
tan hombrecito,
es pobre niño,
no dudes ya.

¿Quiéres la norma
de la riqueza?
¿Quiéres la regla
de la pobreza?
Pues de un vistazo
verlas podrás:
Es niño pobre
quien nada tiene
y es pobre niño
quien sólo tiene
malas costumbres;
piensa, y..... verás.

LAS IDEAS

Por Carlos Izaguirre.

Parte, audaz y fuerte, el potro de la idea,
despertando locuras u horrendos cataclismos
y lo que fuera chispa, se vuelve roja tea
que va encendiendo cumbres o enrojando abismos.

Los pueblos que en su ciega locura desafiaron
las negras tempestades que el fuero desató,
corrieron al cadalzo porque en la idea hallaron
el grito que a sus almas del sueño despertó.

Han sangrado los Siglos ahogando las culturas
que para algunos fueron embriones de imposturas
y para otros fuentes de avances libertarios,

y entre el fragor de todo lo que esta lucha ofrece
la duda va segando la idea que florece,
mientras van los videntes subiendo a sus calvarios.

LOS NIÑOS

Por Porfirio Barba Jacob.

Los niños son tranquilos y suaves.
Trino en la noche: lampo de la aurora
sus ojos tristes y sus mentes graves.

Divinamente saben la canción
del prodigioso ritmo sub oído
que hace regocijar el corazón;
y en los brazos abiertos de la noche
gustan la maravilla del olvido.

Y olvidan luz y amor, goce y pena,
y la trisca pueril en los senderos,
donde se imprime en la menuda arena
el tibio rastro de sus pies ligeros.

O se apunta la luz del día infante
de Navidad, cuando el rocío es miel,
se lanzan en un ímpetu anhelante
por ver el niño y por jugar con él.

Y juegan, armoniosos, arrecidos,
y cantan embebidos
coros enardecidos...

Pide amor —¡entre duelos!— sus júbilos y coros,
y ellos, ricos del reino de los cielos,
jamás economizan sus tesoros.

En sus almas recónditas se inicia
una virtud humana que aún se esconde;
mas cuando llega la ocasión propicia
y un genio llama, esa virtud responde...

¡Niños! He aquí la luz del día eterno
de Navidad, cuando reciben miel.
¡Id hacia el mundo en ímpetu fraterno
por ver al niño... y jugaréis con El!

TODO ELLO LO HIZO DIOS

¿Ves el azul del cielo?
¿Ves el brillo del sol?
Pues todo cuanto miras,
todo lo hizo Dios.

Dio al pájaro sus plumas,
pétalos a la flor,
al árbol su ramaje
y al fuego su color.

Las nieves y los fríos
las lluvias y el calor
los montes y los llanos
todo ello lo hizo Dios.

Y dio ojos a los hombres
y también les dio voz
para que vean sus obras
y alaben al Creador.

SONETO PASCUAL

Por Rubén Darío.

María estaba pálida y José el carpintero,
miraba en los ojos de la faz pura y bella
el celeste milagro que anunciaba la estrella
do ya estaba el martirio que aguardaba al cordero.

Los pastores cantaban. Despaciosos, postreros,
iba un carro de Arcángeles que dejaban su huella,
ápenas se miraba lo que Alderabán sella,
y el lucero del alba aún no era tempranero...

Esa visión en mí se alza y se multiplica
en detalles preciosa y en mil prodigios rica,
por la cierta esperanza del más divino bien:

de la Virgen, el Niño y el San José proscripto.
Y yo en mi pobre burro, caminando hacia Egipto,
y sin la estrella ahora, muy lejos de Belén...

LA MUCHACHA DEL RANCHO

Por Daniel Laínez.

La muchacha del rancho... ¡La muchacha ranchera!
Es honesta, hacendosa, es gentil y hechicera...
La muchacha del rancho es humilde y sumisa,
tiene finos los dientes, y una risa..., una risa...

Una risa divina..., una risa tan leda
como un céfiro suave..., como un verso de seda...,
y una voz tan meliflua, tan sencilla y sincera
como el suave murmullo de la fuente parlera.

La muchacha del rancho tiene grandes los ojos,
unos pies tan pequeños y unos labios tan rojos
que, más parece llevar en la boca una flor.

La muchacha del rancho es tan buena cristiana
que, al llamar a los fieles la sonora campana,
siempre baja del rancho a oír misa mayor.

LEYENDA DEL LAGO DE YOJOA

Por *María Carlota Falk*.

I

A mi tierra risueña, un Mago vino
de regiones arcanas, estelares.
Extasiado quedó entre nuestros mares
aquel Embajador de lo Divino.

Bosques adentro sigue su camino
al rumor de magníficos pinares
saludado por rítmicos cantares
de mirlos y zorzales, en su trino.

De pronto se detiene el viejo Mago,
pues con asombro y singular hechizo
encontró en esta tierra un paraíso
en las plateadas ondas de un gran lago;
y elevando ante Dios su excelsa loa
bautizó el Lago, y lo llamó YOJOA...

II

Cuentan, que por las noches, encantado,
al danzar sus nenúfares amantes
sobre sus linfas claras palpitantes,
se encrespa, como un mar desenfrenado...

Lame sus playas de esmeril dorado.
Saca del fondo azul, perlas flamantes;
y al compás de sus voces trepidantes
salmodia virilmente enamorado...

Luego queda en silencio adormecido...
La luna entre sus aguas se retrata,
y emergen, como góndolas de plata,
los albos cisnes, que en su busca han ido;
mientras se oye la dulce serenata
que canta un pobre cisne adolorido...

EL ARCO IRIS

Los colores del arco iris
de los cielos siete son,
como siete en la semana
son los días que hizo Dios,
como siete son las notas
de la pauta del cantor.
Los colores del arco iris
de los cielos siete son.

De topacio es su amarillo
y su rojo de rubí;
su violeta es de amatista
y su azul es de zafir
y su verde es la esperanza
de un alado querubín...
Los colores del arco iris
el buen Dios los hizo así.

Cuando para la tormenta
y brillante sale el sol,
en los cielos el arco iris
da su risa y su fulgor;
y en los campos se sonríe
el cuitado labrador,
cuando pasa la tormenta
y brillante sale el sol.

EL GALLO

Yo soy el gallo. Luego que el día
entre colores de azul turquí
llega invadiendo la selva umbría
alegre canto, quiquiriquí.

Llevo mi cresta cual amapola
de un rojo vivo de carmesí;
como un penacho luce mi cola
de hermosas plumas, quiquiriquí.

Cien años vive quien se levanta
cuando amanece. Crèedlo así,
por eso alegre mi voz le canta
al sol naciente, quiquiriquí.

De la pereza soy enemigo;
seguid mi ejemplo, miradme a mí,
alerta siempre, yo a todos digo:
Llegó la aurora, quiquiriquí.

UN NUEVO DIA

Dorado sol, que ya riegas
mi ventana de esplendor,
salud, tú estás más espléndido
y la tierra harás mejor.

El sol por la ventana
el que fantasma no cede,
manda una rosa a decir:
que él es bello, los hombres
buenos, y bueno el vivir.

El agua fresca, mi cuerpo
ha llenado de vigor.
Pudiera escalar montañas
impulsado de este ardor.

Yo quiero que en este día
se haga en mi alma mayor
el lugar de la esperanza
del esfuerzo y del amor.

Que más ame y me comprenda
que pida y que busque más,
que me vuelva más sufrido
que me vuelva más capaz.

Diestra, tú serás, activa;
labio, tú dirás verdad,
mirada, tendrás dulzura;
corazón, tendrás piedad.

Sobre el cojín de azucenas
debí esta noche dormir...
Tan tiernamente encantado
me levanto a vivir.

EL NOMBRE DE LA PATRIA

Por Oscar Acosta
(Hondureño).

Mi patria es altísima.
No puedo escribir una letra sin oír
el viento que viene de su nombre.
Su forma irregular la hace más bella
porque dan deseos de formarla, de hacerla
como a un niño a quien se enseña a hablar,
a decir palabras tiernas y verdaderas,
a quien se le muestran los peligros del mundo.

Mi Patria es altísima.
Por eso digo que su nombre se descompone
en millones de cosas para recordármela.
Lo he oído sonar en los caracoles incesantes.
Venía en los caballos y en los fuegos
que mis ojos han visto y admirado.
Lo traían las muchachas hermosas en la voz
y en una guitarra.

Mi Patria es altísima.
No puedo imaginármela bajo el mar
o escondiéndose bajo su propia sombra.
Por eso digo que más allá del hombre,
del amor que nos dan en cucharadas,
de la presencia viva del cadáver,
está ardiendo el nombre de la Patria.

AL PADRE REYES

Por Juan Ramón Molina.

Llor al dulce poeta. Alabemos a Reyes
porque llenó las almas con su cristiana luz;
y supo mostrar siempre a las humildes greyes
el poder de la lira y el poder de la cruz.

I

Cantó a la Virgen pura
que a Jesús concibió;
lirio de Galilea,
rosa de Jericó.

IV

Su verso era una rosa,
su canto era un rosal,
su numen un sonoro
gárrulo manantial.

II

A los alegres Angeles
que por la inmensidad
volaron en la clara
noche de Navidad.

V

Su alma era una paloma
que, después que cantó,
sobre su lira rústica
gimiendo se durmió.

III

A los divinos magos,
con su fe por sostén,
a los pastores rústicos,
al astro de Belén.

VI

Lloremos al patriarca,
al sacerdote fiel,
grato como la leche,
dulce como la miel.

VII

Que sobre su sepulcro
brille la eterna luz,
y se entrelacen siempre
la lira con la cruz.

Llor al dulce poeta. Alabemos a Reyes
porque llenó las almas con su cristiana luz;
y supo mostrar siempre a las humildes greyes
el poder de la lira y el poder de la cruz.

LOS PINOS DE HONDURAS

Por: Oscar Acosta
(Hondureño).

En Honduras los pinos forman un imperio definitivo
del que no puede huir la naturaleza y el hombre.

En zonas terrestres anteriormente devastadas
se agruparon los árboles con sus bellotas de oro
que al caer de lo alto y recibir la caricia solar,
la lluvia o la niebla que al amanecer inunda los
parajes,
viajan hacia los ríos integrando un universo
dorado.

Los pinos crecen llegando hasta secretas cámaras
que al aire oculta y que ignoramos los humanos,
sólo los pájaros pequeños o los intrusos arácnidos
logran ingresar furtivamente a sus aéreos paraísos.

En la verde extensión vegetal que dilatan
sus cuerpos
se hospedan prófugos animales y luceros caídos.

Es tan inmensa y fraterna la bondad
del pinar hondureño
que ni el fuego invasor puede hacer que pronuncie
éste, con razón o sin ella, una palabra de odio.

Sorprende a veces que entre los cataclismos
naturales
o entre aquellos que el hombre, ausente del amor,
provoca,
exista aún, sobre el herido rostro del mundo,
una isla paradisíaca formada
por estas altísimas columnas
que nos llaman con blanda voz
a la ternura y al sueño
y a evadirnos definitivamente del exterminio
y de la pólvora.

EL PINO DE MI PUEBLO

Por Jaime Fontana.

I

Un verde alcor sobre el macizo andino;
sobre el alcor, granítico peñón;
sobre el peñón, un solitario pino;
sobre el pino, su sueño de ascensión.

Cuando el pueblo tiritita entre la suave
neblina, cual friolento caracol,
índice audaz, el pino es una grave
acusación al negligente sol.

Y en el estío, cuando el triste ruego
de los campos llagados por el fuego
hasta su plinto de granito sube,

el providente pino de mi sierra
mata la sed de la abrasada tierra,
abriéndole goteras a la nube.

II

Pino amigo que elevas tu osadía
hasta indicar su ruta a la centella,
áncora verde con que el monte ansía
atracar en la rada de una estrella.

Eres árbol sagrado, milagroso,
la ley venera tu misión bendita;
nunca abandones, tutelar celoso,
el pueblecito que a tus pies palpita.

Sigue subiendo entre el azul, erguido,
que ni las llamas te verán vencido
ni el huracán te infligirá un desmayo.

Ni el hacha artera cortará tu anhelo;
si un día has de morir será en el cielo
por haber ido a provocar al rayo.

III

Vas al cenit, mientras tu alcor gallardo
es el parnaso criollo en que el canoro
zorzal serrano y el zenzontle pardo
discuten trino con la chorchita de oro.

Yo te he visto subir y me he nutrido
con tus aires untados de resinas;
¿te acuerdas?, tu paisaje colorido
solía retozar en mis retinas.

Maestro de horizontes, en la ausencia
destilo tu recuerdo, cuya esencia
vuelve hasta tí con intención votiva.

Y cuando el mundo mis ideales niega,
para hallar nuevas fuerzas en la brega,
repito tu lección: ¡Arriba! ¡Arriba!

DURAZNERO... DURAZNERO

Por Oscar Alfaro.

Duraznero, duraznero,
Cargadito de duraznos,
De duraznos encendidos
Como niños sonrosados.
Hoy llegaron dos jilgueros
A anidar entre sus gajos
Y tú sientes que eres padre
Del nidito dulce y claro
Y lo meces en tus ramas
Cariñosas como brazos...

Duraznero, duraznero,
Cargadito de duraznos,
En el día que he nacido
Tú has brotado sobre el patio,
Y por eso esta mañana
Bajo el llanto de los astros
Escuché la serenata
De tu orquesta de canarios.

Golpeaste con tus ramas
La ventana de mi cuarto
Para darme alegremente
Un abrazo con tus gajos...
Y temblando de ternura
Me obsequiaste un tierno ramo
De esas flores que tú mismo
Con dolor te has arrancado.
Duraznero, duraznero,
Mi amoroso y buen hermano,
Abacémonos de nuevo
¡Qué hoy los dos cumplimos añ

POETA Y ALDEANO

Por *Luis Andrés Zúñiga*
(Hondureño)

Este poema obtuvo el primer premio en los Juegos Florales, efectuados en Tegucigalpa, capital de Honduras, el 15 de Abril de 1905.

¿Por qué al verme febril sobre la orilla
de este torrente, sonrosada flor,
te alejas como huraña cervatilla
que esquiva al cazador?

No temas, bella amada. La corriente
tu suave nombre murmurando está.
Arrima que tu cántaro en la fuente
tu amante llenará.

¿No ves que muchas rosas deshojadas
en la corriente trémula están?
Pues con su fresco aroma perfumadas
las claras linfas van.

Ven, y huyamos; propicia es la espesura...
De mi corcel al generoso brío
iremos por la plácida llanura
a mi humilde bohío.

Iremos a mi hogar, donde entre pinos
las aves nuestra dicha envidiarán,
y al viento dando sus sonoros trinos
tu gracia cantarán.

Y te amarán mis dóciles ganados
que tú, como su dueña, cuidarás;
y en mis frondosos huertos y mis prados
tú sola reinarás.

Su amor han de ofrecerte mis jaurías,
su amor mis aves te darán también;
serás engendradora de alegrías.
No temas, niña, ven.

Copos de nieve son, cándida aldeana,
tus tiernas manos y tus blancos pies;
y es mezcla sin igual de nieve y grana
tu sonrosada tez.

Tus senos son dos grutas; es tu frente
lirio del valle do el candor se ve;
tus pechos son colinas donde, ardiente,
mi faz reclinaré.

Ven y huyamos: propicia es la espesura...
Rosa silvestre, perfumada flor,
¿No ves que por la luz de tu hermosura
muriendo estoy de amor?

AFAN

Por Céleo Murillo Soto
(Hondureño).

Busco una palabra milagrosa y ligera
honda, azul, sensitiva, clara y emocional...
Una loca palabra que siendo mensajera
encierre de la fuente la intención musical.

Quiero una palabra matinal y hechicera,
que armonice en su inquieta sensación orquestal
la cantiga soñada de la dulce hilandera,
la caricia del viento y el rugido del mar.

Busco una voz profunda, luminosa y certera,
con ingenuas ternuras y armonías de mal...
Una loca palabra con fe de pordiosera.

Y buscándola siempre he de estar en la espera,
ahondando el silencio con mis manos de cera,
aunque la vida dura no me la quiera dar.

LA CEIBA

Por Marco Tulio Miró
(Hondureño).

Verso escrito en la página del viento
por la nube viajera enneblinada.
Arrullo de la mar condecorada
de espuma como blanco pensamiento.

El estero se alarga en sentimiento
de luz cuando percibe en la alborada
la sombra del *Bonito* reflejada
en trance de ascender al firmamento.

Ciudad por sus mil títulos querida:
dijérase el oasis de la vida
para calmar la sed y los pesares.

¡Oh!, Novia de mi Patria, te saludo
con las alas de mi estro y de mi escudo
y coloco esta flor en tus altares.

MORAZAN

Por Miguel R. Ortega
(Hondureño).

(Fragmento).

Arcos triunfales:
cejas de arco iris
goteando verdes hojas de laurel.
En la plaza estallaban a su paso,
las luces de bengala del clavel.
Y desde los balcones,
en el paracaídas del asombro
saltaban los aplausos.

Capitán de un ideal desarbolado
por agrios vientos sin abecedario.
Santo sin cruz pero crucificado.
Arco sin Juana y con bramante hoguera:
la llaga se hizo llama en su costado.
Buzo en pos de una estrella que aún lo espera.
Un pueblo otea su cabal horario
ceñido a su laurel y a su bandera.

Cuando cayó, su pecho
caía como el rojo telón de la epopeya,
y al cerrarse sus ojos, en el Istmo
se hizo la oscuridad de la Edad Media.
Hoy hace falta su aletear alisio
y su ademán sincero:
—cuando hablaba se hacía transparente—.
Para montar tu historia de alud y ventisquero,
es pedestal propicio
el perfil mineral de un continente.

LA VISION DE PUERTO CORTES

Por José Zerón h.

Acuarela de luz, pincelada de sol,
hechos rosa roja de fúlgido arrebol;
policromía de luces
sobre el cromo del mar,
borrachera de linfas,
sobre el paisaje lunar.

Melopea de olas,
cascada de perlas,
sonatina de arrullos
sobre el sueño del mar.

Puerto que me viste nacer,
inquieto, alegre y ufano;
puerto que me viste crecer,
bajo el ritmo de tu arcano.

Puerto bañado de luz de luna
en música de vago ultramar;
que feliz meció mi cuna
con la dulce sinfonía del mar.

Pueblo amado de mi corazón,
dulce ritmo de mi inspiración;
pueblo que eres ensoñación pristina
aureolado con música divina.

Policromía de luces
sobre el cromo del mar,
borrachera de linfas,
sobre el paisaje lunar.

Melopea de olas,
cascada de ritmos,
sonatina de arrullos
sobre el cromo del mar.

EL RETRATO DE MI MADRE

Por José Zerón h.

Sus ojos mendigaban cariño,
sus labios predicaban amor,
su risa de virtud parecía de niño,
y en su boca se reflejaba el dolor.

¡Hijo mío!, me dijo: Toma mi retrato
y nunca a tu Madre vayas a olvidar;
llorando, le dije: Madre deja ese trato,
que yo te voy a olvidar, no debes pensar.

Me dijo adiós, me dio un beso en la frente,
me estrechó en sus brazos y se fue llorando;
y yo por la vida me fuí caminando.

Me preguntó por su retrato al volver,
yo le dije: 'Tu retrato, Madre mía,
palpita en mi corazón, día tras día.

LA ORACION DEL NIÑO

Dios, haz de mi vida
luz brillante y leve
que a todos alumbre
y a ninguno quemé.

Dios, haz de mi vida
flor grata a las gentes
y que de mi casa
perfume el ambiente.

Dios, haz de mi vida
cantorcillo alegre,
que al enfermo anime
y al triste consuele.

Dios, haz de mi vida
algo que sustente
al huérfano pobre
y al anciano débil.

EL CANTO DE LOS PAJAROS

Por *Diego Dublé Urrutia*
(Chileno).

En las viñas de abril, en el florido
ramaje del durazno en primavera,
en el viejo tapial descolorido,
en valles y montañas, dondequiera
se columpia una rama protectora,
cantan las aves al clarear la aurora.

Y no es que busque el ruiseñor del cielo
su pan o que el espacio pueda oírlo;
no es que llamen las madres al polluelo,
ni pida amor, a su pareja, el mirlo;
tiernas o rudas, líricas o graves,
tan sólo cantan por cantar las aves.

En la alegría del vivir la santa
inconsciencia del labio sin deseos,
lo que arranca ese grito a su garganta
y las hace llenar en sus gorjeos,
el silencio del alba y del rocío:
así aroma la flor y canta el río...

Y asimismo las almas virtuosas
modulan su canción, no siempre oída,
y alza el bardo sus quejas armoniosas
en medio de las luchas de la vida...
Voz del bueno, del ave y del que sueña,
¿quién te aprende acá abajo?, ¿quién te enseña?

No cortemos la rama floreciente
en que el ave se posa; con sonrisa
maligna no burlemos la silente
virtud que por la sombra se desliza;
devino ruiseñor del ala inquieta,
flor de flores, ¡honremos al poeta!

A UNA MARIPOSA

Fugaz mariposa
que de oro y zafir
las alas ostentas
alegre y feliz.

Cual sigue en mis ojos
tu velo gentil,
que al soplo despegas
del aura de abril.

LA NIÑA BUENA

Niña, se ve que eres buena;
niña, se ve que eres sana;
niña, se ve que eres limpia
como los chorros del agua.

¿A dónde vas tan ligera
y sola tan de mañana?
Como una rosa de Mayo
llevas de hermosa la cara.

Voy a la fábrica aquella
que está al pie de la montaña;
aquella grande que tiene
las chimeneas tan altas.

Voy ligera porque pronto
darán las tres campanadas
y quiero estar en mi puesto
para no perder mi plaza.

Mantengo a tres hermanitos;
mi madre está enferma en cama.
Mi padre que era tan bueno
hace un año que nos falta.

Me levanto muy temprano,
más temprano que el alba
y ya dejo en estas horas
arregladita mi casa.

Anda con Dios, hija mía,
si hermosa tienes la cara,
más hermosa, niña buena,
debes tener el alma.

LORITO REAL

Por Adriano del Valle
(Español).

Lorito real, verde casacón,
pantuflas de oro, birrete de añil,
peluca postiza de buen solterón,
cónsul de los verdes loros del Brasil.

ANTIALCOHOLICAS

Alejandro Magno paró en asesino
porque él gustaba con exceso el vino.
Todos los que beben con exceso loco,
comenzaron siempre por beber muy poco.

Para estar a salvo de vicio infamante,
niño, nunca pruebes bebida embriagante.
Si bebiendo vino se pierde la gente
más pronto se arruina bebiendo aguardiente.

Cual menjurge que aturde y embriaga,
es del ser humano maldecida plaga.
El hombre que pierde la razón bebiendo,
es entre los brutos, bruto más horrendo.

Tarda la victoria de la causa obrera
por la acción maldita de la borrachera.
Cuando los obreros sean temperantes,
todos sus derechos estarán triunfantes.
Que cruce este grito de América a Europa:
La instrucción arriba y abajo la copa.

EL NIDO

Por Virgilio Dávila
(Portorriqueño).

Cuando en la campiña
hacia un árbol miro
y en su verde copa
descubro algún nido
pienso en los padres
de los pichoncitos;
si al volver encuentran
el nido vacío,
sentirán la pena
que los padres míos
si algún ser aleve
les roba sus hijos.
Un nido es sagrado,
yo no toco un nido.

PADRE

Por Arturo Doreste

Ya zarpó el barco tuyo
hacia la eternidad. Amplias las velas
al viento gris. Y tú, junto a la borda,
mirando al horizonte de claridad perpetua,
risueño —aligerado del lastre de la vida—,
feliz porque dejaste la ribera.

Yo no te pude despedir. Mi beso
no se anidó en tu frente, pero la ruda pena
siguió como un albatros tu navío
para dejar sus lágrimas de sal sobre la estela.

Llegué al puerto postrer cuando tu barco,
en la infinita lontananza, era
un lejano perfil que se perdía
en el silencio azul de la tristeza.

Desde entonces espero
en la playa el arribo de las olas viajeras
para indagar si traen en sus manos de espuma
el saludo cordial de tus poemas.

Ya zarpó el barco tuyo. Padre, si en el periclo
retornas a la rada donde mi amor te sueña,
sin echar anclas, tira la escala a mi nostalgia
para subir por ella.

A UNA CAMPESINA

Por Céleo Dávila.

Dame a beber de tu agua, campesina,
en tu cántaro tosco. Estoy cansado
de este vano vivir civilizado
con sus trenes, su goce y su morfina.

Estoy enfermo de ciudad, quería
desde hace tiempos una vida pura
y sencilla y sin literatura,
sin cafés y sin filosofía.

Con tu fragancia de heno y mejorana
y leche matinal, sencilla aldeana,
y una dosis

de tu amor sin anemia ni artificio
olvidaré mi ciencia y mi neurosis
y la ciudad con su mentira y vicio.

EL GALLINERO

Su fiesta llega hasta mí,
las gallinas cacarean
y los pollos deletrean
una lección de la i.

Un gallo en tono de sí
después que sus alas bate,
como un canto de combate
prorrumpe un quiquiriquí.

Y en medio del gallinero,
luciendo un porte altanero,
un caudillo se asemeja;
y su cresta, se me antoja
que fuera una boina roja
echada sobre una oreja.
Su fiesta llega hasta mí.

HAI KAIS

Por José Juan Tablada
(Mexicano).

Las abejas:

Sin cesar gotea
miel el colmenar;
cada gota es una abeja...

El pavo real:

Pavo real, largo fulgor,
por el gallinero demócrata
pasas como una procesión.

Mariposa nocturna:

Devuelve a la desnuda rama,
nocturna mariposa,
las hojas secas de tus alas.

El abejorro:

El abejorro terco
rondando el foco zumba
como abanico eléctrico.

La luna:

Es mar la noche negra;
la nube es una concha;
la luna es una perla...

El bambú:

Cohete de larga vara,
el bambú apenas sube se doblega
en lluvia de mudas esmeraldas.

Garza:

Garza, en la sombra,
es mármol tu plumón,
móvil nieve en el viento
y nácar en el salón...

Caimán:

El gris caimán,
sobre la playa idéntica,
parece de cristal.

Toninas:

Entre las ondas azules y blancas,
rueda la natación de las toninas,
arabescos de alas y de anclas.

Peces voladores:

Al golpe del oro solar,
estalla en astillas el vidrio del mar.

Sandía:

¡Del verano, roja y fría,
carcajada,
rebanada
de sandía!

CARIDAD

Dad al pobre, dad al pobre
paz, consuelo, alivio y pan.
Que recobre
la esperanza y la alegría
con la ayuda que le dan.

A las manos bondadosas
desde el cielo Dios envía
el perfume de las rosas
de la eterna Alejandría.
Dad limosna al que se agita
por cruel miseria opreso;
a la triste ciegucecita
dadle un beso.

Damas bellas y adorables
que vivís entre esplendores,
a las niñas miserables
dadles pan y dadles flores.
Bondadosas y discretas
dad un beso al pobre niño...

Dios bendiga,
Dios bendiga las violetas
que se arrancan del corpiño
para darse a la mendiga.

Si a los tristes dais consuelo,
sensitivos corazones,
tendréis alas en el cielo
y en la tierra bendiciones.

PLEGARIA POR EL NIDO

Por Gabriela Mistral
(Chilena).

Dulce Señor, por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡Por el nido!

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.

¡Y el canto dice que es divino
y el ala, cosa de los cielos!

Dulce brisa sea al mecerlo,
dulce tu luna al platearlo,
fuerte su rama al sostenerlo,
bello el rocío al enjorarlo.

De su conchita delicada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;
desvía el viento el ala brusca
que lo dispersa a su caricia,
y la mirada que los busca,
toda encendida de codicia.

Tú, que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas:
al copo leve de los lirios
y a las pequeñas clavelinas,
guarda su forma con cariño
y palpala con emoción.
Tirita al viento como un niño;
¡es parecido a un corazón!

DOÑA PRIMAVERA

Por Gabriela Mistral
(Chilena).

Doña Primavera
viste que es primor,
de blanco, tal como
limonero en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas,
y por caravanas
unas fucsias rojas.

No cree al que le habla
de las vidas ruines.
¿Cómo va a entenderlas
entre sus jazmines?

¿Cómo va a entenderlas
junto de las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?

De la tierra enferma
en las hondas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.

Salid a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo...

Pone sus encajes,
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas...

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas:

Rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de abnegación.

DOS FAMOSOS MADRIGALES

METAMORFOSIS

Por Luis G. Urbina.

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve, que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitar de un ave en agonía.

Y sucedió que un día
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpitar de ave,

se acercó tanto a la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó; mas con voluble giro
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

OJOS CLAROS

Por Gutierre de Cetina.

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

LA PAZ DE LA CONCIENCIA

Con envidia miraba el dulce sueño
de un pobre lugareño
cierto rico señor, y así decía:
Por él me cambiaría.

Mientras insomne en mi lujoso lecho
me agito desvelado,
él se duerme tranquilo y satisfecho
de todos sus pesares olvidado.
Tenéis en vuestra mano,
le contestó un anciano,
facilísimo medio
de vencer vuestro tedio,
pues curan mal dolencia
el trabajo y la paz de la conciencia.

HIJO MIO

Tu tierna cabecita sobre el pecho,
hijo mío,
da calor celestial a mis entrañas;
es tan dulce gozar de la inocencia.
No crezcas, alma mía.

A tus hermanos tuve así igualmente,
hijo mío,
meciéndolos en mis brazos amorosos,
mas todos me dejaron desolada.
No corras tú de mí.

Tu boquita besando mis mejillas,
hijo mío,
es la gracia de Dios para tu madre;
pero, creces tan pronto..., te haces hombre...,
sé mi niño por años.

A MI PADRE

Padre: en las recias luchas de la vida,
cuando mi pobre voluntad flaquea,
¿Quién, sino tú, me alienta en la caída?
¿Quién, sino tú, me ayuda en la pelea?

Todo es mentira y falsedad y dolo,
todo en la sombra por la espalda hiere;
sólo tu amor, ¡oh! padre, tu amor sólo
no tiene engaño, ni doblez, ni muere.

En mi conciencia tu palabra escucho,
conmigo siempre por doquier caminas;
gozas si gozo, cuando sufro mucho,
sin que yo te lo diga, lo adivinas.

¡Ay! ¿qué fuera de mí sin tu consuelo
en este mundo mi ventura, oh padre?
Consiste sólo en aspirar al cielo,
tu dulce amor y el de mi santa madre.

EL JILGUERO

Por Leopoldo Lugones
(Argentino).

En la llama del verano,
que ondula en los trigales,
sus regocijos triunfales
canta el jilguerillo ufano.

Canta, y al sol, peregrino
de su garganta amarilla,
trigo nuevo de la trilla
tritura el vidrio del trino.

Y con repentino vuelo
que lo arrebatara, canoro,
como una pavesa de oro,
cruza la gloria del cielo.

A MI MADRE

Por Julián del Casal.

No fuiste una mujer, sino una santa
que murió de dar vida a un desdichado,
pues salí de tu seno delicado
como sale una espina de una planta.

Hoy que tu dulce imagen se levanta
del fondo de mi lóbrego pasado,
el llanto está a mis ojos asomado,
los sollozos comprimen mi garganta.

Y aunque yazgas trocada en polvo yerto,
sin ofrecerme bienhechor arrimo,
como quieras que estés siempre te adoro,

porque me dice el corazón que has muerto
por no oírme gemir como ahora gimo,
por no verme llorar como ahora lloro.

ALEGRÍA DEL MAR

Qué deliciosa mañana.
Qué serenito está el mar.
Y cómo rompen las ondas
las gaviotas con sus alas.

Nítido collar de perlas
borda caprichos la playa
y el suave rumor remeda
dulce música lejana.

En esa contemplación
el espíritu se ensancha
y como por arte mágico
surge en la conciencia honrada
la tranquilidad del justo,
la sonrisa de la infancia.

Ya raudas te alcanzas
al bello jardín,
ya en rápidos giros
te acercas a mí.

Del sol a los rayos
que empieza a lucir,
con cuánta riqueza
te brinda el pensil.

Sus flores la acacia
desplega por tí
y el clavel fragante
su ardiente rubí.

Abre la violeta
su seno turquí,
la anémona luce
su vario matiz.

Ya libas el lirio,
ya el fresco alhelí,
ya trémula besas
el blanco jazmín.

Mas, ¡ay!, cuán en vano
mil flores y mil
por fijar se afanan
tu vuelo sin fin.

¡Ay!, que ya te lleva
tu audaz frenesí
do ostenta la rosa
su puro carmín.

Temeraria, tanto,
¿do, vas infeliz...?
No ves las espinas
de punta sutil.

Torna a tu violeta.
Torna a tu alhelí.
No quieras incauta,
clavada morir.

LA URRACA

Por Leopoldo Lugones
(Argentino).

Tiene manto negro y celeste,
camisa crema y boina negra;
de oro el ojo, y un grito agreste
y matinal, que el bosque alegra.

Con crujido de nuez cascada,
ritma sus saltos de perfil.
(También hay la urraca morada
de Misiones y del Brasil).

Estalla el son en su metal.
Y en su lujoso terciopelo,
borra de noche la luz de cielo,
mezcla la selva tropical.

POEMAS

PARA EL

QUINTO GRADO Y SEXTO GRADO

MORAZAN

Por Pablo Neruda.

Alta es la noche y Morazán vigila.
¿Es hoy, ayer, mañana? Tú lo sabes.

Cinta central, américa angostura
que los golpes azules de dos mares
fueron haciendo, levantando en vilo
cordilleras y plumas de esmeralda:
territorio unidad, delgada diosa
nacida en el combate de la espuma.

Te desmoronan hijos y gusanos,
se extienden sobre tí las alimañas
y una tenaza te arrebató el sueño
y un puñal con tu sangre te salpica
mientras se despedaza tu estandarte.

Alta es la noche y Morazán vigila.

Ya viene el tigre enarbolando un hacha.
Vienen a devorarte las entrañas.
Vienen a dividir la estrella.

Vienen,

pequeña América olorosa,
a clavarte en la cruz, a desollarte,
a tumbar el metal de tu bandera.

Alta es la noche y Morazán vigila.

Invasores llenaron tu morada.
Y te partieron como fruta muerta.
Y otros sellaron sobre tus espaldas
los dientes de una estirpe sanguinaria
y otros te saquearon en los puertos
cargando sangre sobre tus dolores.

¿Es hoy, ayer, mañana? Tú lo sabes.

Hermano: amanece (Y Morazán vigila).

EL AGUA LIMPIA

Por Claudio Barrera.

Bajando va el agua
por la veredita.
—Mi palabra limpia
así bajó un día—.
Venía tan pura
de la roca viva,
corría tan clara
por la arena fina,
que no imaginaba
que arrastrando espuma
se me enturbiaría.

Así corrió mi alma
por la veredita.
Por la veredita
que alumbraba el día.
Y era mi alma entonces
tierna, dulce y fina,
tan fina y tan dulce
que no imaginaba
que arrastrando amores
se me enturbiaría.

El río del tiempo
que envuelve su cinta
fue enturbiando en mi alma
lo que más valía.
Lo que a pocos hombres
les dona la vida.
Y no imaginaba
que el caudal celeste
que hay en la poesía,
arrastrando sueños
se me enturbiaría.

CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

El hombre es cosa vana, variable,
ondeante.

Montaigne.

Por *Porfirio Barba Jacob*
(Colombiano).

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonría.
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión;
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
¡Niñez en el crepúsculo!, ¡lagunas de zafir!,
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal;
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer;
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Mas hay también, ¡oh tierra!, un día... un día... un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables.
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

AMANECER EN LA HACIENDA

Por Alejandro Alfaro Arriaga

Al clarear bellissimo de la madrugada
trina el clarinero, loco en la enramada,
y los terneros dentro del corral
jugando, jugando, todos confundidos,
parando la cola y dando berridos
al llegar la vaca pónense a mamar.

Silbando “El Pagano” Juan, el corralero,
con rejo y cubeta, gacho su sombrero,
arreando las vacas principia a ordeñar;
mientras Casimira —negra formidable—
cabellera suelta, chiqueona y amable,
viene de la fuente con el nixtamal.

Don Fruto, el patrono, de mirada austera,
con Doña Socorro, su fiel compañera,
gritan de la cama pidiendo café;
las dos consentidas, Leonila y Mariana,
al sabor dulcísimo que da la mañana
roncan estirándose, detrás del cancel.

Un sabueso ladra al mozo que pasa;
chillando los cerdos rodean la casa,
y en la cuadra el asno rebuzna a las seis;
un macho cabrío salta sobre el horno
y entre las gallinas, a modo de adorno,
abre su abanico un pavo montés.

Los pollitos hechos un puño, con frío,
dicen tras la hornilla “pío, pío, pío”
y el gato, entilado, salta del comal;
la lora en la estaca pide masa o queso
y, mientras dos perros pelean un hueso,
un pato, asustado, clama: “paz, paz, paz”.

La criada prepara huevos estrellados,
saltan en la holla frijoles parados
y un pollo doblado pugna en la sartén;
Leonila y Mariana, don Fruto y su esposa,
al olor que brindan las viandas sabrosas
precisados piden pronto que comer.

En la loma corta robles un hachero,
preparan los mozos, rondando, el potrero
para darle fuego al llegar abril;
al pie de la falda, muy cerca del río,
aran un extenso prado labrantío,
donde harán las siembras de arroz y maíz.

El pinar perfuma la paz del ambiente,
el sol que se eleva, curioso, en Oriente,
la gárrula hacienda inunda de luz;
cantando los pájaros saludan al día,
la campiña toda viste de alegría
y hasta el mismo cielo se ve más azul.

Yo adoro esa vida, que allá en una estancia
entre limonarios guarda la fragancia
que envolvió en efluvios mi edad infantil,
aun vaga el recuerdo, perdido en los llanos
donde, con mis primos, amigos y hermanos
tirábamos piedras al conejo gris.

Tan fina, tan buena, mi abuela paterna
que me acariciaba, solícita y tierna,
en la hermosa hacienda llamada “El Conal”;
me servía en plato rica mantequilla,
un huevito tibio, riguas y tortillas,
café en una taza y leche en huacal.

¡Qué hermosa es la vida del campo bendito!,
allá es más cerúleo, hondo el infinito,
lejos del ruido del mundo soez,
frente a los altares que ofrece Natura
el alma se siente saludable y pura
y toda amargura se cubre de miel.

Por esto no olvido mi hacienda lejana
donde el agua es fresca, fresca la mañana,
majestuoso el río, verde el robledal,
y, cuando suspiro pensando en la estancia,
con el dejo amargo que da la distancia
siento unos deseos grandes de llorar.

TODO ES NADA

Por Luis Andrés Zúniga

A Juan Ramón Molina.

I

Vuestras son, gran señor, aquellas eras
y aquel bosque densísimo y fragante,
y el dorado trigal de esas praderas
que cosecha os darán tan abundante;

y la carga también de esas veleras
naves que vienen de un país distante,
y esas fuertes cuadrigas tan ligeras
de piafar orgulloso y resonante.

¡Y apoyáis entre tanta algarabía,
en esas cosas que os donó la suerte,
vuestra ruda altivez, vuestra ufanía..!

¿Es que ignoráis, señor, que cuando entramos
a la mansión augusta de la muerte,
en la puerta todo eso abandonamos?

II

Hermano: es nuestra stirpe la stirpe luminosa,
cuyo tronco es Homero, monarca trashumante.
De aquel viejo heredamos la sangre vigorosa,
y príncipes nacimos con cetro rutilante.

Resido donde fulge la Lira fabulosa,
y en mi Pegaso alado de cascos de diamante,
yo voy a tu palacio magnífico de la Osa
y tus lacayos me abren la puerta resonante.

Yo avanzo altivamente: me sientas a tu lado,
y en tanto que tu orquesta sus músicas suspira,
tus pláticas sublimes escucho embelesado.

Pero la luz se inquieta de tu imperial mirada
cuando en concierto dicen mis labios y mi lira:
Hermano, ¿qué es la vida...? ¡Hermano!, ¡todo es nada!

III

¿Por qué mi voz extrañas? ¿No escuchas los ruidosos
clamores que mantienen la selva estremecida?
El Dolor va siguiendo nuestros pasos medrosos,
y en la sombra simula nuestra marcha una huída.

¿Acaso entre rompientes y bancos peligrosos,
cuando cruzó tu nave la Estigia embravecida,
tu estela no seguían mil monstruos venenosos
y hostiles no te fueron los vientos de la vida?

¿Y entonces, nauta triste, de tu alma solitaria
al cielo compasivo no alzaste una plegaria,
donde la dicha es astro de eternos resplandores?

¿Por qué tú me aconsejas la vida de placeres,
de músicas, de vino, de aplausos, de mujeres,
si esa es urna rosada que esconde mil dolores?

NADA ES TODO

Por Juan Ramón Molina

A Luis Andrés Zúñiga.

Hermano mío en el Arte y en la lira sagrada
que, —de la negra Estigia sentado en un recodo—,
nos dices que las cosas de este mundo son nada
mientras que las del otro —las del celeste— todo.

No siembres esa lívida seta emponzoñada
en tu jardín de sueños, con tan amable modo,
sino una vid de vida, de racimos cargada,
que de alegría deja el corazón beodo.

A ese ilusorio cielo una implacable guerra
conmigo mueve, hermano. Conmigo ama la Tierra,
la carne, el oro, el vino que abominaron los

anacoretas locos. Ama la vida fuerte,
pon en fuga conmigo a la amarilla muerte
¡y dos hombres de veras hemos de ser los dos!

ELOGIO LIRICO A LA HUMILDAD DE LA TORTILLA

Por Daniel Laínez.

Tortilla,
suave tortilla humilde,
humilde y simple como el agua;
huérfana de alabanzas
como la vida misma de los parias.
!Voy a cantarte!
Nadie te ha dicho nada,
nada...
Se le ha cantado al río,
al árbol,
al pájaro,
pero a tí,
a tí te han olvidado...

Estamos frente a frente,
yo te contemplo extático;
sobre el lino impoluto de mi mesa
pareces una luna tibia y blanca...
Compañera inseparable de los pobres,
sangre de nuestra sangre,
vida de nuestra vida,
consuelo de los tristes,
muralla contra el hambre,
tortilla:
¡Bendita seas!

Tu sabor es simple,
mas no es simple tu historia:
yo he visto al indio nuestro
cómo se encorba para abrir el surco
sobre la tierra que se muestra indócil,
y cómo va regando la semilla
que luego con amor sepulta.
¿Después?
La ansiedad,
la espera,
la zozobra continua...
Oraciones porque el agua caiga
sobre el campo reseco.
Por fin el agua
se desprende,
próvida,
y el maíz revienta.

Nuevos cuidados
y oraciones nuevas.
El chapulín,
el viento...
La inquietud.
Y emprende fiera guerra contra los zanates,
y triunfa
y se emborracha
con chicha que del maíz
él mismo saca.
Pero en las manos de nuestra hembra amada
el maíz se transfigura y santifica.

Eres hija del maíz,
tortilla clara.
Estamos frente a frente
y no encuentro una voz para alabarte.
Sobre el lino impoluto de mi mesa
pareces una hostia tibia y blanca...
Hija legítima del maíz del trópico,
de ese maíz tan blanco,
tan puro y fino
como los dientes de mi novia casta.

Tortilla:
tú vas a la sierra
en el morral del indio
que se encamina a trabajar cual bestia...
Tú en el bolsón del peregrino errante
y en la mochila del soldado fiero.
En la mano del mendigo, tú eres vida,
en la del poeta triste, tú eres canto...
Por eso,
yo te contemplo extático;
sobre el lino impoluto de mi mesa
pareces una hostia tibia y blanca...

Compañera inseparable de los pobres,
sangre de nuestra sangre,
vida de nuestra vida,
consuelo de los tristes,
muralla contra el hambre,
tortilla:
¡Bendita seas!

Sé bendita,
—tortilla clara—.
Músculo y sangre de mi heroica raza.

TRES ESTAMPAS DEL
VIEJO TRUJILLO

Por Martín Paz

I

Viendo desde las viejas atalayas
las estrechas callejas coloniales
piénsase a veces en las trovas gayas
junto a las rejas de los ventanales.

Largas horas mirando allá en las playas
a la sombra sin par de los cicales
el colorido de las guacamayas
pasar por las quietudes siderales.

Así se iban los días de la escuela
entre una interminable algarabía
en un raudo correr de carretela.

Y el crepúsculo rosa se volvía,
con su tibio peluche de franela,
una roja tajada de sandía.

II

Cuando yo era maestro de banquillo
en Santa Fe, de Punta Icacos, era
aquel mundo otro mundo más sencillo
y la vida una riente primavera.

Volvía cada sábado a Trujillo
donde aquella muchacha quinceañera
se insinuaba vistiendo de amarillo
su guapeza de moza casadera.

¿Lo demás? Lo demás sólo era apenas
en las playas un canto de sirenas
entre un ronco ulular de caracoles,

las gaviotas meciéndose en la brisa
y esa moza luciendo su sonrisa
entre un áureo esplendor de girasoles.

III

Trujillo, recostado en sus colinas,
era un sueño de siglos y leyendas
entre un gárrulo piar de golondrinas
roto sólo por bélicas contiendas.

Y lucían sus gentes de polendas
viejas indumentarias parisinas
en cada día de Carnestolendas
y cada año en las fiestas dicembrinas.

Y mirando el girar de las veletas
la ruta de los amores me atraía
y el optimismo liaba mis maletas.

Y recorriendo los marinos meandros
en goleta salí de la bahía
pasando entre una corte de balandros.

VERDADES AMARGAS

Por Ramón Ortega
(Hondureño).

Yo no quiero mirar lo que he mirado
a través del cristal de la experiencia,
el mundo es un mercado en que se compran
honores, voluntades y conciencias.

¿Amigos? ¡Es mentira, no hay amigos!
La verdadera amistad es ilusión,
ella cambia, se aleja y desaparece
con los giros que da la situación.

Amigos complacientes sólo tienen
los que disfrutan de ventura y calma;
pero aquellos que abate el infortunio
sólo llevan tristezas en el alma.

Si estamos bien, nos tratan con cariño,
nos buscan, nos invitan, nos adulan;
mas, si acaso caemos, francamente
sólo por cumplimiento nos saludan.

En este laberinto de la vida
donde tanto domina la maldad,
todo tiene su precio estipulado:
amores, parentesco y amistad.

El que nada atesora nada vale;
en toda reunión pasa por necio,
y por muy nobles que sus hechos sean,
lo que alcanza es la burla y el desprecio.

Lo que brilla no más tiene cabida,
y aunque brille por oro lo que es cobre,
lo que no nos perdonan en la vida
es el atroz delito de ser pobre.

La estupidez, el vicio y hasta el crimen,
pueden tener su precio señalado:
las llagas del defecto no se miran
si las cubre un diamante bien cortado.

La sociedad que dora su 'desdoro
persigue con su saña al criminal;
¡mas, si el puñal del asesino es de oro,
enmudece..., y el Juez besa el puñal.

Nada humano es perfecto y nada afable;
todo está con lo impuro entremezclado:
el mismo corazón con ser tan noble
¡cuántas veces se encuentra enmascarado...!

¿Que existe la virtud? ¡Yo no lo niego!,
pero siempre en conjunto defectuoso:
hay rasgos de virtud en el malvado,
hay rasgos de maldad en el virtuoso.

Cuando veo a mi paso tanta infamia,
y que mancha a mi planta tanto lodo,
ganas me dan de maldecir la vida,
ganas me dan de maldecirlo todo...

A nadie habrá de herir lo que aquí digo
porque ceñido a la verdad estoy:
me dieron a libar hiel y veneno,
hiel y veneno en recompensa doy.

Pero si tengo la palabra tosca
en estas líneas turbias y sin nombre,
doblando las rodillas en el polvo
pido perdón a Dios..., ¡pero no al hombre!

MORELOS

Por *Jacobo V. Cárcamo*.

José María Morelos...
Jamás en tres palabras ha cabido más cielo...
Capitán de este sueño que hoy nos quema los puños...
Sacerdote guerrero...
Cristo de sangre azteca con su fusil de acero.
Ayer no más, cadenas nos cercaban...
nos agredían espadines pardos,
y se nos torcía la palabra
frente al más duro llanto que ha vertido una raza...
Y fue como si ahora nos muriéramos...
como si se perdieran tus arengas
en una atmósfera de tiranía...
como si nos llevaran la memoria hasta una orilla fría...
y, mundo sin Morelos,
se nos dejara un día
afuera de la tierra,
ya sin vida,
con nada en frente nuestro y todo un cielo encima.
Pero oímos el golpe de sangre de tus venas...
escuchamos la voz de tus espuelas,
y ya vemos tus manos apretando unas riendas:
tu caballo bendice las llanuras
con la redonda libertad del casco...
pasa por cumbres duras,
invade ríos anchos
y es diana su relincho en las honduras.
Con razón están vírgenes las trincheras de Cuautla...
con razón no han caído los Galeana...
con razón Matamoros te busca en cada estatua...
determina tu índice el rumbo a nuestras balas...

oye el niño en la escuela tus tacones de plata
y siente que es el propio corazón de la Patria.
Y con razón te estiman los quetzales de América...
con razón esperamos tu congreso de Anáhuac,
resueltos a la guerra,
cuando nos diga cuándo,
tu corazón de calendario azteca.
Aquí están tus soldados de leyenda
y tus rifles antiguos...
tu sotana guerrera
la ha enarbolado el indio
y se ha hecho con ella una bandera:
Bandera de tu sangre siempre sangre...
pabellón de tus venas de caminos,
por donde van las masas bordando sus sarapes de heroismo.
Cuando surja la noche...
cuando renazca el asco...
y se espese la duda y nos invada el fango.
Tú vendrás a nosotros, bravo apóstol,
al son de tus campanas
que habrán de congregarnos en otra misa de armas.
Te escaparás de los infolios de oro,
dejarás la paz de tus estatuas,
y, entre ahuehuetes hoscos y nopales de águilas,
darás tus más espléndidas batallas.
José María Morelos...
jamás en tres palabras ha cabido más cielo...
Capitán de este sueño que hoy nos quema los puños...
Sacerdote guerrero...
Cristo de sangre azteca con su fusil de acero.

MI POEMA AL RIO ULUA

Por Rubén Bermúdez,
(Hondureño).

Para cantarte, ¡Oh río robusto y altanero!
yo le pondré a mi lira la gama de un cordaje
formado con la fina voluntad del acero
de que, antaño, tallaban las hachas de abordaje.
Tu recuerdo es como una perenne primavera
que el espíritu envuelve en ondas de infinito
cuando al hostil alero de una patria extranjera
borda su azul ensueño la mente del proscrito.
Eslabón que encadenas los recuerdos del niño
a la mente del viejo de cabellos de armiño,
cuando lejos de Honduras el destino te azota,
cantarte a tí, que tienes la bondad de una mano
que anima hacia el esfuerzo fecundo el ciudadano,
es misión de un poeta con alma de patriota.

¡Río Ulúa, serpiente voluptuosa y serena
con tus roscas de tumbos y espumas albeantes,
que arrastras un tesoro confundido en tu arena
robado a la molicie de las sierras distantes!
Desde las serranías de Copán y de Gracias,
el territorio tajas hasta la costa en dos,
y en los valles que cruzas la sed del huerto sacias,
como si obedecieras al mandato de Dios.
Tu misión es tan honda, tan atinada y fuerte,
impregnando de savias la molécula inerte
que, acaso, un brusco ruido te haría vacilar;
y por eso las bestias que van por tus orillas,
y hasta las arboledas se mueven de puntillas
respetando en silencio tu ambición de triunfar.

Tú vuelcas tus caudales en las irrigaciones,
tú transportas, tú abonas, rellenando el pantano,
tú prendes la verdura sobre las plantaciones
de la hierba gigante que produce el banano.
Los celajes que bordas, y las irisaciones
y tu aliento materno germinal para el grano
parecen dos aspectos de las ensoñaciones
de un numen misterioso, complejo y soberano.
Tú que sabes del beso luminoso del astro,
y del goce divino de un cuerpo de alabastro
virginal que se entrega a tu caricia fría,
tú que en tu suerte adunas lo bueno con lo bello
la virtud de la llama y la unción del destello,
eres la quintaesencia de un trozo de poesía.

El agua, como el hombre, compendia aspiraciones,
cabalga, como idea, sobre los vendavales,
el oleaje con alas volando en los ciclones,
o lirio adormecido en las nieves boreales.
El círculo de vida de las aguas eternas
no detiene su impulso jamás sobre la brecha;
se devana en los valles, taladra las cavernas,
es el símbolo puro de un alma insatisfecha.
Yo no sé qué ambiciones complejas e ideales
corren entre la fuga veloz de tus cristales
cuando tus ondas se echan por la tierra a rodar,
porque en el rudo invierno no hay cause que te cuadre,
rompes los malecones, sales fuera de madre,
cobras las atrevidas insolencias del mar.

¡Río que transparentas una extraña sonata
de cadencias, de esfuerzos, con tus linfas de plata!
¡Corriente que te inicias en parajes lejanos,
saltando con violencia juvenil en los llanos,
y llegas a la costa, somnolienta y cansada,
como los peregrinos al fin de la jornada!
¡Caudal de aguas que cruzas la República entera
a pasos desiguales e inciertos de pantera;
nuevas generaciones que hoy tiemblan en la Nada,
en tus vegas feraces alzarán su morada,
junto a la nivea garza y al ruin escarabajo,
porque tú te proclamas de diversas maneras,
hermano de los bosques, protector de las fieras,
y energía en la garra del hombre de trabajo!

Tras la furia rugiente de las inundaciones,
obediente a la norma compleja de sus actos
los restos de pretéritas civilizaciones
sacas a tus ribazos en raros artefactos.
Se pueblan los barrancos que custodian tu orilla
de raros jeroglíficos tallados en guijarro
de utensilios antiguos formados con arcilla,
de ídolos cackchiqueles y cántaros de barro.
Muchas veces en mi alma, vacilante y desnuda
ante tales milagros se incorpora una duda,
más allá de los vuelos de la filosofía,
porque así como engrendras lagartos, tamagaces,
y tornas los estériles territorios feraces,
eres una columna para la arqueología.

Yo canto a las palmeras enhiestas y hieráticas
que crecen en las vegas fecundas que tú bañas,
a tus pozas profundas, a tus aves acuáticas
a la suave ternura con que peinas tus cañas;
al rumor que te anuncia cuando esbozas un salto,
al champán de la sierra que finjen tus espumas,
al brillante celaje de azur y de cobalto,
que en su vuelo errabundo apresuran las brumas.
Pero hay algo más fuerte que en tu ser se origina,
y que cual una savia de infinito trajina
en el oro emblemático de los versos que acuño,
y es la huella que imprimes al niño y al anciano
de que eres un torrente de cariño a lo humano,
el más grande y más noble del amado terruño.

Río Ulúa, tranquilo, Amazonas pequeño,
compendio del inmenso resplandor de un ensueño.
Tú que arrastras visiones del bosque y las estrellas
e interpretas del trueno las gigantes querellas;
tú que enroscas tu cauce en eses enigmáticas
que parecen milagros de puras matemáticas;
río que al iniciarte veloz en el riachuelo
ya tienes generosas complacencias de abuelo;
cuéntale al vasto Océano en tu oscuro lenguaje
lo que a tus ondas dicen la roca y el paisaje,
la inquietud pintoresca de tu errante vivir,
para que en sus entrañas se fragüen ambiciones,
se perfilen las nubes y las irisaciones,
y las voces proféticas de nuestro porvenir.

LA INGRATITUD

Es hija del matrimonio
de la noche y del demonio.
La criaron en un abismo
la envidia y el egoísmo,
por eso un autor afirma
y en su opinión se confirma
sin miedo a ser desmentido
que no hay en el mundo entero
perverso que no haya sido
un vil ingrato primero.

PATRIA

Por Rómulo E. Durón
(Hondureño).

¡La Patria! ¿Qué es la Patria...? De nuestro sér es alma
y en torno de nosotros se siente palpitar,
en lo que canta y vuela, en lo que se alza y brilla
y en cuanto nos dirige en pos de un ideal.

En un recuerdo encierra nuestros recuerdos todos;
anhelos, esperanzas, amores e ilusión
convergen a ella y fúndense en una sola llama,
cual rayos que se unieran para formar un sol.

La Patria es el sagrado lugar donde nacimos,
en donde nuestros ojos abriéronse a la luz,
en donde nuestro pecho latió por vez primera,
do alzamos la prístina plegaria al cielo azul.

Por vez primera en ella lució nuestra sonrisa;
fue en ella do vertimos la lágrima primera,
brotando de los ojos, nublados por la pena,
quemante como fuego, amarga como hiel.

Es Patria el techo amigo que nos cubrió de niños,
la voz a cuyo acento dormimos sin temor,
el amoroso beso de nuestra madre amada,
¡la honra que nuestro padre a defender nos dio!

Es Patria el horizonte que cortan las montañas
y aquel que unidos forman el cielo con el mar,
en donde nuestros ojos fijáronse risueños
en las auroras bellas de la primera edad.

Los juegos infantiles, los locos devaneos,
la fe, las esperanzas, la noble aspiración,
recuerdos, alegrías: La Patria los comprende;
¡más alto que la Patria tan sólo se halla Dios!

La Patria es quien inspira los hechos de alta fama;
por ella con su pueblo marchó a Canaán, Moisés;
ella hizo que, en el Tíber, Horacio se arrojara;
¡por ella se alzó en Suiza el gran Guillermo Tell!

Fue Washington por ella, de todos el primero:
Primero fue en la guerra, primero fue en la paz,
primero en el afecto de sus conciudadanos,
¡primero en los favores de la alma Libertad!

Ella animó a Ricaurte al magno sacrificio;
por ella hubo batallas cual Maipó y cual Junín;
por ella con la frente cargada de laureles
¡en desolada playa Bolívar fue a morir!

Y aquí, en nuestras montañas; vibró por ella un día
su espada fulgurante Francisco Morazán,
que, al brillo de los héroes, aureola unión de mártir
por defender el lema de “¡Unión y Libertad!”

¡Oh, Patria! ¡Oh, Centro-América! ¡Dichosa te elevaste,
del 15 de Septiembre al puro resplandor,
y ya hoy tan sólo eres recuerdo y esperanza:
¡Caíste, y esperamos que se alce tu pendón!

Renace, ¡oh, Patria mía! ¡Como otro tiempo el Fénix,
de tus cenizas puedes alzarte! ¡Tu esplendor
irradie por doquiera, y a un porvenir grandioso,
guíe a tus hijos todos tu hermoso pabellón!

AMOR DE MADRE

Por Carlos Alberto Uclés.
(Hondureño).

Enamorado un joven de una niña,
le dijo un día él:

Pídeme perlas, flores, cuanto quieras,
que tanto te daré.

¿Quieres las ricas joyas de mi madre?
Impóneme tu ley...

No, repuso la niña, lo que quiero
yo, su corazón es;

Tráemelo. Entonces a correr volando
se echó el ciego doncel;

Y halló a su dulce madre que dormía,
y pensó en ella él.

Y el pecho amante desgarró, y del pecho
el corazón también

él le arrancó, y a casa de su amada
llevándole se fue.

Y lo llevaba al fin, y pues corriera,
resbaló en el dintel

de la puerta al llegar, y cayó a un tiempo,
por echarse a correr.

Y del materno corazón entonces
brotó una voz, a fe

como ninguna dulce y cariñosa,
diciéndole así a él:

¿Te has hecho daño, hijito? Mi amor mío...

¡Lo que un corazón es!

PARTIDA, AUSENCIA, RETORNO

Por Carlos Alberto Uclés.
(Hondureño).

I

Pálida estaba, insomne parecía
revelar en su faz
yo no sé qué letal melancolía
punzadora y tenaz.

Como se amustia el lirio y palidece
sin calor y luz,
así un alma se enferma si aparece
en su cielo un capuz.

Yo apasionado y cariñosa ella,
conmovidos los dos,
en una tarde embalsamada y bella
nos dijimos ¡adiós!

Y un adiós, un adiós nunca se pierde,
ni se puede borrar...
Ella quedóse en su casita verde,
lancéme yo a la mar...

II

Triste seguí con la mirada el puerto
que alejándose va...
¡Ay! Todo estaba en mi redor desierto,
todo quedaba allá...

Y allí en mi barca que bordaba espumas
como flores de abril,
yo hablaba con ella entre brumas
de un ensueño febril.

Antes sonreía a la floresta del cielo;
y en su cárdeno tul
astros no haya ni flores en el suelo:
¡no hay verde ni hay azul!

Todo está negro de mi vista en torno;
¡qué triste es padecer!
Mas a la ausencia seguirá el retorno,
y a la pena, el placer.

III

¿Volví? ¡Ah, no...! Mas volveré: su vista
endulzará mi mal;
que un ángel es al vate, y al artista
una fada oriental.

Un ángel es... ¿Me olvidará...? ¡Quién sabe!
Un aria le escuché:
“El juramento” que tocó en el clave
a prometer la fe...

Patrios alcores que la lluvia esmalta
melancólicos ví:
Si ella al viudo corazón le falta
la patria no está aquí.

Lejos en tanto al suspirar le envió
un eco gemidor;
un suspiro que es todo lo mío,
un suspiro de amor.

LA PESCA MILAGROSA

Por Daniel de la Vega
(Chileno).

I

Cristo dijo a Pedro: —Avanza mar adentro
y allí suelta tu red.
—Maestro —respondióle Pedro—, hemos trabajado
toda la noche entera sin recoger un pez.

Cristo pensó en voz alta:
—¡Hombres de poca fe!
Y repitióle a Pedro: —Avanza mar adentro y allí suelta tu red.

Pedro obedeció entonces. La barca entró en el agua,
una gran ráfaga de fe
infló las velas remendadas.
Todo tenía en ese instante una actitud de obedecer.

II

Aunque los negros vientos de la vida
quieran mi leve embarcación romper,
y las heladas manos de los hombres
mi caminito siembren de desdén,
yo, navegante triste de la tarde,
mendigo errante de la dulce sed,
alzaré hacia la altura el pensamiento
y tenderé mi red.

Aunque las emboscadas de las dudas
a solas me hallen al anochecer,
y quieran apartarme del sendero
que ha de llevarme al horizonte aquel,
yo, caminante mudo del crepúsculo,
que siento el claro corazón arder,
esperaré el mandato del Maestro
y tenderé mi red.

III

Y después, terminada la jornada,
de frente al viento libre y cara a cara al sol,
no tendré entre mis manos
la pesca milagrosa del Señor;
sino que entre las redes toscas y mal unidas,
recogeré temblando de emoción,
más fuerte, más sincero, más limpio, más abierto
que nunca el corazón..., ¡mi corazón...!

SI TIENES UNA MADRE TODAVIA

Por E. Neuman.

¡Si tienes una madre todavía
da gracias al Señor que te ama tanto,
que no todo mortal cantar podría
dicha tan grande ni placer tan santo!

Si tienes una madre sé tan bueno
que ha de cuidar tu amor su paz sabrosa,
pues la que un día te llevó en su seno
siguió sufriendo y se creyó dichosa.

Veló de noche y trabajó de día,
leves las horas en su afán pasaban,
un cantar de sus labios te dormía
y al despertar sus labios te besaban.

Enfermo y triste te salvó su anhelo,
que sólo el llanto por su bien querido,
milagros supo arrebatarse al cielo,
cuando ya el mundo te creyó perdido.

Ella puso en tu boca la dulzura
de la oración primera balbucida,
y plegado tus manos con ternura,
te enseñaba la ciencia de la vida.

Si acaso sigues por la senda aquella
que va segura a tu feliz destino,
herencia santa de tu madre es ella,
tu madre sola te enseñó el camino.

Mas si al cielo se fue... y en tus amores
ya no harás feliz sobre la tierra,
deposita el recuerdo de tus flores
sobre la fría losa que la encierra.

Es tan santa la tumba de una madre,
que no hay al corazón lugar más santo,
cuando espina cruel tu alma taladre,
vé a derramar allí tu triste llanto.

ADIOS AL LAGO DE YOJOA

Por Josefa Carrasco.
(Hondureña).

Si blanca garza, cual la nieve, fuera
de tus playas ¡oh, lago encantador!
por siempre enamorada yo viviera
y tu oleaje suavísimo batiera,
gozando de tus ondas el frescor.

Si de tu orilla lirio pudoroso,
o palma fuera de esmaltada sien,
mi perfume te diera delicioso,
la voz de mi susurro cadencioso,
y el suave beso de mi amor también.

Mas ni lirio ni garza, ni palmera,
nada soy a tu orilla; adiós, adiós;
allá lejos tal vez a mi alma espera
el rudo embate de desgracia fiera
que me siga quizá por siempre en pos.

Ya no veré tus matizadas aves,
ni escucharé el rumor de tus florestas;
ni miraré tus flotadoras naves
que se deslizan por tus ondas suaves,
ni tus montañas de elevadas crestas.

Bandadas de luciérnagas volando,
yo, junto a tí, no más veré brillar
en noche oscura, ni el quejido blando
escucharé del ave que cantando
viene ante tí sus penas a exhalar.

¡Adiós mi lago, adiós mis avecillas!
¡Adiós, oh sauces de agradables sombras!
¡Adiós risueñas, poéticas orillas,
adiós mis bellas, dulces tortolillas!
Mi labio siempre con amor os nombra.

¡Adiós paisaje encantador y hermoso,
do la mano de Dios se admira tanto;
sitio de calma, de placer y gozo,
donde refugio el corazón ansioso
halla en su angustia y mortal quebranto!

EL HOGAR

Cuán dichoso el afecto que se esconde.
Quédate, corazón, en tu lugar;
nunca la dicha a la inquietud responde
de almas que corren sin saber adónde;
vale más el reposo del hogar.

Para ellas nunca hay paz: en su extravío
cruzan de Oriente a Ocaso, tierra y mar,
siempre barridas por el viento impío
que alza la duda en el desierto frío;
vale más el reposo del hogar.

Goza en la sombra, corazón. Sin duelo
descansa el ave en el nativo lar,
y siempre halcón traidor amaga el vuelo
de las que vagan por el alto mar:
vale más el reposo del hogar.

EL NIÑO EDUCADO

Hay un niño educado
quien apenas levantado,
los buenos días va a dar,
hace una venia y recita:
buenos días, mamacita,
muy buenos días, papá.

—El nunca —Sí —No, contesta,
pues añade a su respuesta:
—Sí, señora, —No, señor.
Siempre en sus labios escucho:
Gracias; lo agradezco mucho.
Con su perdón; por favor.

Para él están abiertas
en todas partes las puertas,
porque es atento y cortés;
a todos saca el sombrero,
¡oh si es todo un caballero,
aún no cumple los seis!

UNA ESTATUA A LA MADRE

Por *Jorge Federico Travieso*
(Hondureño).

Va a comenzar la ronda, venid, los jazmineros
sobre el verde del prado riegan nieve olorosa,
hay una valla enorme de rosas y luceros
y una tórtola arrulla bajo la noche hermosa.

La luna ha desflecado su ropaje ligero
y está desnuda y casta sobre la cumbre rosa,
el mar está vestido de niño marinero
y es ingenua la brisa que besa temblorosa.

Va a comenzar la ronda, todos seremos niños,
soldaditos de plomo desfilarán callados,
y pasarán los sueños en celajes rosados.

Una fragancia antigua, como una nubecilla,
se alzará de las almas que habían olvidado,
ha de tener el aire sensación de capilla
cuando ya no se escuche la fuga del pecado.

Venid todos sonrientes, un día fuiñnos buenos,
ha de estar en la fiesta Caperucita Roja,
no faltarán las hadas ni los gnomos risueños
ni la cuerda, ni el trompo, ni el misterio en las cosas.

Unamos el esfuerzo porque ocurra el milagro,
cada cual contribuya con su grano de oro,
no importa el sacrificio de ese granito amargo
si por toda la vida tenemos un tesoro.

Va a comenzar la ronda, cuando suenen las doce
se detendrá la luna sobre el cenit de nácar,
redoblarán tambores, naufragarán las voces
que entonaban antiguas cantinelas de plata.

Y entonces, en el centro del jardín florecido,
una estatua de mármol surgirá como un sueño,
mármol de la cantera más pura de la vida,
una madre, extasiada con un niño pequeño.

Suave el gesto infinito, por Dios, que nadie llore,
es ella la dulzura creciente del cariño,
ella nos da el más puro de todos los amores
y sólo en ella somos eternamente niños.

¡Madre! ¡Madre! ¡Bendita la mujer que fue madre!

Dejaremos sin guardia la estatua bajo el arco
del cielo que la ampara, que aunque sea muy tarde
y sea rico el plinto, nadie osará tocarlo.

Yo pido este recuerdo de la niñez perdida,
que es el más efectivo de todos los recuerdos,
para que en él encuentre la que nos dio la vida
un consuelo en el arte del agradecimiento.

Esta noche seremos nuevamente sencillos,
cuando llegue el momento, nos faltará la voz,
pues al par que la estatua brillará con cariño
sobre todos nosotros la sonrisa de Dios.

CANTO A AMERICA

Por *Juan Ramón Ardón*
(Hondureño).

América, corazón cuyo ritmo
será el ritmo del mundo...
Aurora del futuro
alumbrando el principio de una nueva cultura.
América es el vientre
es gestación magnífica de una mejor conciencia.
Vórtice todo llamas alumbrando un sendero...
Crisol maravilloso en cuyo fondo áureo
se funde un rutilante y firme doctrinario...
El corazón de América palpita para todos
los que llevan en alto sentimientos demócratas,
pues gesta el doctrinario que salvará el Cosmos:
América es el índice señalando el futuro...
América no quiere principios autocráticos:
no es tierra de conquista, es tierra de hombres libres
que inician la cruzada de un mañana esplendente
de Derecho y Justicia, Libertad y Cordura...
América es el vientre
en gestación magnífica de una nueva cultura...
Su misión es más alta que sus picos andinos...
Triunfará en sus anhelos, será suyo el mañana
porque vibra en su espíritu, con vibrar alto y firme,
el espíritu altivo de Martí y de Bolívar...
América, bandera desplegada flameando libertades...
Corazón cuyo ritmo
será el ritmo del mundo...
Aurora del futuro
alumbrando el sendero de una nueva cultura...

EL NIÑO

Mira el árbol que a los cielos
sus ramas eleva erguido;
con ellas columpia un nido
en que duermen tres polluelos.

Son hijos de un ruiseñor
que en la tarde sosegada,
en la noche, en la alborada,
les canta endechas de amor.

Ellos forman su tesoro
y en el ramaje sombrío
responde a cada pío, pío,
cual diciendo: los adoro.

Quien los ve se maravilla;
aire y luz les da el espacio
y viven en un palacio
de esparto, plumón y arcilla.

Un rapazuelo atrevido,
destructor, inquieto y malo,
ata una escarpia de un palo
para derribar el nido.

Ya le alcanza con sus manos
cuando enternecido pecho
le grita: Piensa en el lecho
en que duermen tus hermanos.

Piénsalo un instante y dí:
¿qué hiciera yo, qué esperara
si un ladrón así matara
a tus hermanos y a tí?

Vuelve el rostro con enojos
y halla a su madre el rapaz
y con tristeza en la faz
y un mar de llanto en los ojos:

Deja tales desvaríos,
le dice, los seres buenos
cuidan los hijos ajenos
como yo cuido los míos.

Este nido en un hogar,
no lo rompas, no lo hieras;
sé bueno y deja a las fieras
el vil placer de matar.

LA MADRE Y LA HIJA

La hija: ¿A dónde van esas hojas
que el viento lleva perdidas?

La Madre: Donde van las esperanzas
que en el corazón habitan
porque las marchitas hojas
como esperanzas nacieron
que ves correr desprendidas
y que un bello sol ilumina.
Y el viento del desengaño
a la nada precipita.

La hija: ¿A dónde van a ocultarse
esas nubes fugitivas?

La madre: Donde van las ilusiones
que en nuestra mente se anidan,
porque ilusiones y nubes
son en todo parecidas.

La hija: Esas perlas que en las flores
se ven brillar en el día
cuando se desaparecen
¿hacia donde se encaminan?

La madre: Donde va el goce y encanto
que alegres pueblan la vida,
porque los bienes del mundo
son las perlas cristalinas.

La hija: ¿Son bellos esos parajes,
se gozan muchas delicias?

La madre: Hermosos son, hija amada,
porque allí todo se olvida.

La hija: Entonces también quisiera
volar allá, madre mía.

La madre: No; que en este mundo tienes
deuda que a todos obliga,
y es el tributo de llanto
que no has pagado, hija mía.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Cantando la cigarra
pasó el verano entero,
sin hacer provisiones
allá para el invierno.
Los fríos la obligaron
a guardar el silencio,
y a acogerse al abrigo
de su estrecho aposento.
Vióse desprevenida
del precioso sustento,
sin mosca, sin gusano,
sin trigo, sin centeno.
Habitaba la hormiga
allí tabique en medio;
y con mil expresiones
de atención y de respeto,
le dijo: doña hormiga,
pues que en vuestros graneros
sobran las provisiones
para vuestro alimento,
prestad alguna cosa
con que viva este invierno
esta triste cigarra
que alegre en otro tiempo,
nunca conoció el daño.
No dudéis en prestarme,
que fielmente prometo
pagaros con ganancias,
por el nombre que tengo.
La codiciosa hormiga
respondió con denuedo,
ocultando a la espalda
las llaves del granero:
¿Yo prestar lo que gano
con un trabajo inmenso?
Díme pues, holgazana,
¿qué has hecho en el buen tiempo?
Yo, dijo la cigarra,
a todo pasajero
cantaba alegremente,
sin cesar un momento.
¡Hola! ¿Con que cantabas
cuando yo andaba al remo?
Pues ahora que yo como,
baila, pese a tu cuerpo.

EL NIÑO Y LA ESTRELLA

En el cielo un astro brilla
que en el agua se refleja,
un hombre que va pasando
le dice al niño poeta:
—“Tú que inmaculadas rosas
llevar en las manos sueñas,
y que vas cantando siempre
a do tus pasos te llevan
tus fugaces alegrías
y tus quiméricas penas,
dime: entre tu alma y la mía
¿en qué está la diferencia?
—Mira, respóndele el niño,
alza un poco la cabeza;
allá en el azul lejano
¿ves cómo brilla una estrella?
—La veo.
—Cierra los ojos.
¿Alcanzas ahora a verla?
—Imposible.
El niño entonces,
que los misterios desvela,
dice, la frente bajando
con nostálgica tristeza:
—“Yo la veo todavía
cuando mis ojos se cierran”.

MADRE MIA

Por Vicente Machado Valle h.
(Hondureño).

Al llegar hasta tí, ¡oh, madre mía!,
necesito llevar el alma pura;
para ver en tus labios la alegría
y en tu faz reflejada la ternura.
Es preciso dejar la senda oscura
de los odios que acechan noche y día.
Necesito del agua la frescura
para hacer que tu espíritu sonría.
¿Qué te puedo ofrecer en mi soneto?
¡Madre mía!, mi voz la tuya espera.
Todo lo debo a tí, hasta el secreto
de mirar esta luz, la verdadera,
del amor que es bondad, virtud y reto.
¿Qué te puedo ofrecer? La vida entera.

EL FILOSOFO Y EL BUHO

Por decir sin temor la verdad pura
un filósofo fue echado de su asilo.
De ciudad en ciudad endaba errante
detestado de todos y proscrito.
Un día que sus desgracias lamentaba,
un buho vio pasar que perseguido
iba de muchas aves que gritaban:
—“Ese es un gran malvado, es un impío,
su maldad es preciso castigarla;
pícadle todos, desplumadle vivo”.
Esto decían, y todos le picaban;
en vano el pobre pájaro afligido,
con muy buenas razones procuraba
de su pésimo intento disuadirlos.
Entonces nuestro sabio, que ya estaba
del pájaro infeliz compadecido,
a la tropa enemiga puso en fuga
y al buho preguntó: Dígame, amigo,
¿por qué motivo destrozarle quiere
esta bárbara tropa de enemigos?
Nada les hice —responde el ave—
el ver claro de noche es mi delito.

LA INOCENCIA

Hay una flor de purpurinas hojas,
de tallo esbelto y virginal esencia,
pura y sencilla como flor ninguna;
como ninguna transparente y bella.
Es flor que nunca marchitó el estío,
flor que si el aura con sus hojas juega,
se inclina dócil, suspirando triste,
y el bello cáliz pudorosa cierra.
¿Conoces tú esa flor? ¡Ay!, luce un día;
sus hojas luego las pasiones secan;
y ya no hay fe si para el alma muere,
que ella es la fe y el sentimiento es ella.
Se ve en tus ojos, si los ojos bajas;
se ve en tu seno, si tu seno late;
se ve en tu rostro, si tu rostro enseñas;
se ve en tus labios, si tus labios rezan.
¿Aún su nombre pides? Es la aurora
de tu esperanza mágica y risueña;
la breve historia de tus breves años.
¿Conoces ya cuál es? Es... la inocencia.

LA PRIMAVERA

Está la tarde de rosas,
están las aguas serenas,
y hay amor de mariposas
en las blancas azucenas.
Y hay sonatinas aladas
en los floridos bancales,
y en las fuentes hay baladas
y en los lirios madrigales.
Y hay en las aguas rumor
de susurrante sonrisa:
con los almendros en flor
está charlando la brisa.
Y en el cielo el sol risueño
teje dorados tisules;
y están los montes azules
como el azul de un ensueño.
Y cerca de mí se siente
de linfa clara y undosa
la sonatina doliente:
se está muriendo una fuente
por el amor de una rosa.

EL AMANECER

Se alzó el viento del mar en las espumas,
y dijo: Abridme paso, densas brumas.
Las naves saludó, y gritó: ¡A la vela,
oh marineros, que la noche vuela!
A la tierra lanzóse apresurado,
y le gritó: ¡Despierta, el día ha llegado!
A la selva le dijo: Clamorea,
y tu verde bandera al viento oreá.
Del pájaro tocó el ala plegada.
Despierta (dijo) canta a la alborada.
Y al gallo de la rústica alquería:
Resuena tu clarín, se acerca el día.
Al maizal murmuró: Dobla la frente,
saluda la mañana refulgente.
En la torre gritó con voz sonora:
despiértate campana, y da la hora.
El cementerio atravesó, y decía:
Dormid en paz: no es tiempo todavía.

EL RATON BARBILAMPIÑO

(Fábula) Por Luis Andrés Zúñiga.

Un ratón barbilampiño,
frente a un gato enratonado,
contemplaba con cariño
el mal de este desgraciado.

Al pobre gato, angustiado
por la dolencia enemiga,
lo tenía acurrucado
un gran dolor de barriga.

Con miedo disimulado,
y cerca de su agujero,
el ratón, medio indignado,
gritóle en tono altanero:

—¡En tu corazón traidor
mereces una estocada,
carroña ruín, sin pudor!

El gato no dijo nada.

—¡Felino cruel, traicionero!
¡Tu madre fue una malvada!
¡Gato vil y pordiosero!

El gato no dijo nada.

Como el gato enmudecía,
el ratón se hizo el valiente;
siguió insultando, a porfía;
paseóle por enfrente
y horribles muecas le hacía
con talante impertinente.

El gato no se movía.

Y a tal llegó su osadía,
que arrimándose a la cola,
que el gato erecta tenía,
tocó la punta y olióla,
saltó sobre ella, escupióla...

El gato no se movía.

Ante tanta complacencia,
o, mejor, indiferencia,
perdida la cortedad,
confiado en la impunidad,
por su cabeza hervorosa
pasó una idea espantosa;

de la locura era un brote,
algo horrible y funerario:
aquel ratón temerario
¡pensó tocarle el bigote!

Arrimóse lentamente...
cauteloso y con recelo,
y le tiró, de repente,
con mucha fuerza, de un pelo.

Y huyó, y huyó, y huyó...;
pero el gato, enfurecido,
de dos saltos lo alcanzó
y allí lo dejó tendido.

Cinco garras erizadas
cayeron sobre él al punto:
fueron cinco puñaladas
que le dejaron difunto.

—o—

El lector habrá advertido
que es esta la conclusión:
el león, aunque esté dormido,
no deja de ser león.

EL TELEFONO

El Teléfono en la caja, cómo brilla,
cómo suena la pequeña campanilla
cuyo toque se oye en casa hasta el confín.
Cuando llaman de otras partes muy lejanas
como dicen ligerito sus campanas,
ligerito y de carrera, turrintlín...

Y yo entonces me aproximo y tomo el fono
y del que habla desde lejos oigo el tono,
del amigo muy distante que llamó.
Y sin verlos, yo me alegro y ya no dudo
que es preciso responder a su saludo,
a su claro bien timbrado, aló, aló.

El teléfono de blancas campanillas
la primera de las grandes maravillas
cuando toca su sonoro turrintlín,
obedece a las eléctricas corrientes
misteriosas, invisibles a las gentes,
cuando dice: turrintlín, turrintlín.

LA RISA DE LOS NIÑOS

Por Juan Ramón Ardón
(Hondureño).

Cuando ríen los niños todo se ilumina
cual bajo el encanto de luz auroral,
porque esa delicia de risa argentina
es como un mensaje blanco y celestial.

Como el agua niña musical y clara
que va jugueteando por las espesuras,
la risa de los niños es propicia para
hilvanar poemas llenos de ternuras.

Cuando ríen los niños con su risa fina,
como rica perla de un cuento oriental,
se alegra la vida y la alondra trina
bajo un cielo en fiesta de azul matinal.

Magia de esa risa tierna y delicada...
—Sensitiva y leda como una ilusión—,
y tan sugestiva como una alborada
que ponga destellos en el corazón...

Al reír los niños el Hada Madrina
pasa en su carroza feliz y triunfal...
y el aire se puebla de una concertina
surgida al conjuro de una orquesta ideal.

Al reír los niños su sana alegría...
se llena la vida de un bello esplendor,
y mil guzlas de oro se hacen sinfonía,
se hacen sinfonía de luz y de amor.

JESUS Y EL MENDIGO

Marchaba el buen Jesús por un camino
en sus largas jornadas por el mundo;
y era entrada la noche cuando vino
a postrarse a sus pies un vagabundo,
que le dijo con júbilo y con llanto:

“¿Eres Jesús el Nazareno? Cuánto
te he buscado, Señor, para que me hagas
un grandísimo bien... Abrióse el manto,
y el cuerpo le mostró lleno de llagas.

“De pueblo en pueblo voy para que vean
mis úlceras sangrientas y mitiguen
su ardor, pero los hombres me apedrean
y los canes rabiosos me persiguen.

Ten piedad de mis llagas miserables
Tú que llevas el bien por do caminas.
Tócalas con tus manos admirables
que convierten en rosas las espinas”.

Así dijo el mendigo con tristeza,
y Cristo entonces de ternura lleno,
puso un beso de paz en su cabeza
y le hizo descansar sobre su seno,
diciéndole: —Por todas sus querellas

mezclaré mis lágrimas contigo.
Y lloró tantas... que bañóse en ellas
y al mirar sus andrajos el mendigo
los halló salpicados con estrellas.

LA LOCOMOTORA

Rueda y pasa, traqueteando
en su carrera sin cesar,
por los llanos y las cumbres,
por el campo y la ciudad;
vuela y dice, tracatrá,
tracatrá con ardor, echa chispas,
negro humo y bocanadas de vapor.

Mensajera del progreso,
cuando corre por el riel
tan ligeras sus palancas
y sus ruedas ni se ven;

sólo se oyen los pitazos
conque anuncia a la estación
que va lleno de riquezas
hasta el último vagón.

No descansa ni de noche
tracatracá sin parar,
y en la sombra su pupila
muy abierta siempre está;
y en su ronco tracatracá
cuando llega hasta su andén,
dice y canta que a la tierra
la ha cambiado en un edén.

LA MARIMBA

Por *Francisco P. Figueroa*.
(Hondureño).

Lentamente,
lentamente —cual si fuera
una gota que cayera
desde el mármol de la taza de una fuente—
tal preludia la marimba una extraña sinfonía,
saturada de amargura y de cruel melancolía
con sus teclas de madera...

Yo no sé qué oscuro arcano
de tristeza hay en lo hondo
de esa música salvaje, que palpita allá en el fondo
de sus notas como queja
dolorosa,
como un gemido humano,
como algo que solloza
como un dolor latente,
como algo inexplicable, infinitamente triste...

Es el alma de una raza; de una raza que no existe,
de una raza ya extinguida, libre, indómita y valiente.
Es el alma de Votán,
es el alma de Lempira
que en la música suspira;
es el alma de los indios que mandó Tecúm-Umán
siempre, siempre a la victoria,
siempre al triunfo y a la gloria;
es el alma brava y fuerte
de aquel fiero luchador
que encontró gloriosa muerte
en la punta de la lanza del feroz conquistador...

Es la pobre raza extinta
del imperio Cachiquel;
es la raza de aquel pueblo que dejó con sangre tinta
la antes clara linfa pura del gran río Xequijel:
es el alma de la raza de los grandes sacrificios,
triunfadora en mil combates, triunfadora
hasta el día en que los teules, con engaños y artificios,
redujéronla a ignominia
a infamante vasallaje.

Esa raza es la que llora,
que solloza de coraje,
de despecho e impotencia en la música salvaje,
en la nota plañidera
del indígena instrumento de teclado de madera.

Escuchad la sinfonía
de cruel melancolía;
escuchad, ¡qué sentimiento
el que vibra entre las notas del indígena instrumento!
Nunca ríe, nunca canta;
es cual pájaro cautivo, que jamás cantó alegrías,
ni jamás de su garganta
ha brotado más que el lloro
de sus tristes elegías
en las frías
soledades de sus cárceles de oro...

¿Qué le importa a la vencida
raza extinta, vuestros dones, vuestra lengua
que no entiende? ¿Qué le importa que en el nombre
del Dios bueno, del Dios Hombre
arrasaran sus altares,
si para ella es mudo el cielo,
si es su vida
sólo oprobio, cautiverio, sólo mengua?
¿Qué le importa? Ya no es de ella ese rico suelo
que regaron sus mayores, con su sangre generosa...

¿Qué le importa al indio eso
que llamáis pomposamente libertades y progreso,
si es del amo su cabaña y sus hijos y su esposa?
¿Qué le importa? Si de aquella raza libre, brava y fuerte
que sufrió sin inmutarse los tormentos y la muerte,
habéis hecho solamente las acémilas de carga
que se arrastran tristes, mudas bajo el peso
de su amarga dura suerte...

¡Oh! dejadle que solloce, que se queje a su manera;
solamente le ha quedado su marimba de madera,
que le habla de sus tiempos victoriosos,
de sus templos y palacios de Yxinché y de Copán,
de su rey Kikab ele grande, de su gran Valún Votán,
de sus héroes de hierro, de sus épicos colosos,
recios, libres, bajo el sol,
que infundieron la pavora,
por su arrojo y su bravura
en el ánimo aguerrido del intrépido español!

JAZMINES DEL CABO

Por Rafael Heliodoro Valle.
(Hondureño).

¿Por qué causas misteriosas
la música de un violín
o el perfume de un jazmín
nos recuerdan muchas cosas?
Sortijas de aguas preciosas,
pañuelos de raso y tul,
cartas dentro de un baúl,
vales del tiempo pasado,
y lo del cuento azulado:
“Este era un príncipe azul”.

Esa flor nítida es una
cosa de la primavera:
un jazmín que ella nos diera
en una noche de luna.
¡Quién sabe por qué fortuna
esa romántica flor
puede expresar el temblor
sutil que en el alma vive,
eso que nunca se escribe
en una carta de amor!

Suave la hacen los cariños,
tristes las penas secretas,
y la arrancan los poetas
y la deshojan los niños.
Si está sobre los corpiños
su perfume nos evoca
el beso, cuya miel loca
deja sobre el corazón
la inefable sensación
de una hostia en la boca.

Cuando en los días primeros
se conjuga el verbo amar
sus flores en el solar
se abren a los aguaceros...
Días tibios y ligeros,
días de balcón y esquila,
de rondar la callejuela
y de escribir madrigales;
páginas sentimentales
de nuestra mejor novela.

Días de embriaguez divina,
—todo por unas pestañas—
cuando se ven las montañas,
coronarse de neblina.
Cuando hay una bandolina
temblando ante rejas raras,
cuando se cunden las varas
de jazmines y de rosas
y parecen más hermosas
las noches frescas y claras...

Y cuando el alma, en su brío,
lo que tiene el jazmín toma:
si al abrirse, riega aroma,
si al sacudirse, rocío.
Y alguien nos dice: “eres mío”
todas las cosas son bellas,
y nuestras móviles huellas,
de pálidos soñadores
van sobre puentes de flores
y bajo palios de estrellas.

Entonces en giro blando,
son —envueltas en aromas—
hacia el viento las palomas
jazmines que van volando...
En esos días es cuando
tenemos palacios reales
con terrazas de cristales
y bruñidos pavimentos
y son de verdad los cuentos
de los reyes orientales.

Jazmines de sedas finas
y de carnes aromosas,
y más buenos que las rosas
porque no tienen espinas.
Platas de fragantes minas,
incensarios de placer,
novios para la mujer
sin novio que haga canciones,
quieren como corazones
cuando se dan a querer.

Y aquellos de la sumisa
edad cuando nos ensalma
la novia, el jazmín del alma,
la hostia, el jazmín de la misa.
Y los que peina la brisa
cuando moja los barrancos
los que están junto a los bancos
y los parques y los muros;
jazmines bellos y puros
como algunos dientes blancos.

Los de silvestre hermosura
que eran —con piedad contrita—
regados por la abuelita
en la madrugada pura.
(La abuela por su blancura
en el recuerdo me sabe
a un jazmín de los más suaves
que se coge en los sembrados,
a un jazmín de los lavados
con el agua de la llave...)

Es jazmín con viejos oros
el marfil de los pianos.
yo he visto volar dos manos
sobre jazmines sonoros.
Con sus egregios decoros,
como nacido entre brumas,
daba el champán sus espumas
en las copas champaneras,
entre un blancor de pecheras
y de abanicos de plumas...

Niña de mi devoción,
déjame que ahora duerma
viendo el brillo de la esperma
esparcida en el salón.
Me acuerdo, con la emoción
casta del primer anhelo,
de tus mejillas de cielo;
de su blancura adorable
y hasta del inolvidable
perfume de tu pañuelo...

¡Oh Julieta!, ¡oh Margarita!
tu evocación es, al fin,
a manera de un jazmín
de primavera bendita.
¡Oh! balcón de aquella cita
por lo romántica, loca,
pues cualquier palabra es poca
para decir lo que yo
sentí cuando ella me dió
de comulgar en su boca.

Jazmines de noble cuna
los de mis cánticos; puestos
a serenarse en los tiestos
que trasplanté de la luna.
¡Buenas noches! En la bruma
tiniebla, un surtidor mana
jazmines hasta mañana...
De aroma haciendo derroche,
entrad, porque en esta noche
quedó abierta mi ventana...

EL JUNCO Y EL CIPRES

Al lúgubre Ciprés con triste acento
El Junco melancólico decía:
¡Ah! qué fatal destino.

Yo me alcé tan alegre, tan contento
Cuando la aurora vino,
Y ora sin fuerza ya, sin energía,
Sobre mi tallo débil me reclino
Y me siento morir... ¿por qué la suerte
La vida te da a tí y a mí la muerte?
Y el Ciprés respondía:
El dolor es eterno, la dicha dura un día.

En tí simbolizaron la tristeza
Los hombres, dijo el Junco, en mí el anhelo
De los que aman y esperan.
¿Cómo es que nunca doblas tu cabeza.
Ni tu color alteran
Las lluvias ni los vientos? —Para el duelo
De aquellos que de todo desesperan
Hay un solo color, dijo el Ciprés,
Y si tú nunca doblegar me ves
Mi cabeza hacia el suelo,
Es que desprecio el mundo y miro al cielo.

IDILIO ETERNO

Por Salvador Díaz Mirón
(Mexicano).

Ruge el mar, se encrespa y se agiganta.
La luna, ave de luz, prepara el vuelo,
y en el momento en que su faz levanta
da un beso al mar y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable que respira,
y sube, baja y crece tempestades,
al sentir aquel ósculo suspira
y en su cárcel de rocas se estremece.

Hace siglos de siglos que de lejos
tiemblan de amor en noches estivales:
ella le da sus límpidos reflejos,
él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores
estos viejos amantes afligidos.
Ella le dice: Te amo, en sus fulgores;
él le responde: te adoro, en sus rugidos.

Ella lo duerme con su lumbre pura
y el Mar la arrulla con su eterno grito
y le cuenta su afán y su amargura
con una voz que atruena en el infinito.

Ella pálida y triste lo oye, y sube
por el espacio en que su luz desploma,
y velando la faz tras de la nube,
oculto el duelo en que su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible;
que el mar la espía en su convulso seno;
y se contempla en el cristal movable
del monstruo azul en que retumba el trueno.

Y al descender tras de la sierra fría
le grita el mar: "En tu fulgor me abraso.
No te alejes tan pronto, estrella mía.
Estrella de mi amor, detén el paso.

Un instante mitiga mi amargura
ya que en tu lumbre sideral me bañas.
No te vayas. No ves tu lumbre pura
brillar en el azul de las montañas".

Y ella exclama en loco desvarío:
“Por doquier la muerte me circunda;
detenerme no puedo, monstruo mío.
Compadécete de tu pobre moribunda.

·Mi último beso de pasión te envió.
Mi casto brillo a tu semblante adjunto...
Y en las hondas tinieblas del vacío
hecha cadáver se desploma al punto.

Entonces el mar de un polo al otro polo,
al encrespar sus ondas plañideras,
inmenso, triste, desvalido y solo
cubre con sus sollozos la ribera.

Y al contemplar los luminosos rastros
de la alba luna en el oscuro velo
tiemblan de amor los soñolientos astros
en la profunda soledad del cielo.

Todo calla: el mar duerme y no importuna
con sus gritos salvajes de reproche
y sueña que se besa con la luna
en el tálamo negro de la noche.

A LA BANDERA SALVADOREÑA

Por José Leiva.

¡Portentosa Bandera Salvadoreña!
Cubres a un mismo tiempo, con gentileza,
una tierra admirable por lo pequeña
y una patria asombrosa por su grandeza.

Esta bendita Patria donde mi cuna
se meció al soplo leve de los maizales,
Patria como la mía, tan sólo es una.
¡Ideal entre todos los ideales!

¡Por eso eres mi culto, Bandera mía;
y por eso, las manos de mis abuelos,
en medio del combate, con bizarría,
te elevaron, altivos hasta los cielos!

La gloria más preciada que yo quisiera,
el honor más hermoso que anhelaría,
es ser tan buen patrióta, que cuando muera
me cubras con tus pliegues, ¡Bandera mía!

LA CONCIENCIA

Por Víctor Hugo
(Francés).

Airada tempestad se desataba
cuando, de toscas pieles revestido,
Caín con su familia caminaba
huyendo la justicia de Jehová.
La noche iba a caer. Lenta la marcha
al pie de una montaña detuvieron,
y a aquel hombre fatídico dijeron
sus tristes hijos: —Descansemos ya.

Duermen todos, excepto el fratricida,
que alzando sus miradas hacia el monte,
vio, en el fondo del fúnebre horizonte,
un ojo fijo en él.
Se estremeció Caín, y despertando
a su familia del dormir reacio,
cual siniestras fantasmas del espacio
retornaron a huir, ¡suerte cruel!

Corrieron treinta noches y sus días,
y pálido, callado, sin reposo,
sin mirar hacia atrás y pavoroso,
tierra de Assur pisó.
—Reposemos aquí... ¡Dénos asilo
esta región espléndida del suelo!—
Y, al sentarse, la frente elevó al cielo,
y allí el ojo encontró.

Entonces a Jebel, padre de aquellos
que en el desierto habitan: —Haz le dijo,
que se arme aquí una tienda— y el buen hijo
armó tienda común.
—¿Todavía lo veis?, preguntó Tsila,
la faz como el alba placentera,
y Caín respondió: —Lo veo aún.

Jubal entonces dijo: —Una barrera
de bronce construiré: tras de su muro,
padre, estarás de la visión seguro;
ten confianza en mí.
Una muralla se elevó altanera.
y el ojo estaba allí.

Tubalcáin a fabricar se puso
una ciudad, gigante de la tierra;
y, en tanto, sus hermanos daban guerra
a la tribu de Seth y la de Enós.
Poblando de tinieblas la campiña
la sombra de las torres se extendía;
y en la puerta grabó su altanería:
“Prohibido entrar a Dios”.

Un castillo de piedra, cuyo muro
a la altitud de una montaña asciende,
de la ciudad en medio se desprende,
y allí Caín entró.
Tsila, llega hasta él y, palpitante:
—Padre, le dice, ¿aun no ha desaparecido?—
Y el anciano, aterrado y conmovido,
le responde: —¡No! ¡No!

“De hoy más quiero habitar bajo la tierra,
como en su tumba el muerto, y presurosa
su familia cavóle una ancha fosa.
y a ella descendió al fin.
Mas debajo de esa bóveda sombría,
debajo de esa tumba inhabitable,
el ojo estaba fiero, inexorable,
y miraba a Caín”.

ROMANCE DEL CAMINO

Por *Francisco Villaespesa*
(Español).

San José era carpintero,
y la Virgen panadera,
y el Niño Jesús, los días
que llueve y no tiene escuela,
va a recoger las virutas
que se escapan de la sierra,
y en el horno de su madre
sus santas manos las echan.
Mientras las piedras del horno
lentamente se caldean,
vuelve al taller de su padre,
y con manos inexpertas,
ayudado por los ángeles,
labra una cruz de madera.

Y San José dice al verlo:
—¿Por qué, Jesús, siempre juegas
con escoplos y cepillos
a hacer cruces de madera?—
Y el Niño Jesús responde,
con su voz alegre y fresca:
—¡Porque quizás algún día
me habrán de clavar en ella!—
Y los rubios angelitos,
al escuchar la respuesta,
abandonan el trabajo,
y llenos de espanto vuelan
derramando entre las nubes
tristes lágrimas de pena.

SERENATA DE SCHUBERT

Oid... Va a comenzar... Qué encanto encierra.
Oid, un rumor de alas se desata,
Son ángeles que bajan a la tierra
A escuchar la doliente serenata.
Oid, cuánta ternura hay en la nota
de sus arpegios melódicos, suaves,
parece un ritmo celestial que brota
de los picos de oro de las aves.
Oid, la serenata, qué doliente.
Y cómo hace sufrir y cómo agobia.
Suave, como el murmullo de la fuente,
dulce, como los besos de la novia.
¿No sentís que se aumentan los latidos?
¿No sentís escuchando eso que encanta,
un tropel de sollozos y gemidos
que se quieren salir de la garganta?
Con qué suave ternura se desliza
el divino y profundo miserere.
Es lamento de cisne que agoniza,
es quejido de tórtola que muere.
Cual se desborda en ondulantes giros
elevando sus ondas a las nubes,
parece una cascada de suspiros,
parece un aleteo de querubes.
Como vagos arpegios se dilata
y la música tiembla adolorida.
Y... Cómo hace olvidar la serenata
los pesares intensos de la vida.
Yo gozo y sufro, me conmueve, lucho
y mi alma se aleja de lo humano:
cómo pienso en la novia cuando escucho
ese canto de Schubert en el piano.
Amor, profundo amor, cómo se expande
cómo fluye la fe con los sonidos.
Oid mi corazón, vedlo, qué grande,
cómo crece al compás de los latidos.
Y... no sé que me pasa, sufro tanto,
pero siento algo que el dolor suaviza,
mirad, de mi pupila brota el llanto
y brota de mis labios la sonrisa.
Sentir esa canción, como la siento.
Llorar con su tristísima armonía,
necesario es que tenga el pensamiento
un nombre como el tuyo, amada mía.
Serenata de amor. ¿Cómo has llenado
de extraña seducción, de afán inmenso?

¿Qué misterios encierra ese teclado,
que no puedo saber, por más que pienso?
Dios mío, qué delirio, cuánta queja.
Cómo tiemblan las notas, cómo lloran.
Escuchad, escuchad, que bien semeja
el beso de dos almas que se adoran.
Si hay en cada armonía, en cada nota,
un efluvio de amor y de consuelo,
debe ser esa música que flota
cuando mueren los ángeles del cielo.
Oid, va a comenzar, qué encanto encierra.
Oid, un rumor de alas se desata,
son ángeles que bajan a la tierra
a escuchar la doliente serenata...

EL MILAGRO DE LOS PAJAROS

Jesús, en aquel tiempo, en tarde hermosa,
fragante y rumorosa,
llegó del lago a la desierta orilla,
y junto a sus discípulos sentado,
bajo el fresco arbolado,
fue ante sus pies amontando arcilla.
Y empezó a modelar mirlos, zorzales,
palomas y turpiales
y jilgueros con arte peregrino,
y los niños, al verlo, abandonaron
sus juegos y llegaron
en torno del artífice divino.
Fariseos ceñudos que del templo
regresaban “qué ejemplo
das tú”, gritaron con acento airado;
“En sábado trabajas. ¿No comprendes
que al Dios del Cielo ofendes?
“El día del Señor has profanado”.
Alzó como en un ruego la mirada
hacia la turba airada,
y en voz humilde y de cadencia suave,
“¿Habré pecado tanto?”
dijo, y el pico terminó de un ave.
Y luego ante la turba que con ira
su indiferencia mira,
y que sigue en redor vociferando,
tres golpes dio en el suelo. Y al instante,
hacia el azul ardiente,
se lanzaron los pájaros cantando.

EJERCICIO DE LENGUAJE

Yo quiero que tú quieras
que yo te quiera,
como querría quererte
si me quisieras,
y, aunque no me quieras,
te querré porque quiero
que tú quieras.

Si piensas que yo pienso
que tú me piensas,
me piensas al pensarlo:
me recompensas.
Y si bien piensas,
quien piensa en no pensarme
sólo en mí piensa.
Al decir lo que dices,
te contradices,
porque dicen que dices
lo que no dices;
y si lo dices,
dices lo que no has dicho
con lo que dices.

En parte de los partes
que tú repartes,
ví que partes muy pronto
para otras partes;
mas, si partes, me partes
de parte a parte.

LA CATEDRAL DE COMAYAGUA

Por *Angela Ochoa Velásquez*.

Es como un relicario. Bajo la nave gótica,
habla el pincel ibero de una edad de esplendor;
en las pompas rituales hay la fragancia exótica,
que perdura en los símbolos, de otro tiempo mejor...

Ví una Cruz de esmeraldas, sobre una áurea custodia,
que a la luz de los cirios, era la Cruz del Sur...
Y una momia de Obispo que en las noches salmodia,
cuando la luna tímida, se engarza en el azur...

Una morisca joya que en la torre altanera,
va marcando las horas con profundo vibrar,
y en la Alhambra otro tiempo señaló la primera
gloria que conquistara Rodrigo de Vivar...

Cada lienzo un prodigio, cada altar un portento,
todo tiene aquel sello del monarca español;
que encerrado en la austera soledad de un convento,
olvidó los paisajes inundados de sol...

Gien prelados pasearon la cauda de sus mantos,
a lo largo del tiempo, frente al altar mayor,
testigo mudo siempre de glorias y quebrantos,
nuestro blasón más grande, nuestro escudo mejor.

Cuando en la torre gime la lúgubre campana,
se piensa en el profundo misterio del no ser,
y pasan los espectros en larga caravana,
de los que se marcharon para jamás volver...

Cuando los bronces dicen su festiva algazara,
cómo se identifica con ella el corazón.
Y nos sentimos niños, como si reventara
la más risueña aurora de la resurrección.

Cristo de Zalamea que en tu Cruz has tendido
tus brazos con la angustia de infinito dolor;
haz que retornen todas las glorias que se han ido
y que oficie un prelado ante el Altar Mayor.

Es todo un relicario, desde el macizo muro,
una leyenda encierra del tiempo colonial;
su bóveda altanera se alza como un conjuro,
que dice: Padre nuestro, líbranos del mal.

AMERICA

Por Víctor Domingo Silva
(Chileno).

¡América! No en vano las tardas carabelas
tendieron a los vientos oceánicos sus velas.
Tú eras el sueño que albergaron las aulas de Pavía.
Naciste en el cerebro de un vagabundo, un loco
que dió en soñar contigo... Mas él no vió tampoco
tu porvenir, ¡oh tierra de mis padres!, ni pudo
atravesar de rieles el páramo desnudo
ni entretejer en donde crujieron los bohios,
la red de puentes férreos y túneles sombríos.

El suelo que entre brumas se desplegó a su vista
era la tierra bárbara, propicia a la conquista.
Edén desconocido, maravillosa tierra
que la codicia —madre del odio y de la guerra—
llenó, durante siglos, de angustias y de horrores;
nidial de abyectos súbditos y espléndidos señores,
mas no este Continente que hoy riega y fecundiza
el magnífico esfuerzo de la sangre mestiza,
ni este collar de patrias que arrulla el océano
en donde alienta el alma de un pueblo libre y sano;
ni este vibrar de usinas y humear de chimeneas,
con que la inquieta industria transforma las ideas;
ni el orgullo paso de flotas colosales
por entre aquellos mismos islotes y canales
que bordea la quilla de la frágil piragua;
¡ni este endiablado vértigo que las ciudades crispa
al descubrir mil vidas en una gota de agua
o estremece los mundos por medio de una chispa!

También el Nuevo Mundo vive una vida nueva.
Las fábulas absurdas deben morir. El prueba
que no es sólo una estéril e informe tentativa
la que sus hijos hacen: es una fuerza viva
que inquiere y busca, ciega tal vez, tal vez oscura,
pero veraz y ardiente. Bríndanle su cultura
las viejas razas. Ella no es a su influjo extraña.
Su innato genio todo lo absorbe y asimila,
¡que ya, hace mucho tiempo, del mar a la montaña,
no se oye el ronco estrépito de los cascos de Atila!

Tengamos fe, pongamos a la tarea el hombro.
Templando el alma a todo, podremos ser asombro
del Universo... Raza, carácter, suelo, historia,
nada nos falta, nada para asaltar la gloria.
Sepamos ver en lo hondo del porvenir. Alcemos
la voz; hoy no hay instantes que nos sean supremos.
Que no se arrastre el brío... ¡Renuévase el ensayo
de aquella unión que un día no se creyó quimérica,
y habrá de ser, si alzamos la fe el desmayo,
obra de nuestras manos el porvenir de América...!

LEMPIRA

Por Raúl Gilberto Tróchez

(Hondureño).

Yo veo al gran Señor, siempre forzado,
como a Sansón, que atormentó Dalila
enamorado del paisaje, mudo,
ante el delirio del Ocaso lila.
Con la mano en la frente, como escudo;
incendiando horizontes su pupila;
con épico ademán el jefe rudo,
mirando que su ejército desfila.
Y veo al español, puesto en acecho,
tronchar su Libertad y su Derecho,
azuzando los míseros lebreles.
Y oigo un reclamo a la Justicia, cuando
el frío Congolón se alza llorando,
y su sangre corola los claveles.

LA OPINION

POBRE CAROLINA

Pobre Carolina mía.
Nunca la podré olvidar.
Ved lo que el mundo decía
viendo el féretro pasar:
Un clérigo: empiece el canto.
El doctor: Cesó el sufrir.
El padre: Me ahoga el llanto.
La madre: Quiero morir.

Un muchacho: Que adorada.
Un joven: Era muy bella.
Una moza: Desgraciada.
Una vieja: Feliz ella.

Duerme en paz: dicen los buenos.
Adiós: dicen los demás.
Un filósofo: una menos.
Un poeta: un ángel más.
Nunca la podré olvidar.

CANCION DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa a toda vela,
No corre el mar, sino vuela
Un velero bergantín:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura "El Temible",
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
En la loma gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul:
Y ve el capitán pirata,
Sentado alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
Y allá a su frente Estambul.

"Navega velero mío, sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo a torcer alcanza
Ni a sujetar tu valor".

"Veinte presas
Hemos hecho
A despecho del inglés
Y han rendido
Sus pendones
A mis pies".

Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios mi libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única Patria la mar,
"Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra:
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío
A quien nadie impuso leyes".
"Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor

Que no sienta
Mi derecho
Y dé pecho
A mi valor.
Que es mi barco mi tesoro, etc".

"A la voz de barco viene"
Es de ver
Cómo vira, se previene
A todo trapo escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.
En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.
Que es mi barco mi tesoro, etc."

"Sentenciado estoy a muerte.
Yo me río:
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna antena,
Quizá en su propio navío".
"Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la di
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.
Que es mi barco mi tesoro, etc."

"Son mi música mejor
Aquilones.
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos,
Y el rugir de mis cañones,
Y del trueno

Al son violento
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado

Por la mar.
Que es mi barco mi tesoro,
Es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar”.

PATRIA

Por Ricardo Miró
(Panameño).

¡Oh! Patria tan pequeña, tendida sobre el Istmo
donde es más claro el cielo y más brillante el Sol;
en mí resuena toda tu música lo mismo
que el mar en la rosada celda del caracol.

Revuelvo la mirada y a veces siento espanto
cuando no veo el camino que a tí me ha de tornar...
Quizás nunca supiera que te quería tanto
si el Hado no dispone que atravesara el mar.

La Patria es el recuerdo... Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor...

La Patria son los viejos senderos retorcidos
que el pie, desde la infancia, sin tregua recorrió,
en donde son los árboles antiguos conocidos
que al alma le conversan de un tiempo que pasó.

En vez de estas soberbias torres con áureas flechas
en donde un Sol cansado se viene a desmayar,
dejadme el viejo tronco donde gravé una fecha,
donde he robado un beso, donde aprendí a soñar.

¡Oh! mis vetustas torres, queridas y lejanas:
Yo siento las nostalgias de vuestro repicar...
He visto muchas torres, oí muchas campanas,
pero ninguna supo, torres más lejanas,
cantar como vosotras, cantar y sollozar.

La Patria es el recuerdo... Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin hojas, sin flores, sin verdor.

¡Oh! Patria tan pequeña que cabes toda entera
debajo de la sombra de nuestro pabellón:
Quizás fuistes tan chica para que yo pudiera
llevarte por doquiera dentro del corazón.

EL DUELO

Por Antonio Muroti.

¿Que cómo fue, señora?
Como son las cosas cuando son del alma.
Ella era muy linda y él era muy hombre,
y yo la quería y ella me adoraba;
pero él, hecho sombras, se me interponía
y todas las noches junto a su ventana
fragantes manojos de rosas había
y rojos claveles y dalias de nácar.
Y cuando las sombras cubrían las cosas
y en el ancho cielo la luna brillaba:
de entre las palabras brotaba su canto
y como una flecha llegaba a la casa.
¡Cómo la quería...! ¡Cómo le cantaba sus ansias de amores
y cómo vibraba con él su guitarra!
Y yo tras las palmas con rabia le oía,
y entre canto y canto colgaba una lágrima.
Lágrima de hombre, no crea otra cosa,
que los hombres lloran como las mujeres
porque tienen débil como ellas el alma.
No pude evitarlo... La envidia es muy negra
y la pena de amor es muy mala,
y cuando la sangre se enrabia en las venas
no hay quien pueda, señora, calmarla.
Y una noche oscura... ¡Lo que hacen los celos!
lo esperé allá abajo, junto a la cañada;
retumbaba el trueno, llovía, y el río
igual que mis venas hinchado bajaba.
Al fin, a lo lejos, lo ví entre las sombras.
Venía cantando su loca esperanza,
en el cinto colgando el machete
bajo el brazo la alegre guitarra.
Llegó hasta mi lado, tranquilo, sereno,
me clavó en los ojos su fría mirada,
me dijo: ¿me esperas? Le dije: te espero.
Y no nos hablamos ni media palabra.
Que era bravo el hombre, bravo cual los machos,
y los hombres machos pelean, no hablan.
¡Cómo la quería! El machete dijo
su amor y sus ansias, roncaba su pecho,

brillaban sus ojos, y entre golpe y golpe
ponía su alma...
No fue lucha de hombres, fue lucha de toros,
eso bien lo sabe la vieja cañada;
pero más que el amor y el ensueño
pudieron la envidia y la rabia.
Y al fin mi machete lo dejó tendido
sobre su guitarra.
No tema, señora, son cosas pasadas...
Todavía en el suelo me dijo llorando:
quírela que es buena... Quiérela que es santa;
quírela como yo la he querido,
que aunque muero, la llevo metida en el alma.
Y tuve celos, señora, del que así me hablaba,
y tuve celos de aquel que moría
y aún muriendo la amaba...
Y la sangre cegó mis pupilas y el machete
en la mano temblóme con rabia y lo hundi
en su pecho con odio y con furia, y rasgué
su carne buscándole el alma...
Porque en el alma se llevaba a mi hembra
y yo no quería que se la llevara.

LOS LIBERTADORES

Por *Leopoldo Lugones*
(Argentino).

Galopan en la llama de oro del sol naciente,
son cuatro mil bravuras en un solo torrente.
Son los libertadores. La montaña les mira
con un sombrío ceño de sobresalto y de ira
virando en el sonoro temblor de sus peñascos.
Sobre los pedernales riegan chispas los cascots,
que la espuela apresura. Los sables echan llamas.
El aire de las cumbres silva en las oriflamas
erizando cabellos y revolviendo crines.
Resuellan las gargantas de oro de los clarines.
A trechos, un caballo cuyo brío estrepita,
sobre la mancha roja del alba se encabrita.
Relinchan las narices, piafan los corazones,
como un huracán negro suben los escuadrones.
Aquel viento de cólera cuelga sobre el abismo.
Los héroes atraviesan una nube. Lo mismo

que una faja de guerra se envuelve en sus cinturas
ese vapor, pues miden tanto sus estaturas,
que aun se ven las espuelas de la hueste que sube
cuando ya los penachos flotan sobre la nube.
En tanto que la hueste sube por las laderas,
un solemne silencio cae de las banderas.
El soplo de las nieves sobre las carnes vibra
como un filo de acero, pero ninguna fibra
se estremece, pues, fieros en su obstinado brío,
prefieren la muerte a temblar aun de frío.
En ese instante, el drama tiene una peripecia:
bajo el pliegue del viento que sordamente arrecia,
aparece una línea de alas negras. La cumbre
sobre la cual despunta el sol flechas de lumbre,
rompiendo el ígneo copo de una nube lejana,
como un tropel de poás, que esfumado en la bruma
revienta la onda en una soberbia flor de espuma,
se estremece sintiendo maternal sobresalto.
“Ya están aquí los cóndores”, dice. La hueste hace alto
para verlos. Son reyes; son verdugos; sus zarpas
asesinan; sus plumas vibran cual sordas arpas;
tienen el ala siendo la fiera; cuando acecha
su mirada, en el arco de los cielos es flecha;
huelen la guerra; el vuelo de sus alas potentes
como ancho estandarte cubre los continentes.
Cuando aparece el cóndor la gloria está cercana.
Los pájaros, oyendo la invocadora diána,
que dieron los clarines en el alba, han venido
para ver, olvidando las tibiezas del nido.
y a tal altura encuentran a los héroes que cuando
se contempla los cerros que a sus pies van quedando
parecen que asombrados de tantas maravillas
todos aquellos montes se han puesto de rodillas.

POEMAS

PARA

PRIMERO Y SEGUNDO CURSO
DE EDUCACION MEDIA

ORACION FUNEBRE

A LAS PEQUEÑAS ARTISTAS DEL BALLETO
QUE ENLUTARON EL CORAZON DE CENTRO AMERICA

Por Claudio Barrera
(Hondureño).

¡Cómo ha llorado Honduras!
¡Cómo llora de pena Costa Rica!
¡Cómo se siente que el dolor camina
deshaciendo los sueños de la vida!

¡Cómo se oyen los pasos de la muerte
cuando lloran los hombres en la tierra!
cuando se palpa el sufrimiento y gime
hasta el perfume de la primavera...

¡Cómo llora la noche en su amargura
cuando caen las lágrimas humildes
de los niños de Honduras!

No se puede ocultar tanto lamento,
si en cada boca se desprende un grito...
Si está sangrando fijo el pensamiento.

Eran ángeles dulces que venían
a sembrar el amor y la esperanza,
en la cadencia azul de la armonía
y en la magia ritual de las palabras.

Ilusiones pequeñas. Inocentes
lirios de amor deshechos en el barro.
Caprichosos juguetes de ternura.
Pequeñas muñequitas de alabastro.

En cada pecho sólo se adivina
tras un desgarramiento de cristales
el adiós doloroso de una niña
que no merece más que madrigales.

Cariños que se van, voces aladas
que se borraron ya de las escuelas.
Nombres que solamente en el silencio
volverán al volver la primavera.

Gajos rubios de amor sus cabelleras.
Estrellas de pasión sus ojos fijos

y en la fúnebre paz de sus ojeras
el dolor de los santos crucifijos.

¡Qué dolor tan intenso el de su huida!
Dolor de toda Honduras que solloza.
Una corona enlutará la vida
entre el leve perfume de las rosas.

Angeles que se van... alas al viento.
Aroma suave de pequeñas lilas.
Gritos que se confunden en la muerte!
Voces que no despiertan las pupilas!

¡Oh, Dios! que eternizaste la amargura,
cómo pudiste no velar su huella
si has dejado el dolor en toda Honduras
como el deslumbramiento de una estrella.

También en Costa Rica se preguntan
lo que jamás contestará el destino.
Si dicen que los ángeles del cielo
velan por las criaturas,
cómo pudo, Señor, la muerte horrenda
llenar de llanto y de dolor a Honduras?

Angeles rubios. Angeles divinos.
Pequeñas muñequitas de alabastro.
Que alegraban la vida con sus trinos
y alumbraban la noche como un astro.

Pero Dios lo ha querido. Que así sea.
¡Señor que compadece los dolores!
Llévalas junto a Tí para que sean
de tu jardín las predilectas flores.

Y déjanos llorar...deja que lloren
dos pueblos que se sienten sin consuelo
y rezan la oración de los sepulcros...
Padre Nuestro, que estás en los cielos...

ODA AL GENERAL MORAZAN

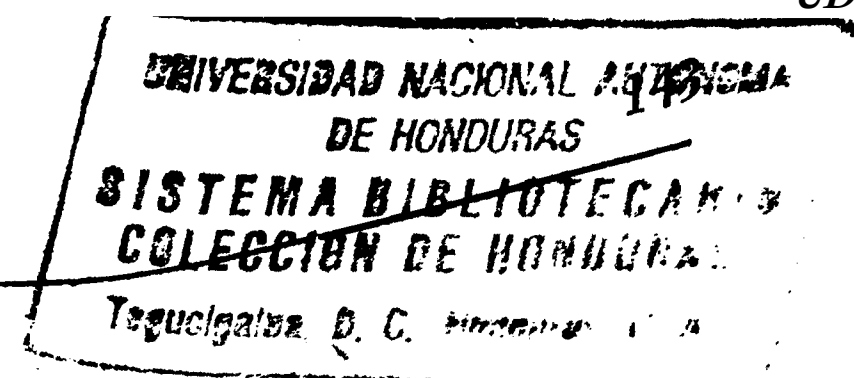
(Héroe Centroamericano)

Por *Eliseo Pérez Cadalso*
(Hondureño).

(Primer Premio en el Gran Concurso Morazánico Nacional,
Tegucigalpa, D. C., septiembre de 1942).

Tiemblan los Andes, arden los cielos, rugen los mares
en triunfal paroxismo de gloria...
Vibran los bronces, canta la idea, brilla la espada,
proclamando tu nombre, ¡gran Señor de la Historia!
Crujen las viejas cadenas... paso al ideal redentor.
Del silencio se eleva la voz de los mártires.
La estampa de hierro de Washington,
la espada estelar de Bolívar
y el sol del Ideal Morazánico
gestan hoy la eterna realidad histórica del Gran Continente.
Ha sonado la hora
de juntar tres antorchas en haz esplendente
y construir sobre el suelo del tiempo
fortalezas de acero tramadas con sueños eternos.
¡Oh, visión, esperanza inmortal de los héroes!
¡Oh, suprema ilusión de ser libres y fuertes!
¡Patriarca de hierro!
¡Coloso del Ande,
genial Capitán de la Unión..!
rompió su pasado la América...
¡Olivos, laureles, estrellas
y el credo divino de la redención!
En nido de cóndores —la carne acerada con fulgor de soles,
aprendida a los robles gigantes—
el brazo nostálgico de la empuñadura de una espada de oro,
las pupilas bebiéndose el inmenso horizonte,
llevando en el pecho fragor de volcanes...
¡Tal nació el redentor de esta tierra
como el grito de luz del relámpago!
Al saltar victorioso a la historia
del Ande crujieron las sólidas vértebras,

PARNASO LIRICO ESCOLAR



tembló de coraje todo el Continente.
En su ser se clavó la armonía, lo eterno;
la verdad se hizo flor en sus labios proféticos;
un ideal —mar de amor— le llenaba el espíritu,
la lucha curtió sus espaldas
y la voz de los siglos despeñó fanfarrias de luz en su mente.
¡Oh, excelso barro de dioses y héroes!
¡Salud por aquellos que sellan su frente con un estandarte
y llevan ardiendo en las venas
la llama sublime de un destino histórico!
¡Morazán, Morazán, Morazán!
los dioses te dieron la espada contra la injusticia,
contra los sombríos designios del mal,
contra los oprobios, contra las cadenas... ¡Oh, padre inmortal!
En esa batalla mil veces heroica
—curtidos tu cuerpo y tu espíritu con todo el fragor del martirio
dejaste la nota sublime la tarde del último grito,
por haberle dado un mendrugo al hambriento,
por pedir la luz de los oprimidos,
por soñar un mundo pleno de armonía,
una patria augusta, diáfana y abierta como el horizonte...
Tronó la metralla... Sangre de los héroes
donde vibran simientes eternas.
Y después... La Noche... El Silencio...

Hoy suena la hora
de barrer los odiosos prejuicios;
cien pueblos hermanos en brazo y espíritu
tributan al Mártir, la más formidable apoteosis.
El error va perdiéndose;
los ojos cansados de atisbar lejanías de sangre,
protestan buscando mirajes de humana victoria.
Todo va perdiéndose, todo va borrándose:
el dolor del ayer oprobioso
y la sombra espectral de la Muerte.
Padre homérico:
en Corcel de siglos vas rompiendo el cielo de la eternidad;
te abre su imperio la Gloria...
Tiemblan los Andes, arden los bronces, grita la espada,
saludando tu triunfo, Gran Señor de la Historia.

AGUILAS CONQUISTADORAS

Por Luis Andrés Zúñiga.

Car la guerre est folle et rude
Pour la faire honnetement,
Il faut une certitude
Pris dans le firmament.

Víctor Hugo.

Un día zarpó un barco de la vieja Inglaterra
Con rumbo al Occidente, hacia ignorada tierra
Que hallábase escondida tras las curvas del mar.
El barco iba cargado de tristes emigrantes,
De Quarkers que iban a esas tierras distantes
A buscar una patria y a formar un hogar.

Nuevo pueblo de Israel, de místicos guerreros
Que de su patria huyeron, con penates y aceros,
De su conciencia oyendo su imperativa voz.
.....Al fin sus ojos vieron una costa florida,
Fecunda y bella y vasta, la tierra prometida
Que en la América libre les reservaba Dios.

Como robusto roble que en un día creciera
Y que la vasta sierra con sus ramas cubriera,
O singular producto de monstruosa aleación,
Lo que fue débil niño se tornó en un gigante,
Esa mísera tribu, en la tierra pujante,
Se tornó de improviso en pujante Nación.

Y así como es muy limpio al nacer el torrente
Y que al crecer enturbia su linfa transparente
Hasta que llega, enorme, pero sucio hasta el mar,
Así, ¡oh! Yanquilandia, hija de puritanos,
Armadas nos enseñas las homicidas manos
Y nuestra noble tierra pretendes conquistar.

Se escucha un grito de águilas tras el lejano monte.
Los búfalos ya asoman por el vasto horizonte.
¡Son hijos de la bruma en la tierra del sol!
El quetzal ya revuela sobre la cumbre enhiesta,
Y se escucha un rugir en la negra floresta,
¡Son los bravos cachorros del gran león español!

¡Oh!, los hijos de Lincoln, que encendida
Nos mostráis una espada fratricida:

Vuestra espada es puñal.
¿Pensáis que nuestra aljaba está dormida?
Nunca duerme bajo el sol tropical.

Tenéis inmensas pampas, grandes lagos sonrientes,
El vórtice del Niágara y mil ríos rugientes
De un enorme caudal;
Dejadnos disfrutar nuestros torrentes,
Nuestro suelo nativo, nuestro sol tropical.

La conquista es un crimen. No fue que conquistamos
Esta tierra risueña, nosotros heredamos
De tiempo inmemorial.
Las fértiles campiñas que poblamos,
Nuestras costas floridas, nuestro sol tropical.

Hace siglos aquí fue que murieron
Los Lempira que heroicos combatieron
En batalla campal;
Irán ahora los hijos donde los padres fueron;
Combatiremos todos bajo el sol tropical.

Sois muy fuertes, pero injustos y arteros.
Somos muchos millones de guerreros
De México al Canal;
Dios pone en nuestras manos los aceros;
No será vuestro este sol tropical.

Así como se escucha, cual volcán que revienta
Cuando el cielo descarga la pesada tormenta
Y abátense en las rocas los ímpetus del mar,
Se oirán ruidos siniestros, de rugir de florestas,
De rocas desgajadas de las altivas crestas,
De huracán de guerreros que cruza un encinar.

¡Los clarines ya suenan, ya flota el estandarte!
¡Cada cumbre un castillo, cada roca un baluarte!
¡Centauro cada potro, cada soldado un león!
¡Los corceles ya piafan bajo el duro acicate!
¡Campesinos: al arma! ¡Se acerca ya el combate!
¡Y tú, valiente obrero! ¿Cuál es tu batallón?

¡Oh! vírgenes que lleváis también sangre gloriosa
De las bravas mujeres de la gran Zaragoza:
¡Contra la horda invasora cualquier arma es leal!
¡Seguidnos al combate! ¡Cubrid vuestra hermosura!,
¡Cubrid vuestros encantos con guerrera armadura!;
¡Pereced con nosotros en la lucha fatal!

¡Porque es lucha de razas! ¡Es el genio latino
Que al universo alumbra con su fuego divino,
En lucha contra el Bóreas, nebuloso y brutal!
¡La muerte sus banderas de luto ya despliega!
Tal vez por muchos siglos durará la refriega;
Mas ganará el Derecho la batalla final.

Y si en la lucha enorme, nuestra armada destruida,
Destruídos los hogares, nuestra patria vencida,
Bajo la planta quedan del grosero invasor;
Cuando del vasto incendio, extintas ya las luces,
Quede todo en escombros, sobre las tristes cruces,
Del alma de la raza flotará un resplandor!

CANCION A SAN PEDRO SULA

Por Quino Caso.

En el gran valle de Sula,
la noche se está apagando
y por cada estrella muerta
como que surgiera un pájaro...

Así el cielo de San Pedro
nos ofrece este espectáculo:
¡Por la noche sus estrellas!
Y por el día sus pájaros.
Pájaros de la noche inmensa
—las estrellas— que han colgado
su fresco gajo de luces
en los hombros azulados...
Y estrellas enloquecidas,
multicolores —los pájaros—
que nos alumbran la vida
con el fulgor de sus cantos...

La alegría es en el valle,
alegría que contagia,
y he sacado un momentito
a que se contagie mi alma...
En el gran valle de Sula
el día nos ha encontrado
con el alma a flor de pecho
y la canción en los labios.

Y la canción, fragante y loca,
ondula... ondula... ondula...

al escapar de la boca
sobre el gran valle de Sula...!

Por el valle de San Pedro
han pasado las Tres Gracias
y olvidaron en la senda
sus sandalias.
Tal se ve que de la tierra
—por las Gracias fecundadas—
brotan flores como estrellas,
como estrellas perfumadas.
Y así como las flores
nuestras vidas embalsaman,
¡las mujeres de San Pedro
se nos meten hasta el alma!

¡Buen patrono, el de las llaves,
que tanto ángel a su guarda...!
Por hacerle una bromilla,
los portones yo falseara,
y qué escándalo en el cielo
cuando el Padre Dios mirara
que en el gran valle de Sula
abierta la Gloria estaba...
Y así la canción, urgida
del amor que la modula,
ya se escapó de mi vida
y ondula... ondula... ondula...
en clara luz encendida
sobre el gran valle de Sula...!

P O E M A S

PARA

TERCERO Y CUARTO CURSO
DE EDUCACION MEDIA

LA ELEGIA DEL ORGANO

Por José Santos Chocano

Suena el órgano,
suena el órgano en la iglesia solitaria,
suena el órgano en el fondo de la noche
y hay un chorro de sonidos melodiosos en sus flautas
que comienzan blandamente... blandamente
como pasos en alfombra, como dedos que acarician,
como sedas que se arrastran
y, de súbito, se encrespan y se hinchan y rebraman,
a manera de ancho río que sepulta
en su lecho rocalloso,
la solemne pesadumbre de sus aguas...

Una flauta cuenta historias increíbles
de las épocas pasadas;
otra flauta dice cosas que debieran ser verdades
y que apenas son ensueños y delirios y fantasmas;
una ríe, otra llora;
una ruge y otra canta;
una es macho que persigue y otra es hembra que se escapa;
y entre tantas variaciones de sonidos melodiosos,
hay un cuerpo y hay una alma que se juntan,
se penetran y confunden,
y a los soplos animados de una gracia
van cantando por los aires, que Toledo viste luto
de sus pompas funerarias,
para gloria de su iglesia de doscientos cincuenta años
y más gloria de la estirpe que esa iglesia levantara.

Suena el órgano,
suena el órgano en la iglesia solitaria,
suena el órgano en el fondo de la noche
y hay un chorro de sonidos melodiosos en sus flautas...

¿Por quién doblan?
¿Por quién doblan y suplican y se quejan las campanas?
—Una flauta lo pregunta; y, otra flauta lo contesta:
por un hombre que fue herrero, fue soldado, fue poeta, y eso basta.

Por un hombre que tenía tres estrellas en el alma:
el trabajo, la energía y el ensueño;
el trabajo que da fuerzas, la energía que da audacias
y el ensueño que da glorias.
¡Las tres gotas de la sangre! ¡Los tres sellos de la herencia!
¡Los tres gritos de la Raza!

Suena el órgano,
suena el órgano en la iglesia solitaria,
suena el órgano en el fondo de la noche
y hay un chorro de sonidos melodiosos en sus flautas...

Un herrero que en sus manos de coloso forja espadas
y con toda la destreza, las empuja y acicala,
y clavándolas al suelo, las encorva... las encorva... las encorva...
y une el puño con la punta sin quebrarlas;
él es joven, él es fuerte,
como el campo tiene el alma,
y sus manos que se crispan contra el yunque
acarician a la madre resbalando suavemente por encima de sus canas.

Cada golpe del martillo
repercute, cuando estalla,
en los montes, en las nubes y en el pecho de la anciana.
Una tarde,
desde lo alto de una cresta de montaña,
el herrero sobre el yunque crepitante
trabajaba... trabajaba... trabajaba...
Y una noche,
protectora del trabajo que descansa,
fue tendiendo por encima de esa frente,
por detrás de esas espaldas
sus tinieblas silenciosas y estrelladas...
y el herrero resonante sobre el yunque descargaba...
Y fue aquella la apoteosis del trabajo
porque encima de la cumbre desolada
eran chispas solamente
¡del martillo contra el yunque las estrellas que formaban!

Suena el órgano,
suena el órgano en la iglesia solitaria,
suena el órgano en el fondo de la noche
y hay un chorro de sonidos melodiosos en sus flautas...

Un guerrero,
que se ciñe su tizona, que se ajusta su coraza,
que se cala su cimera, que se fija su penacho,
monta un potro de repente, lo espolea,
y anda... y anda...
¿Hacia dónde va el guerrero?
—¿Va a la Atlántida?

En la corte del glorioso Carlos V
oye un día que Pizarro se entusiasma
relatando sus primeras aventuras y ofreciendo sus primicias
de esas tierras fabulosas ante el trono del Monarca;
y, él, entonces, como siente
que en su sangre la energía teje audacias,
pide en breve su cimera, su penacho,
su tizona, su coraza,
y empuñando su bandera desplegada
se confunde con el grupo; en la senda taciturna
de Toledo va alejándose entre el polvo que levanta...
y, en su mano la bandera se desdobra,
se sacude, se envanece de sus alas;
y, en el viento, es cual signo que retorna los adioses
a los hijos que se marchan...

Suena el órgano,
suena el órgano en la iglesia solitaria,
suena el órgano en el fondo de la noche
y hay un chorro de sonidos melódicos en sus flautas...

Un poeta,
de los tiempos de Cervantes, comparece;
comparece, y así habla:

Yo quisiera de mis versos hacer músicas extrañas;
pero músicas vacías, sin compases ni pasiones;
con palabras y palabras y palabras...
¡Oh las voces en que siento
el tirano pensamiento que me abruma con su carga!
¡Cuál quisiera sacudirlo... sacudirlo...
y hacer versos sin ideas, como pájaros que cantan:
¡Oh las voces que en el pecho me rebozan
decepciones o esperanzas!;
¡cuál quisiera sepultarlas en el fondo... sepultarlas... sepultarlas
y hacer versos sin pasiones,
como rugen las panteras, como ríen las cascadas!
¡Pensamientos que me abrumen!
¡Sentimientos que me engañan!
¡Piensen otros, sientan otros!
¡Yo no quiero pensar nada, yo no quiero sentir nada!
¡Yo no quiero decir nada... nada... nada...
¡Ah! ¿y el ritmo de los astros en sus órbitas eternas?
¿y la música celeste de las noches estrelladas?
Todo vive, todo piensa, todo siente,
con la vida de mi mente, de mi pecho, de mi alma...

Por doquiera me persiguen,
por doquiera se levantan
pensamientos que me abruman,
sentimientos que me engañan;
y es en vano que repita:
“¡Yo no quiero decir nada! ¡Yo no quiero sentir nada!
¡Yo no quiero pensar nada... nada... nada...!”
Y esas voces del poeta se confunden
con las risas y suspiros de las flautas...
y en la música del órgano en que truenan sus estrofas
va subiendo, va subiendo, va subiendo por escalas,
y estremécense en los vidrios de las góticas ventanas,
y retumba sobre todas las tinieblas,
con el ruido estrepitoso de una épica batalla,
entre ángeles terribles y demonios irritados
que estuvieran disputándose en el fondo de las tumbas
el imperio de las almas...

¿Por quién doblan?
¿Por quién doblan y suplican y se quejan las campanas?
—Una flauta lo pregunta y otra flauta lo contesta:
¡por un hombre que fue herrero, fue soldado, fue poeta, y eso basta!
Por un hombre que tenía tres estrellas en el alma:
el trabajo, la energía y el ensueño;
el trabajo que da fuerzas,
la energía que da audacias
y el ensueño que da glorias...
¡Las tres gotas de la sangre! ¡Los tres sellos de la herencia!
¡Los tres gritos de la Raza!

Suena el órgano,
suena el órgano en la iglesia solitaria,
suena el órgano en el fondo de la noche
y hay un chorro de sonidos melodiosos en sus flautas...

LA CEIBA Y SU FERIA

Por *María Cristina Leiva Huete.*
(Hondureña)

Ciudad acogedora y palpitante,
de Atlántida la joya de más valor;
al Norte tienes el rugiente Atlante,
al Sur, nombre de Dios, toda verdor...
El Bonito, tu pico vigilante
te custodia con celo abrasador,
pues siendo de Honduras novia amante
cuida de tus prestigios con ardor...

Tu Río Cangrejal, río encantado,
a tus playas de nuevo hace volver;
al viandante que llega ilusionado
en viaje de negocios o placer...

El Danto, cinta de plata murmurante,
surte de agua potable a tu ciudad;
él calma tu calor, si es sofocante,
él fomenta la Industria en tu ciudad.
Al par de bullanguera, eres creyente,
tienes en San Isidro tu Patrón;
el Santo Labrador a quien la gente
le rinde fervorosa adoración...

En el campo los humildes campesinos
encomiendan sus cosechas al Patrón;
llega Mayo y toman el camino,
llevándole al jacal en procesión.

Y es de ver la abundancia de los frutos
que penden de las vigas del jacal;
la hermosura de todos sus productos
la deben al Labriego Santo Ideal...
La ciudad ya en abril está de fiesta
con verbenas, torneos y demás,
hay que ver los afanes, las apuestas
del reinado y deportes al cual más.

La reina primorosa de la Feria
preside con su corte los festejos;
a su paso no hay cara que esté seria,
hay sonrisas y miradas desde lejos...

Son noches de sorpresas y aventuras
las de esta nuestra Feria Patronal;
son muchos los romances que se inician,

y muchos los romances que se van...
De ahí, aquel refrán que sabio dice:
“LA FERIA LA SENTIMOS ASI COMO NOS VA”;
si es sólo de alegrías, alegre está la fiesta,
si es sólo de tristezas, la feria triste está...

Mas, en esta nuestra Ceiba idolatrada
nos resulta sobrando esta teoría;
que lo diga sino la muchachada:
LA CEIBA, es la Meca de la Alegría.

Heraldo de este pueblo hospitalario
te envío en estos versos mi canción...
Asistí a este certamen literario
con el fin de ofrendarte el corazón...

MARCHA TRIUNFAL

Por Rubén Darío.

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.
Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes,
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra,
y los timbaleros
que el paso acompañan con ritmos marciales.
¡Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales!
Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.
El dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triumfal de la gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño:
ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circundan de armiño.
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vence rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
honor al herido y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros,
las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.
las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan...

A aquellas antiguas espadas,
a aquellos ilustres aceros,
que encarnan las glorias pasadas...,
y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros,
al que ama la insignia del suelo materno,
al que ha desafiado, ceñido de acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha,
el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan
(la marcha triunfal.

LEMPIRA

Por Francisco P. Figueroa.

Esta es la figura más alta de toda la historia
sangrienta y macabra de nuestra conquista.
El se alza nimbado de gloria
por sobre los Andes, en la más enhiesta
y elevada arista.
El fue la protesta
de la raza toda, tenaz y porfiada.
Era irreductible.
Su espíritu altivo no admitía medios ni conciliaciones.
Valeroso y joven, fornido y terrible,
amaba a su tierra
y nunca dio oídos a tratos de paz.
Decía: “Libertad o Muerte”, la guerra
no debe cansar nunca a enteros varones
y el triunfo es de aquellos que resistan más”.
Hombres de mi raza, no se rinden; mueren,
mueren como ha muerto ya Tecún-Umán,
y mueren matando como en Cuscatlán
Atlatl ha muerto; mientras tengan vida
y armas tengan, hieran.
Venid a tomarnos, vosotros de los rostros fieros,
truenen vuestros rayos; que vuestros aceros
se hundan en los pechos. Con la frente erguida,
caeremos cadáveres mas no prisioneros...
Y herían los aires sonoros vocablos
y en copiosas lluvias, piedras y venablos.
Las huestes iberas,
aquellos soldados feroces, toscos y bravíos
que habían sembrado la muerte, quemando comarcas enteras,
que habían teñido de sangre los ríos;
veían pasarse los días, los meses, en vanas esperas,
sin que hubiera medio de vencer al bravo
que altivo, prefirió mil veces,
morir como libre que vivir esclavo.
Y los españoles,
los aventureros sin Dios y sin Ley,
pasaban los días frente a los peñoles
mirando agotarse su mermada grey.
Entonces —vergüenza de la estirpe hispana,
vergüenza de todos los siglos, baldón
de los estandartes de Castilla y León—
se pensó en vencerlo de manera insana
por las malas artes de negra traición.

Sólo así se pudo reducir a nada
tanta valentía, sólo así se pudo.
Mas Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid,
hubiera hecho trizas su yelmo y su escudo;
hubiera hecho trizas su invencible espada,
ante la ignominia del infame ardid.
Mengua al español
que un día nefasto, bajo el sol de América
frente a un primitivo y agreste peñol
manchó la pureza de la gloria ibérica.
Llor a Lempira. Baluarte postrero
de las libertades, su flecha nos traza
la ruta de gloria, nos dice el sendero
que seguir debemos contra el mundo entero,
en defensa augusta de tierra y de raza.

MI CANTO AL PIJOL

Por Rubén Bermúdez,
(Hondureño).

Montaña que te yergues hostil, hacia el Eterno,
como un gesto rebelde de la paz de los llanos,
como un puño cerrado que asoma del infierno,
que, al secreto conjuro de designios arcanos,
hubiese en roca ahogado su ademán de protesta
cabe al asombro mudo de la inmensa floresta...

En tu testa eminente trajinan las panteras
rasgando las cortinas de las enredaderas
que, adornando la flora milenaria de lo alto
parece que incorporan en tu verde espesura
la visión espantosa de un dormido basalto
reventando en salvajes melenas de locura.

¿Qué fuiste en el incógnito silencio del pasado?
¿Qué ha escrito entre sus huesos de agrietados vestigios
con rasgos sibilinos que el tiempo no ha borrado,
la sigilosa pátina del curso de los siglos..?

¿Qué intentan los metales dormidos en tu entraña?
¿Qué sientes bajo el grato calor de la cabaña
que ilumina tus faldas de un tenue resplandor?
¿Qué piensas si en tus frondas se desdobra un amor?

Y en los roncos rugidos de tus voces internas
con que dicen sus credos tus oscuras cavernas,
¿por qué dictas del tiempo la mudanza secreta
al hombre, con tu extraña sapiencia de profeta?

Cuando tiendes tu sombra, como un manto, en el llano,
protegiendo la vida somnolienta del bruto
o el milagro de alquimia que crepita en el fruto,
o el misterio inquietante de la paz del pantano;
si presentas tu mole quejumbrosa y bravía,
y entretienes la marcha presurosa del día,
cuando ordenas al rayo que recorra otra senda,
cuando impones al agua que prosiga un camino
por el flanco agrietado de tu mole estupenda,
pareciera la pétrea concreción del Destino.
¡Entonces tienes algo señorial y paterno,
algo que nos aparta del egoísmo eterno,
algo como ese gesto severo en que los viejos
disfrazan la ternura de sus nobles consejos!

Pijol, montaña enorme, cuya imponente arredra,
rostro ciego que asomas sobre todos los montes
ambulando en el aire con tus alas de piedra
como husmeando misterios entre los horizontes;
taciturna atalaya que, en medio del camino,
con tus cuencas oscuras, dolorosas, vacías,
parece que interrogas los giros del Destino
escondido en los pliegues de vastas lejanías;
Pijol, de alma inquietada por oscuros tormentos,
mole negra, que a fuerza de pensar en sí misma,
al sentir sus cabellos mesados por los vientos
repercute en retumbos la idea en que se abisma...

Que tus pupilas brillen con fuego en las alturas;
díctanos en retumbos la gigante sentencia
de la paz y el progreso sobre el suelo de Honduras,
que da vida a las patrias, y a los hombres conciencia...

LOS MOTIVOS DEL LOBO

Por Rubén Darío.

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal,
el lobo de Gubbia, el terrible lobo.
Rabioso ha assolado los alrededores,
cruel ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritas y de corderillos.

Francisco salió:
al lobo buscó
en su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él; Francisco, con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: “—Paz, hermano
lobo” El animal
contempló al varón de tosco sayal;
dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: “—Está bien, hermano Francisco”.
“¿Cómo —exclamó el Santo— Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?
La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparces, el llanto
de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de nuestro Señor,
¿no han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?”
Y el gran lobo, húmilde: “—¡Es duro el invierno,
y horrible es el hambre! En el bosque helado
no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y en veces comí ganado y pastor.

¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño, o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno ví
mancharse de sangre, herir, torturar,
de las roncadas trompas al sordo clamor,
a los animales de nuestro Señor.
Y no era por hambre que iban a cazar”.

Francisco responde: “—En el hombre existe
mala levadura.
Cuando nace viene con el pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener
desde hoy qué comer.
Dejarás en paz
rebaños y gentes en este país.
¡Que Dios melifique tu ser montaraz!
“—Está bien, hermano Francisco de Asís”
“—Ante el Señor, que todo ata y desata,
en fe de promesa, tiéndeme la pata”.
El lobo tendió la pata al hermano
de Asís, que a su vez le alargó la mano.
Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto le seguía
como un can de caza o como un cordero.

Francisco llamó a la gente a la plaza
y allí predicó.
Y dijo: “—He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya nuestro enemigo
y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros en cambio, daréis su alimento
a la pobre bestia de Dios”. “—¡Así sea!”
contestó la gente toda de la aldea.
Y luego en señal
de contentamiento,
movió testa y cola el buen animal,
y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.
Sus vastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
iba por el monte, descendía al valle,
entraba a las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.

Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña,
Otra vez sintióse el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto los alrededores;
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera
no dio tregua a su furor jamás,
como si tuviera
fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos le buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.
Se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnicero.
Y junto a su cueva halló a la alimaña.
“—En nombre del Padre del sacro Universo,
conjúrote —dijo—, ¡oh lobo perverso!,
a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho!”
Como en sorda lucha habló el animal,
la boca espumosa y el ojo fatal:
“—Hermano Francisco, no te acerques mucho...
Yo estaba tranquilo allá, en el convento.
Al pueblo salía,
y si algo me daban estaba contento
y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas
estaba la Envidia, la Saña, la Ira,
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos;
hembra y macho eran como perro y perra,
y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos,
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera.
Y su risa fue como un agua hirviente,
y en mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar.
Como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tiene que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad;
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad”.

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
que era: “Padre nuestro que estás en los cielos...”

FUNDACION DE MICTLAN

Por *Francisco Gavidia*

(Fragmento).

Palacio Maya-Azteca, en Cuscatlán.

ATLACATL EL VIEJO. Un **AHAUS**.

¡Arqueros y fronderos
que guardáis las almenas!
¡Vigilantes y alertas
porque el tiempo es de guerra;
que vigiláis los campos
y vigiláis las sierras,
porque ya el castellano
ha hollado la frontera!
Dad la señal que he dicho
al venir la princesa,
diciendo para honrarla:
Honra y loor. ¡La Caveka!

(Se oye fuera el grito militar de los arqueros
centinelas: ¡Viva el Rey!)

ATLACATL EL VIEJO

Debo honrarla como a una hija,
no sólo por su grandeza,
pues la casa de Cavek
fundó muchas casas regias;
mas también porque Atlacatl,
el Joven, ya obtuvo de ella
palabras de ser su esposa,
y ésto, como está de vuelta
de México, ha de ser pronto.

EL AHAUS

A mil cosas tan diversas,
como os urgen, atendéis.
Con razón las muchas lenguas
de la fama, os apellidan
el padre de la prudencia
y el espejo del valor.

ATLACATL EL VIEJO

Ahaus, tu mucha ciencia
no podrá aconsejarme
en dónde hallaré la fuerza
“para hacer que cada árbol,
cada monte, cada piedra,
cada hoja, cada ave,
cada palmo de la tierra,
sea un nuevo combatiente”
contra de esta gente nueva
a quien el dios Hurakan
poniendo el rayo en su diestra,
monstruos del mar, que con remos
nadan y con alas vuelan;
Hipocentauros del bosque,
que son hombres y son bestias,
vuelven graves e invencibles,
ora dioses, ora fieras...

EL AHAUS

¿Por qué pensáis que cada árbol,
cada monte, cada piedra,
cada hoja, cada ave,
cada palmo de la tierra,
sea un nuevo combatiente?

ATLACATL EL VIEJO

Porque mi hijo está de vuelta
del Santuario de Mictlán...
el cual nos ha enviado esa
respuesta... ¡Explicadla, pues!

EL AHAUS

¡Load sea, load sea
el recuerdo del Anciano
del Lago...!

ATLACATL EL VIEJO

¡Ello es cosa vuestra,
el invocar a los dioses
y a los héroes...!

AHAUS

¡Tanta ciencia
hay en Mictlán como en Mitla
de Oaxaca...! y en Cholula...
la ciudad santa de los méxicas...
Surgió el Anciano del Lago
de Huixa, y en su cabeza
resplandecía la Mitra
pontifical y en la diestra
llevaba símbolos, y una
túnica azul sólo era
su vestido, y una joven,
una perlada belleza,
lo mismo, de azul vestida
seguíale, y él y ella,
subiendo al monte vecino
arrastraban a las fieras
Tribus... fundaron un pueblo
y un Santuario: Mictlán.

LOS ZORZALES DE SAN PEDRO SULA

Por Manuel Escoto
(Mario José Lavairí).

La mañana revienta, en rosas de cristal
al conjuro melifluo de alada epifanía
y se deshoja en tersos pétalos de armonía
bajo el divino ritmo de lírico zorzal.

Mañanas sampedranas. Rosa y algarabía;
sangre tibia del sol que mancha la neblina
y el saludo más dulce que puede hacerse al día
con un amable estruendo de charla cristalina.

Una mañana cálida me despertó un estruendo.
Afuera había niebla, sonrose matinal,
pícoles y violines... el rumor estupendo
de una lluvia que fueran pétalos de cristal.

En las verjas y patios los zorzales cantaban
los orfeones que Dios ampara y cría,
y sus voces celestes, en la mañana daban
el trasunto de un salmo que del cielo venía.

Sobre calles y techos la niebla se encarruja
como una ebúrnea sábana que arropa la ciudad
y encanece a la Iglesia, una mohosa aguja
con que zurcen los fieles su gastada piedad.

En sus aleros pobres se anida la plegaria.
Los zorzales son monjes que exaltan su pobreza
en la pauta sagrada y exultante de un aria
donde oculto está el culto de la Naturaleza.

Algarabía y rosa; un dúo de emoción
que inaugura en la urbe la batalla pacífica
preludiando su vida con la frágil canción
bajo el cielo rosado de una aurora magnífica.

Zorzales de San Pedro. Carmelitas alados
y lo mismo, descalzos, pero más divinos,
que guardan en el año muchos meses callados
para en la primavera ofrendar nuevos trinos.

Conocen a los niños, los humanos pilluelos
que esparcen su alegría desnuditos al sol
en las barriadas pobres, donde sus pequeñuelos
en sus míseros nidos, guardan el mismo rol.

También los niños ricos que fina seda abriga,
redonditos y blondos, limpios de todo mal,
para quienes desgranar en alegre cantiga
una canción de cuna, cándida celestial.

Trajinan por los patios donde la abuela, vela
el uso ceniciento de su recuerdo puro
y son para sus horas de beatitud, estela
de una ilusión que brota al mágico conjuro.

La dulzura del alba se compendia en los trinos
fáciles y románticos de sus gargantas plenas
y son todos sus cálidos preludios matutinos
para las almas malas lo mismo que las buenas.

Abades que mal vestidos que dulce afán desvela
y cuyo monasterio tachonan los luceros
mientras el rezo unánime de tenue cantinela
prenden los corazones plácidos reverberos.

Cuando la luna estática los campos de oro cubre,
se dijera que el numen de Mehendelson deslíe
el sueño de sus noches... (¿enero, abril, octubre?)
Y el canto no se sabe si solloza o si ríe.

Si la lluvia atenúa sus clarísimas gotas
y el sol desde la tarde las irisa y las funde,
se diría que vuelven a llover, en las notas
fúlgidas de alegría que algún zorzal infunde.

Yo diluí mi nostalgia en sus melifluos coños
y enjugué en su dulzura mi amargura de un día
y ví muy clara entonces, salpicada de oros,
la semitransparencia de mi melancolía.

¿Dónde está la fragancia de aquel amanecer
que fue como un jazmín volcado sobre el mundo
y cuyo aliento suave, una alma de mujer
se entró en un suspiro armonioso y profundo?

¿Donde aquel desconsuelo de aquella tarde pura
que fuera rosa mustia desvaída en el cielo,
húmeda en el rocío de amada desventura
y teñida en el pálido color de ritornelo?

En las mañanas torna desventura y suspiro.
El zorzal cuenta el lance breve y sentimental
y es entonces que caen en cadencioso giro,
sus trinos, como pétalos de rosa de cristal.

Un día, yo estaré pensativo en mi lecho,
y llegará la muerte callada a mi existencia,
y en un hondo suspiro que salga de mi pecho,
me sumaré a sus trinos y seré una cadencia.

Cadencia que interprete lo que sutil y santo,
cruzó mi pensamiento depurado de agravios
y, en paz con la belleza, será el postrer canto,
el óleo de armonía que sellará mis labios.

RIO GRANDE

A Esteban Guardiola

Por Juan Ramón Molina.

Sacude, amado río, tu clara cabellera,
eternamente arrulla mi nativa ribera,
ve a confundir tu risa con el rumor del mar.
Eres mi amigo. Bajo tus susurrantes frondas,
pasó mi alegre infancia, mecida por tus ondas,
tostada por tus soles, mirándote rodar...

Presa fuí del ensueño. Tus guijarros brillantes
me parecían gruesos y fúlgidos diamantes
de un Visapur incógnito de rara esplendidez;
y —en tu sonoro y límpido cristal de luna llena—
ví el espejo de plata de una falaz sirena
de torso femenino y apéndice de pez.

¡Oh infancia! Quien te hubiera parado en tu camino;
dueño era de la lámpara de iris de Aladino,
de su mágico anillo, de su feliz candor;
con él tuve pirámides de gemas fabulosas,
un alcázar magnífico, mil esclavas hermosas,
y fue mi amada la hija de un gran emperador.

Mas, todo fue más frágil y breve que tu espuma,
más efímero y vago que la temprana bruma,
que sube de tus aguas hasta el celeste azur;
arenas confundidas en tu glacial corriente,
pájaros errabundos que buscan lentamente
las vírgenes florestas que bañas en el Sur.

Lejos de estas montañas, en un lugar distante,
soñaba con tu fresca corriente murmurante,
como en la voz armónica de una amada mujer;
con tus ceibas y amates y tus yerbas acuáticas,
con tus morenas garzas inmóviles y hieráticas,
que duermen en tus márgenes al tibio atardecer.

Cuando volví a mirarte el opio del hastío
me envenenaba, pero tu ingrato murmurio
tornó a dar a mi espíritu una sedante paz;
lavastes con tus olas sus agrias levaduras,
mi corazón llenastes de cándidas ternuras,
y una nueva sonrisa iluminó mi faz.

Amo tus grandes pozas de tonos verdeoscuros,
tus grises arenales y los peñascos duros,
con los que a veces trabas una furiosa lid;
y tus abrevaderos, que cubren enramadas,
donde su sed apagan las tímidas vacadas,
como en las fuentes bíblicas el ciervo de David.

Las flores de tus ásperos y espesos matorrales,
tus islotes cubiertos de espinos y chilcales,
y los musgosos árboles que en tu margen se ven,
el gránulo de oro que en tus arenas brilla,
la raíz que como sierpe se sumerge en tu orilla,
la rama que te besa con rítmico vaivén.

Tus aguas salutíferas me dieron nueva vida.
Infatigable buzo, perseguí en su guarida
a la ligera nutria debajo del peñón;
crucé con fuerte brazo tus remolinos todos,
conocí los peligros que ocultan tus recodos
y me dejé arrastrar de tu canturria al son.

A veces, en las tardes, con perezoso paso
he seguido tus márgenes, que el sol, desde el ocaso,
dora con los destellos de su postrera luz,
presa de una profunda, tenaz melancolía,
tejiendo soñaciones de vaga poesía,
que mi Tabor ha sido, pero también mi cruz.

¿Qué dicen los polífonos murmullos de tus linfas?
¿Son risas de tus náyades? ¿Son quejas de tus ninfas?
¿Pan tañe en la espesura su flauta de cristal?
Oigo suspiros suaves... Gimen ocultas violas...
Alguien dice mi nombre desde las claras olas,
oculto en los repliegues del líquido raudal.

En vano estoy inquieto, clavado en tu ribera.
No he de mirar, ¡oh! náyade, tu verde cabellera,
ni el jaspe de tus hombros, ni el nácar de tu tez;
sólo percibo, bajo la superficie fría,
—joyel de una cambiante y ardiente pedrería—
cual súbito relámpago, un fugitivo pez.

De noche —en esas noches solemnemente bellas—
una por una bajan del cielo las estrellas
medrosas, en tu tálamo de aljófar a dormir;
y cuando se despierta la virginal mañana,
vestida con su túnica magnífica de grana,
huyen a sus palacios de plata y de zafir.

En los postreros meses del tórrido verano
semejas un medroso y claudicante anciano,
de empobrecidas venas y de cascada voz;
tus árboles parecen raquíticos enfermos,
tus eras se transforman en miserables yermos,
segadas por el filo de una candente hoz.

Por todos lados hallan los encendidos ojos,
lajas resplandecientes, misérrimos rastros
y pedregales agrios donde te encharcas tú;
duermen las lagartijas su siesta en los barrancos,
y la torcaz —del monte en los escuetos flancos—
se queja bajo un cielo de vívido tisú.

Mas ya las nubes abren sus lóbregas entrañas;
un diluvio benéfico descende de las montañas,
cien arroyos vivientes hasta tu cauce van;
arrastras en tu cólera los más robustos troncos,
y —sacudiendo peñas y dando gritos ronc—
pareces el hermano del hórrido huracán.

Pláceme así mirarte cuando a tu orilla acudo,
cuando me precipito —enérgico y desnudo—
en tus revueltas aguas que reventar se ven;
y aspiro de tus bosques el capitoso efluvio
y pienso que eres una corriente del diluvio
que fragorosa bate mi palpitante sien.

Porque amo todo aquello que es grande o que es sublime:
el águila tonante, no el pájaro que gime,
el himno victorioso, no el verso femenil;
las mudas, y solemnes, y vastas soledades,
los lúgubres abismos, las fieras tempestades,
todo lo que es soberbio, grandioso o varonil.

Te amo por eso cuando con vigorosas alas,
te cruza —mientras turbio y aterrador resbalas—
lanzando gritos ásperos el martín-pescador;
y, columpiando agrestes parajes nemorosos,
vas a asustar los viejos caimanes escamosos,
tendidos en la costa con plácido sopor.

Sigue rodando, ¡oh río!, por tus eternos cauces,
ve a endulzar del enorme Pacífico las fauces,
sé un manantial perenne de vida y de salud;
muy pronto iré a tu orilla, con ánimo cobarde,
bajo la paz augusta de una tranquila tarde,
a recordar mi loca y ardiente juventud.

Mañana —cuando me haga sus misteriosas señas
la muerte— bajo un lote de cardos y de breñas,
en una humilde fosa tendré que reposar;
sin que ninguna inscriba, pues de verdad nadie ama,
sobre una piedra mísera y tosca un epigrama
piadoso, que a las gentes convide a meditar.

Pero mi oscuro nombre las aguas del olvido
no arrastrarán del todo; porque un desconocido
poeta, a mi memoria permaneciendo fiel,
recordará mis versos con noble simpatía,
mi fugitivo paso por la tierra sombría,
mi yo, compuesto extraño de azúcar, sal y hiel.

Envuelto en un solemne crepúsculo inefable,
dirá tal vez pensando en nuestro ser variable:
—“Cual nuestro patrio río su espíritu fue así:
soberbio y apacible, terrífico o sereno,
resplandeciente de astros o turbido de cieno,
con rápidos y honduras, y vórtices”. Tal fuí.

Tal fuí, porque fuí hombre, oh soñador ignoto,
pálido hermano mío, que en porvenir remoto
recorrerás las márgenes que mi tristeza holló.
Que el aire vespertino refresque tu cabeza,
la música del agua disipe tu tristeza
y yazga eternamente, bajo la tierra yo.

CANTO AL PRESIDENTE KENNEDY

Por Carlos Manuel Arita
(Hondureño).

John F. Kennedy. Santo
de América. Mito.
Tu nombre es eco y es grito,
tu nombre es verbo y es canto.
El mundo te quiere tanto,
te adora la humanidad,
eras hombre de otra edad
sin encono y sin falacia;
querías la democracia
y amabas la libertad.

Tu nombre vive en la historia
escrito en bronce que canta
y en el tiempo se agiganta
al par que crece tu gloria.
Se venera tu memoria,
(tus hechos son permanentes,
son eternos, refulgentes) .
Como un relámpago pasas
y te aman todas las razas
y todos los continentes.

Amó a la humana criatura
con un amor fulgurante,
su cerebro fue un diamante,
su corazón llama pura.
Su vida es sol que fulgura,
sol de eterno resplandor,
es luz azul y es fulgor,
es símbolo de hermandad,
y por él la humanidad
aún sueña un mundo mejor.

Como un cruzado inmortal
lanzó en la tierra su grito
y lo que ayer era un mito
se convirtió en un ideal.
Fue el paladín sin rival,
el líder de más renombre
que inmortalizó su nombre
con su credo visionario
y que levantó un santuario
a la libertad del hombre.

En Dallas cegó la muerte
su corazón generoso.
Se apagó el astro radioso,
el semidiós cayó inerte.
Su gran país, el más fuerte
se dobló tremebundo,
se adormió el mar un segundo,
callaron las alimañas
y lloraron las montañas
y un gran dolor llenó al mundo.

Ya su nombre es legendario,
nadie lo podrá olvidar.
Fue un mundo entero su hogar,
la libertad su santuario.
Su vida es hoy el breviario
de amor a la humanidad;
era un hombre de otra edad,
un hombre noble y sincero,
fulgía como un lucero
y hoy vive en la eternidad.

Por los derechos humanos
y el imperio del derecho,
él puso al frente su pecho
e hizo a los pueblos hermanos.
Levantó en alto sus manos,
llevó en el alma el ensueño,
jamás desmayó en su empeño
ni conoció el desaliento:
su voz fue bandera al viento,
su vida entera fue un sueño.

Fue un apóstol y un profeta,
un vidente, un soñador,
su alma era un solo fulgor,
su corazón de poeta.
La humanidad fue su meta,
su lucha fue pertinaz,
hizo a los pueblos un haz
haciendo guerra a la guerra
y su evangelio en la tierra
fue de hermandad y de paz.

SALUTACION A LOS POETAS BRASILEROS

Para *Flavio Luz* y *Elysio de Carvalho*.

Por *Juan Ramón Molina*.

Con una gran fanfarria de rancos olifantes,
con versos que imitasen un trote de elefantes
en una vasta selva de la India ecuatorial,
quisiera saludaros —hermanos en el duelo—
en las exploraciones por la tierra y el cielo,
en el martirologio de los circos del mal.

Mi Pegaso conoce los azules espacios.
Su cola es un cometa, sus ojos son topacios,
el rubio Apolo y Marte cabalgarían en él;
relinchará en los céspedes de vuestro bosque umbrío,
se abrevará en las aguas de vuestro sacro río,
y dormirá a la sombra de vuestro gran laurel.

Venir pude en la concha de Venus Citerea,
sobre el áspero lomo del león de Nemea,
en el ave de Júpiter o en un fiero dragón;
en la camella blanca de una reina de Oriente,
en el cuerpo ondulado de una alada serpiente,
a bordo de la lírica galera de Jasón.

O en la fornida espalda de un genio misterioso,
o envuelto en la vorágine de un viento proceloso,
o de una negra nube en el glacial capuz;
en la marea argentina de una luna de mayo,
asido del relámpago flamígero de un rayo,
o con los duendes gárrulos que juegan en la luz.

Mas en Pegaso vine desde remotos climas,
—señor, príncipe, rey o emperador de rimas—
sobre el confuso trueno del piélago febril:
Salve al coro de Anfiones de estas tierras fragantes.
A todos los Orfeos del país de los diamantes.
A todos los que pulsan su lira en el Brasil.

Tal digo, hermanos míos en la prosapia ibérica.
Saludemos la gloria futura de la América,
que todas las espigas se junten en un haz.
Unamos nuestras liras y nuestros corazones,
que ha llegado el crepúsculo de las anunciaciones,
para que baje el ángel de la celeste paz.

Augurio de ese día se ve en el horizonte.
Hoy tres aves volaron desde un florido monte;
yo las miré perderse en el naciente albor:
un cóndor —que es símbolo de la fuerza bravía—
un buho —que es el símbolo de la sabiduría—
y una paloma cándida —símbolo del amor—.
Dijo el cóndor, gritando: la unión da la victoria,
el buho, en un silbido: el saber da la gloria,
la paloma, en su arrullo: el amor da la fe.
Yo —que escruto el enigma de nuestro gran destino—,
ante el casual augurio del cielo matutino,
siguiendo los tres pájaros en éxtasis quedé.
Pero Pegaso aguarda. Sobre su fuerte lomo
gallardamente salto en un instante, como
el Cid sobre Babieca. Me voy hacia el azur.
¿Acaso os interesa mi suerte misteriosa?
Buscadme en mi magnífico palacio de la Osa,
o en mi torre de oro, junto a la Cruz del Sur.

EL CUERVO

Por *Edgar Allan Poe*.

(Versión de *J. A. Pérez Bonalde*).

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
a mi puerta oí llamar,
como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
mano tímida a tocar:
“Es —me dije— una visita que llamando está a mi puerta;
Eso es todo, ¡nada más!”
¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo,
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.
¡Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
procurando en vano hallar
tregua a la honda desventura de la muerte de Leonora,
la radiante, la sin par
virgen pura a quien los querubes llaman ahora
ya sin nombre... ¡nunca más!
Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,
de tal modo, que el latido de mi pecho palpitante
procurando dominar;
“es sin duda, un visitante —repetía con instancia,
un tardío visitante a las puertas de mi estancia...
Eso es todo, ¡y nada más!”

Paso a paso, fuerza y bríos
fue mi espíritu cobrando:
“Caballero —dije—, o dama,
mil perdones os demando;
más el caso es que dormía,
y con tanta gentileza
me vinisteis a llamar,
y con tal delicadeza
y tan tímida constancia
os pusisteis a tocar
que no oí” —dije—, y las puertas
abrí al punto de mi estancia.
¡Sombras sólo y...
nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,
quedé allí, cual antes nadie lo soñó, forjando sueños;
más profundo era el silencio, y la calma no acusaba
ruido alguno... Resonar
sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora
yo me puse a murmurar.
Y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora!
Esto apenas, nada más!
A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
pronto oí llamar de nuevo —esta vez con más violencia.
“De seguro —dije— es algo que se posa en mi persiana;
pues, veamos de encontrar
la razón abierta y llana de este caso raro y serio
y el enigma averiguar.
¡Corazón! Calma un instante y aclaremos el misterio...
—Es el viento— y nada más!”.

La ventana abrí —y con rítmico aleteo y garbo extraño,
entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.
Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,
con aspecto señorial,
fue a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
de mi puerta el cabezal;
sobre el busto que de Palas la figura representa,
fue y posóse, ¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisa mi tristeza
con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
y le dije: “Aunque la cresta calva llevas, de seguro
no eres cuervo nocturnal,
viejo, infausto cuervo oscuro, vagabundo en la tiniebla
dime: —¿Cuál tu nombre, cuál

en el reino plutoniano de la noche y de la niebla..?”
Dijo el cuervo: “Nunca más”.

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho.
Si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;
pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
que lograrse contemplar
ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
ave o bruto reposar
sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
con tal nombre: “¡Nunca más!”.

Mas el cuervo viejo, inmóvil, en la grave efigie aquella,
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
vinculada —ni una pluma sacudía, ni un acento
se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: “Ya otros antes se han marchado
y la aurora al despuntar,
él también se irá volando cual mis sueños han volado”.
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”.

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
“No hay ya duda alguna —dije—, lo que dices es aprendido;
aprendido de algún amo desdichado a quien la suerte
persiguiera sin cesar,
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
sus canciones terminar,
y el clamor de la esperanza con el triste ritornelo
de jamás, ¡y nunca más!”

Mas el cuervo, provocando mi alma triste a la sonrisa,
mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto, a la cornisa;
luego, hundiéndome en la seda; fantasía y fantasía
dime entonces a juntar,
por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
de un pasado inmemorial,
aquel hosco, torvo, infausto cuervo lúgubre y odioso
al graznar: “¡Nunca jamás!”

Quedé a questo, investigando frente al cuervo en honda calma,
cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.
Esto y más —sobre cojines reclinado— con anhelo
me empeñaba en descifrar,
sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
luminoso mi fanal,
terciopelo cuya púrpura, ¡ay!, jamás volverá ella
a oprimir! ¡Ah! ¡Nunca más!

Parecióme el aire entonces,
por incógnito incensario
que un querube columpiase
de mi alcoba en el santuario,
perfumado. “Miserable ser —me dije—, Dios te ha oído,
y por medio angelical,
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
te ha venido hoy a brindar.

A JUSTO RUFINO BARRIOS

*Por Ismael Cerna
(Guatemalteco).*

¿Y qué? Ya ves que ni moverme puedo
y aún puedo desafiar tu orgullo vano.
¡A mí no logras infundirme miedo
con tus iras imbéciles, tirano!

Soy joven, fuerte soy, soy inocente
y ni el suplicio ni la lucha esquivo:
me ha dado Dios un alma independiente,
pecho viril y pensamiento altivo.

Que tiemblen ante tí los que han nacido
para vivir de infamia y servidumbre,
los que nunca en su espíritu han sentido
ningún rayo de luz que los alumbre;
los que al infame yugo acostumbrados
cobardemente tu piedad imploran;
los que no temen verse deshonrados
porque hasta el nombre del honor ignoran.

Yo llevo entre mi espíritu encendida
la hermosa luz del entusiasmo ardiente;
amo la libertad más que la vida
y no nací para doblar la frente.

Por eso estoy aquí altivo y fuerte.
Tu fallo espero con serena calma;
¡porque si puedes decretar mi muerte,
nunca podrás envilecerme el alma!

¡Hiere! Yo tengo en la prisión impía
la honradez de mi nombre por consuelo.
¿Qué importa que entre muros y cerrojos
la luz del sol, la libertad me vedes,
si ven celeste claridad mis ojos,
si hay algo en mí que encadenar no puedes?
Sí; hay algo en mí más fuerte que tu yugo.
Algo que sabe despreciar tus iras
y que no puedes sujetar, verdugo,
¡al terror que a los débiles inspiras!

¡Hiere...! Bajo tu látigo implacable,
débil acaso ante el dolor impío
podrá flaquear el cuerpo miserable,
pero jamás el pensamiento mío...

Más fuerte se alzaré, más arrogante,
mostraré al golpe del dolor sus galas;
el pensamiento es águila triunfante
cuando sacude el huracán sus alas.

Nada me importas tú, furia impotente,
víctima del placer, señor de un día;
si todos ante tí doblan la frente
yo siento orgullo en levantar la mía.

Y te apellidas liberal, ¡bandido!,
tú que a las fieras en crueldad igualas,
tú que a la juventud has corrompido
con tu aliento de víbora que exhalas.

Tú que llevas veneno en las entrañas
que en medio de tus báquicos placeres,
cobarde, ruin y criminal te ensañas
en indefensos niños y mujeres.

Tú que el crimen ensalzas, y escarneces
al hombre del hogar, y al hombre honrado;
tú asesino, ladrón; tú que mil veces
has merecido la horca por malvado.

¡Tú liberal..! Mañana que a tu oído
con imponente furia acusadora
llegue la voz del pueblo escarnecido
tronando en tu conciencia pecadora.

Mañana que la patria se presente
a reclamar sus muertas libertades
y que la fama pregonera cuente
al asombrado mundo tus maldades
al tiempo que maldiga tu memoria,
el mismo pueblo que hoy tus plantas lame,
el dedo inexorable de la historia
te marcará como a Nerón, ¡infame!

Entonces de esos antros tenebrosos
donde el honor y la inocencia gimen;
donde velan siniestros, espantosos,
los inicuos esbirros de tu crimen;

de esos antros sin luz y estremecidos
por tantos ayes de amargura y duelo
donde se oyen entre llantos y gemidos
el trueno de la cólera del cielo;

con aterrante voz, con prolongada
voz, que estremezca tu infernal caverna,
se alzarán cada víctima inmolada
para lanzarte maldición eterna.

En tanto hiere, déspota; arrebatada
la honra, la fe, la libertad, la vida;
tu misión es matar: sáciate, mata,
¡mata y báñate en sangre fratricida!

Mata, Caín, la sangre que derrames
entre gemidos de dolor prolijos,
¡oh! infame, el mayor de los infames,
¡irá a manchar la frente de tus hijos!

Aquí tienes también la sangre mía,
sangre de un corazón joven y bravo,
no quiero tu perdón, me infamaría:
mártir prefiero ser, a ser esclavo.

Hiéreme a mí que te aborrezco, impío,
tú que con crueldades inhumanas
mandaste asesinar al padre mío
sin respetar sus años, ni sus canas.

¡Quiero que veas que tu furia arrostró
y sin temblar que agonizar me veas,
para lanzarte una escupida al rostro
y decirte al morir, ¡maldito seas...!

EL CAPITAN CONEJO

(Fábula).

Por Luis Andrés Zúñiga.

—¿Por qué os marcháis, doña Rana?

—dijo el conejo— al mirar
escondese en la fontana
la rana, al verle llegar.

Si se sabe que Ud. huía,
las gentes se chancearán,
pues todos lo atribuirán
a una triste cobardía.

—Perdone Ud., Capitán,
(dijo la rana, saliendo),
pues no lo reconocía...

—Sus miedos yo los comprendo,
dijo el conejo; tal vez
su claustral educación...
o nerviosa depresión
que torna todo al revés.

El valor, ¡qué linda cosa!
¡Qué cualidad tan preciosa!
(Y agregó en tono furente
y con la voz ahuecada):
¡Porque hablando claramente
no teme a nadie ni a nada
aquel que nació valiente!

En tanta lucha sangrienta
de mi vida turbulenta,
de laberíntico enredo,
salí siempre altivamente
y sin saber lo que es miedo:
¡y ningún pelafustán
ultrajóme impunemente!

—¡Quién fuera usted, Capitán!—
dijo la rana sonriendo;
no dudo de su valor,
por lo que está Ud. diciendo;
su decir es muy profundo,
pero yo sé que el temor
es lo que priva en el mundo.

Como en estos manantiales
vienen los animales
hora por hora a beber,
hablen alto o hablen quedo,
he podido comprender
que todos viven con miedo.

Al lobo teme la oveja,
al gavilán la corneja,
a los gatos el ratón,
los hombres a la serpiente,
el caballo teme al león,
y así sucesivamente....

—Son seres degenerados,
dijo el conejo; ¡atrofiados!
¡son tipos del delincuente!
¡Porque lo sé es que lo hablo;
el que es honrado y valiente,
no tiene miedo ni al Diablo!

De pronto se oyó un ladrido
que en el bosque resonó;
y el Capitán aturdido,
de la maleza entre el ruido,
llegar un perro miró....
Entonces perdió el sentido;
mas corrió, despavorido,
y en la selva se escondió.

La rana, muerta de risa,
con voz meliflua y gozosa,
gritóle desde la poza:
—¿Por qué os marcháis, Capitán?
¿Por qué os marcháis tan de prisa?
¡Aquí está un pelafustán!
¿Por qué os marcháis, Capitán?...

Lector mío, convengamos,
mejor dicho confesemos:
aunque nunca lo digamos,
siempre hay uno a quien tememos....

EL LAGARTO ADUANERO

(Fábula).

Por Luis Andrés Zúñiga.

Al notar que rebajaban
las rentas, pues las que entraban,
por un sistema ignorado,
de pronto se evaporaban,
pensó el León indignado,
y el entrecejo arrugado:

“Hay que poner a este mal
un firme punto final.
En las norteñas regiones
el robo todo lo agosta:
no hay que poner tiburones
de guardianes de la costa,
pues son perfectos ladrones.

¡Y es claro!, gentes de mar,
doctas en piraterías,
hacen bien sus picardías;
es decir, saben robar.
Comprendo que lo mejor
es llevar del interior,
pues de aquellos estoy harto,
al que esos males recorte”.

Entonces nombró al lagarto
como aduanero del Norte.
Al sólo legar al puerto
y dilatar la mirada,
empapado de alegría,
comprendió, que si era experto,
en breve tiempo tendría
la fortuna asegurada.

Y se hizo especulador,
con un furor que contrista;
y fue muchísimo peor
que su noble antecesor,
pues se hizo contrabandista.

Como era hábil financiero,
tenía cien mil recodos,
y para agenciar dinero,
lo hacía de muchos modos.

Un barco al muelle llegó
y al mar sus anclas tiró.
El lagarto, al secretario,
que era el mono, ¡un perdulario!
hablándole en español
y con voces apremiantes,
le dijo: —Léame el rol
de todos los inmigrantes.

El mono, ceremonioso,
leyóle en tono meloso:
—Siete flacos elefantes
oriundos de Calabar;
de piel blanca y ojo zarco;
casi no pueden andar.

—Que los retornen al barco,
dijo el lagarto. ¡Atorrantes,
que creen que aquí es un oasis!
¿Además, son elefantes?
Nos traen la elefantiasis.

—Viene también un viajero
que parece oso hormiguero;
viene otro de raza asnal,
rebuznador y muy bravo,
que dice ser General;
no trae un solo centavo.
Con una gata de Angora,
a la que falta la cola,
viene una rata, de parto;
y un viajero caballar,
tuberculoso presunto.

—Está bien, —dijo el lagarto—;
que los reembarquen al punto,
o que los tiren al mar.

Rascándose la cabeza
e iluminado el semblante
con una risa traviesa,
dijo el mono: —Otro inmigrante:
un galgo que es ingeniero
y en depósito ha hecho entrega
de esta pesada talega...

—¡Ah!, ¿conque trae dinero?
Debe ser buen ingeniero,
dijo el lagarto al instante;
¡que pase ese caballero!
No sólo a los inmigrantes
extorsionaba ese pillo:
siempre que había ocasión,
con leyes de su invención,
también de los inmigrantes
aligeraba el bolsillo.

Al saber Su Majestad,
de los hechos la verdad,
comprendió, naturalmente,
que el lagarto era un ladrón;
con cruel arruga en la frente
y rojo de indignación,
exclamó: —¡Como expiación
por conducta tan villana,
que renuncie el infidente!
Y renunció de la Aduana.

¿Buen lector, lo sabes tú?
Bolívar en el Perú,
para amparar el Erario,
del que robaban millones,
tuvo que hacer un osario
con tan terribles ladrones.
Y no sólo a esos ahorcaron:
también a los majaderos,
aunque no fuesen confesos,
que al robar se conformaron
con robarse cinco pesos...
cinco pesos peruleros.

EL MANICOMIO

(Fábula)

Por Luis Andrés Zúñiga.

Seguidos de diez lanceros
y con sus dos escuderos,
Su Alteza el Príncipe Real
y el puma, su amigo leal
y primo hermano a la vez,
con el pretexto de instruirse,
volvieron, por divertirse,
al Manicomio otra vez.

Dijo el Príncipe al entrar,
con desparpajo y calor:
—¿Cómo está, señor Doctor?
Venimos a saborear
sus sabias conversaciones,
pero también a estudiar
¡estos orates bribones!

El mono, todo turbado,
la mano en el corazón,
hizo una genuflexión
y dijo en tono afectado:

—¿Por cuáles quiere empezar
Su Alteza? Puede ordenar.
(Y con ojos maliciosos
agregó): ¿quiere estudiar
primero a los belicosos?
Si se digna caminar
un poco, podrá admirar
a los dementes furiosos.

—¡Oh, no, no! —dijo su Alteza—
con voz llena de emoción;
esos son muy mala pieza;
son tristes son funerarios...
Queremos esta ocasión
mirar mejor los acuarios.

—Está bien— dijo el Doctor,
sigamos esta vereda
que conduce a la alameda
en cuyo bello interior
y entre jardines magníficos,
están los locos pacíficos;
e iremos por el osario,
que es un sitio encantador,
hasta llegar al acuario.

Al descender un collado,
dijo el mono, emocionado:
—¿Véis esa vega sombría?
Están allí los empleómanos
que al llegar la cesantía
se hicieron grandes dipsómanos...

Y siguieron caminando,
y con acento tumbal,
el Doctor les fue explicando
aquel mundo fantasmal:

—Ese fue telegrafista,
ese otro fue contralor;
y ésta, mecanografista
que se hizo loca de amor.

—Y esa ave, ¿qué ave es,
que viene avanzando al trote,
con cuello como bauprés,
y es flaca cual don Quijote?

—Es pavo —dijo el Doctor;
también le llaman jolote...
Pretende ser gran señor,
no obstante el menguado porte,
y cree ser director
de los bailes de la Corte.
¡Mire, Alteza, cómo avanza
y cómo levanta el pie!...
El imagina que danza,
que está danzando un minué...

Su Alteza, al verle danzando,
y los compases contando
con el ala desplumada
y en actitud donairoso,
soltó una gran carcajada
que no pudo reprimir,
y exclamo: —¡Qué bella cosa!
¡Doctor, no me haga reír!
—¿Y ese que parece ahorcado
y ostenta una cicatriz
arriba de la nariz?

—Ese fue un lobo togado,
un tinterillo endiabado.
Se dice que cierto cliente
de quien vendió un asunto,
le dió un trancazo en la frente;
no pudo hacerlo difunto,
pero lo dejó demente.

—Procedió correctamente,
dijo el Príncipe; ¿y aquel
que nada entre la corriente
y que parece un lebre?

—Es una perra que appena,
dijo el Doctor; noche y día
se está allí; es su manía
pensar que es linda sirena.

¿No observa cómo le mira?
Mira a Su Alteza y suspira...
Su Alteza, muy extrañado
de tono tan temerario,
ordenó, medio indignado:
—¡Llévenos pronto al Acuario!

Después de un rato llegaron
y desde un seto observaron.
Miraron sobre unas rocas
un ejército de focas
de miradas espantosas;
corvinas tristes y flacas;
y en fugas vertiginosa
ballenas monomaniacas
y tintoras furiosas.

Su Alteza quedó asombrado,
o, mejor dicho, espantado
de tantos peces orates
que pasaban y pasaban...
y de todo lo que hablaban,
que era sólo disparates.

Tres largas horas emplearon
en todo lo que observaron.
Su Alteza, reflexionando,
dijo así: —Preferiría
retornar. Es lo mejor.
Hemos cansado al Doctor,
volveremos otro día.

Volvieron por donde entraron
y al gran pasillo llegaron.
Se adelantó un edecán
a abrir los siete portones,
y el mono, ya en el zaguán,
al hijo del Soberano
le hizo tres genuflexiones
y le dió un beso en la mano.

ANDRESILLO

Por Carlos Roxlo
(Uruguay).

“La Libertad”, “El Pueblo”, iba gritando
 Por calles y por plazas,
Cuando el jardín se cubre de heliotropos,
De azules lirios y de rosas pálidas.

“La Libertad”, “El Pueblo”, repetía
 Sobre el fango y la escarcha
Cuando tiemblan los árboles desnudos
 Y se encorvan las ramas.
Descalzo, el cuello al aire, mal prendido
El pantalón que a la rodilla alcanza;
Sobre el cabello inculto, vieja boina
De dudoso color y rota malla;
Trigueño, endeble, sin descanso y ágil,
 Por calles y por plazas,
 A la lluvia y al viento,
 Sobre el fango y la escarcha
Iba gritando con su voz ya ronca:
“La Igualdad”, “La República”, “La Patria”.

II

Se llamaba Andresillo y contaría
Diez primaveras a lo más; su infancia
Fue una penumbra dolorosa y triste,
Como aurora de un día de borrasca;
Un pasaje del Danté; una tragedia
Escondida en la bolsa de una larva.
Recogido del suelo del suburbio,
Hijo de la embriaguez y de la infamia,
Creció entre golpes y denuestos, solo,
Sin escuchar jamás esas palabras
Que parecen el salmo de las cunas
Y que las madres verdaderas cantan.
No le vieron jamás sus compañeros
En los alegres corros de la playa;
Ni precedió a las tropas en revista,
Al vivo son de la marcial charanga;
Ni merodeó jamás en los frutales
Que la ciudad circundan, ni su charla
Hizo sonreír al viejo transeunte
Que junto al grupo de chicuelos pasa.

Creció en un antro, conociendo el hambre;
Junto a un hogar sin llamas,
Y apenas supo andar, sus manecitas,
¡Sus manecitas por el frío cárdenas!
Ofrecieron temblando al pasajero
Esas hojas inmensas en que vagan
 En orden apiñado
Las líneas negras y las líneas blancas.
Vendiese poco o mucho, eran los golpes
 La recompensa diaria;
Y fuerza fue agotar la mercancía;
Gritar “El Porvenir”, “La Democracia”,
“El Progreso”, “La Idea”, con voz ronca,
 Bien estridente, alta,
Para aplacar la furia del verdugo,
De la mujer salvaje y sin entrañas,
Que adoptó porque sí, por hacer algo
Al hijo del misterio y de la crápula.
Si el niño —¡Perdón, Madre!— le decía,
 Deshaciéndose en lágrimas,
Aquella furia contestaba alzando
 Su diestra de gitana:
—¡Tu madre fue una horrible mujerzuela!...
¡No me llames así!... ¡Duérmete y calla!...
En tanto un hombre, que paseaba ebrio
 Por la mísera estancia,
Azuzaba a la bruja murmurando:
—Haces bien: ¡que se duerma o que se vaya!—
 Así pasó el huérfano
 La dolorosa infancia:
¡La infancia de Andresillo, un condenado
 De que el Dante no habla!

III

Una noche de invierno, triste y fría;
Noche de lluvia sepulcral y opaca,
Andrés enfermo, pero alegre y ágil,
Volviendo a su prisión cruza una plaza.
No es fácil que le peguen; ha vendido
Cuanto quiso vender, y aun cuando se halla
Con fiebre y muy cansado, sólo el frío
De la lluviosa noche le acobarda.
De pronto oye un sollozo; es una niña
Huérfana como él; como él oleada
Del fango, de la sombra y compañera
De oficio y correrías. —¿Qué te pasa?
¿Por qué lloras? —le dice, y sollozando

La pequeñuela exclama:
—¡Que no pude vender todos los números
Y me van a matar! —¡Mi pobre Paula!
¿También a tí te pegan? —¡Es por eso
Que tengo miedo de volver a casa!
¿Cuántos números tienes? —Andrés dijo.
—¡Ocho! —responde la pequeña. ¡Oh santa
Compasión del insecto por el átomo!
Andresillo infeliz la frente baja,
Compra los ocho números y sigue
El camino que lleva a su morada,
Calculando los golpes que le esperan,
Llena de angustia el alma,
¡Mientras que de rodillas en la noche,
Sobre las nubes pardas,
La madre de la niña sin ventura
De gratitud y de dolor lloraba!

IV

Llegó Andrés a su cueva; vió en lo oscuro
El gastado jergón de húmeda paja,
Y sobre tosca fuente, junto al fuego
El humo de las viandas.
—¡Si te queda algún número, a la calle!—
La mujer le gritó: —¡La noche es mala
Y no pude vender! —con ronco esfuerzo
Del niño balbucea la garganta
Ya llena de sollozos. —¡A la calle!
¡A dormir en los bancos de la plaza!—
—¡Estoy enfermo y la ventisca sopla!—
—¡A la calle, repito! —Y la giganta,
Hecha una furia de cabellos rojos
Dejó al niño y la sombra cara a cara.
Lo que el niño y la noche se dijeron
Es un misterio aún; tal vez el alma
Enternecida de la pobre madre.
Sobre el niño tendió las leves alas.
Lo cierto es que al venir el nuevo día
Los quinteros que entraban
En la ciudad, rigiendo adormecidos
Con mano floja, las carretas tardas,
¡Le vieron con asombro
En el umbral oscuro de la casa,
Lívido, inmóvil, azulado, muerto,
A la confusa claridad del alba!

LA CAIDA DE LAS HOJAS

Por Manuel M. Bermejo
(Mexicano).

Matrimonio feliz:
Miran gozosos
correr por el jardín a sus dos niños.
Son de plata sus risas infantiles
y son de oro sus rizos
que vuelan agitados por las auras.
Descansan, luego un grito
provocador;
y el juego se reanuda
con mayor entusiasmo y más ahinco.
Algunas veces
uno en brazos de otro cae;
¡cómo se quieren los dos niños!
Ella es fuerte, robusta, apiñonada;
El, es un tanto pálido y raquítico,
pero ambos son iguales en amarse,
iguales en bondad y en hermosura,
iguales en espíritu.
Una mañana
cuando ambos alegres retozaban,
fueron sorprendidos
por extraña visita.
Era un lejano tío,
médico de gran fama,
que al llamado del padre
fue solícito,
porque le producía sobresaltos
la delicada complexión del niño.
El médico lo toma entre sus brazos,
lo examina, lo ausculta,
y sus mejillas besando con ternura
lo autoriza a continuar el juego interrumpido.
Jugaban a ocultarse,
y la hermanita
en la alcoba había hecho su escondrijo,
y mientras su hermano la buscaba
ella escuchó el pronóstico del tío:
“Amarga es la verdad y me lastima
tenerla que decir: Pero es preciso.

Este dulce calor de primavera
defiende su organismo;
le hace bien el aroma de las flores
y de las ramazones el oxígeno;
pero, a la caída de las hojas,
cuando bajo estos tilos
la calzada se alfombra de hojas secas,
tened resignación: morirá el niño.
Pasó la jubilante primavera,
pasó el fecundo y caluroso estío;
y a las primeras rachas otoñales,
aquel ser enfermizo
demostró que el Doctor no se engañaba;
fue perdiendo los bríos,
para jugar mostraba desaliento;
al comer era nulo su apetito,
y una triste mañana...
ya su lecho abandonar no quiso.
Los padres permanecen largas horas
contemplando a su pálido enfermito,
que es el ser de su ser,
que es toda su alma.
¿Y la niña?
El otro ser querido
que adora con pasión el dulce hermano,
que es de su alma de niño
lo más íntimo.
¿Dónde la niña está?
¿Dónde se ha ido
que no acude a las voces de su hermano,
que la extraña y la llama casi a gritos?
Va la madre en su busca,
y la encuentra vagando en el jardín
bajo los tilos.
En los troncos apoya una escalera
y con rostro abatido,
pero con paso firme,
sube y baja por ellos.
Lleva un hilo en la mano y una aguja,
y con afán solícito
va ensartando las hojas
que del Otoño al ósculo han caído
y las vuelve a colgar de los ramales.
Desde que amaneció,
venciendo al frío,
se entregó a su labor.

El jardinero que extrañado la vió...
nada le dijo.
Pero su madre al verla le pregunta:
¿Qué hace mi bien querido?
Y la niña angustiada le responde:
Oí lo que una vez dijo mi tío;
ya empieza la caída de las hojas;
ayúdame, mamá, yo te lo pido;
que no se alfombre de hojas la calzada,
¡para que no se muera mi hermanito!

UN CANTO PARA BOLIVAR

Por Pablo Neruda
(Chileno).

Padre nuestro que estás en la tierra,
en el agua, en el aire
de toda nuestra extensa latitud silenciosa
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra
morada:
tu apellido la caña levanta a la dulzura,
el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
la patata, el salitre, las sombras especiales,
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
todo lo nuestro viene de tu vida apagada:
tu herencia fueron ríos, llanuras,
campanarios:
tu herencia es el pan nuestro de cada día,
padre.
Tu pequeño cadáver de capitán valiente
ha extendido en lo inmenso su metálica
forma:
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve
y el austral pescador saca a la luz de
pronto
tu sonrisa, tu voz palpitando en las redes.
¿De qué color la rosa que junto a su alma alcemos?
Roja será la rosa que recuerde tu paso.
¿Cómo serán las manos que toquen las cenizas?
Rojas serán las manos que en tu ceniza
nacen.

¿Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
Es roja la semilla de tu corazón vivo.
Por eso es hoy la ronda de manos junto
a tí.
Junto a mi mano hay otra, y hay otra
junto a ella,
y otra más, hasta el fondo del continente oscuro.
Y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar a la
tuya.
De Teruel, de Madrid, del Jarama, del
Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de
España
llega esta mano roja que es hija de la tuya.
Capitán, combatiente, donde una boca
grita Libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda
donde un laurel de libres brota
donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra
insigne aurora,
Bolívar, capitán, se divisa tu rostro,
otra vez entre pólvora y humo tu espada
está naciendo.
Otra vez tu bandera con sangre se ha
bordado.
Los malvados atacan tu semilla de nuevo:
clavado en otra está el hijo del
hombre.
Pero hacia la esperanza nos conduce tu
sombra:
el laurel y la luz de tu ejército rojo
a través de la noche de América con tu
mirada mira.
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,
más allá de los pueblos oprimidos y
heridos,
más allá de las negras ciudades incendiadas,
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace:
tu ejército defiende las banderas sagradas:
y un sonido terrible de dolores precede
la aurora enrojecida por la sangre del
hombre.
Libertador, un mundo de paz nació en
tus brazos.

La paz, el pan, el trigo de tu sangre
nacieron:
de nuestra joven sangre venida de tu
sangre
saldrá paz, pan y trigo para el mundo
que haremos.
Yo conocí a Bolívar una mañana larga
en Madrid, en la boca del Quinto
Regimiento.
“Padre” –le dije: ¿“eres, o no eres o quién
eres?”
Y mirando el Cuartel de la Montaña,
dijo:
“Despierto cada cien años cuando despierta
el pueblo”.

EL CID

Por *Barbey D'Aurevilly*
(Francés).

Por la sierra, una tarde, pasaba el Campeador.
El sol despetalaba su flamígera flor,
y bruñía la púrpura de su esplendor postrero
en la resplandeciente coraza del guerrero.
El oro lo cubría de la frente a los pies;
su escarcela era de oro y era de oro su arnés;
un rubí granadino ardía en su cimera,
y sus ojos ardían aún más tras la visera.
Soberbiamente erguido con marcial bizarría,
no encontrando adversarios, con el sol se batía.
Los pastores, en lo alto de las altas montañas,
al ver pasar al héroe de las rudas hazañas,
envuelto en su leyenda de osadía y de estrago,
entre sí murmuraban: “Es el Cid o es Santiago”.
Pues con el fanatismo que infunde la victoria
unían los dos nombres en una misma gloria.
Así, lento, magnífico, arrogante y severo,
iba por los caminos el radiante viajero,
cuando oyó que del fondo de un barranco surgía
la ronca y débil súplica de una voz de agonía.
Y allí, tendido en tierra, vió un monstruo repugnante
de agarrotadas manos y roído semblante:
un leproso. De súbito, el corcel de Rodrigo
se encabritó: Tan sórdido y horrible era el mendigo,
que temió el noble bruto contaminar sus cascos
con rozar solamente aquel montón de ascos.

Con un gesto magnánimo, el guerrero español,
inclinando su bélico penacho tornasol,
le ofrece al miserable todo lo que le queda:
Una moneda de oro y un ademán de seda.
Y el ocaso ilumina una escena patética:
Alargando al guerrero una mano esquelética,
aquella gusanera viviente se incorpora,
y cae de rodillas pesadamente y llora...
Allí, en aquel oscuro recodo del camino,
lo maldijo una anciana, lo apedreó un campesino,
le fue negada el agua, le fue negado el pan,
y soportó en silencio la injuria y el desmán;
y ahora, un caballero de luciente armadura
caritativamente consuela su amargura,
sin temer el contagio de su inmunda dolencia,
y le ofrece a sus llagas una flor de clemencia.
Y el monstruo, en un impulso brutalmente sincero,
posa sus labios pútridos sobre el guante de acero.
El paladín lo mira, sin desdén, sin temor,
sin cólera: ¡Por algo es el Cid Campeador!
Inmóvil y benigno en su dádiva inmensa,
el gran Rodrigo Díaz de Vivar algo piensa.
¿Qué sentimientos laten bajo tu coraza?
De repente, con suave firmeza, los rechaza;
contempla largamente aquel escombros humano,
se arranca el guantelete y le tiende la mano.

EVOCACION LIRICA DE HONDURAS

Por Serafín QUITENÓ

(Salvadoreño).

Frescura del Ulúa,
clara y limpia a través del agro espeso
y ramo de jazmines de “Progreso”
bajo el fino temblor de la garúa.

Honduras inocente y sonreída,
hondo río de amor que el pecho ondula
y gota de “sereno” amanecida
en los claveles de San Pedro Sula.

Aliento de montañas y llanuras,
ímpetu azul de embalsamados pinos
que sostiene los nidos y los trinos
sobre los cielos diáfanos de Honduras.

Lejanía de mar la más lontana
y alma tendida al sol como un sarape
y nostalgia de pampas olanchanas
y pepita de oro del Guayape.

Honduras pavorosa,
honda en la dentellada y en el cántico;
honda en la selva oscura y en la rosa
y honda en la cabellera tempestuosa
como los huracanes del Atlántico.

Y Honduras infantil y sin honduras,
virgen en el aroma de sus robles
y en la serenidad de sus alturas
y en sus lagos hieráticos e inmuebles.

Moza la de los hálitos frutales
y el miedo arisco de sentirse guapa.
Moza la de las trenzas vegetales,
corazón florecido de zorzales,
milagro de la Virgen de Suyapa.

Impresentida proa
en sus ríos magníficos de oro,
sueño en el sueño eterno del Yojoa,
tibieza en los crepúsculos de Omoa,
y vuelo de oropéndolas en Yoro.

Oreada de balsámicas ternuras
en el amor de Juan Ramón Molina
se eleva en un milagro de alas puras
desde las insondables espesuras
y del hondo misterio de la mina.

Emoción pajarera, alma de breña
y carne deliciosa de banano;
imagen zahareña
y abierto siempre el valle de la mano.

De la cima del día
al florecer el resplandor lontano
se le sale de madre la alegría
y se le desparrama por el llano.

Honduras aldeana y provinciana,
agreste y sensitiva,
con mucho del candor de una mañana
infantil en la veste primitiva.

Honduras pavorosa,
honda en la dentellada y en el cántico,
honda en la selva oscura y en la rosa
y honda en la cabellera tempestuosa
como los huracanes del Atlántico.

En este dulce Mayo campesino
de mi alma su recuerdo es como el agua
defleando canciones en los pinos,
y aún va mi evocación por sus caminos
en un burrito gris de Comayagua.

AL PADRE REYES

Por Joaquín Soto
(Hondureño).

El antiguo fulgor de su cabeza
en el mármol que guarda su figura,
tiene un vago destello de tristeza
y un relámpago amable de dulzura.

Tras la frente bañada de blancura
surge el pálido pájaro que reza;
¡fue su canto una copa de agua pura
y su vida un fervor por la belleza!

¡Blanco abuelo de blanca poesía!
que escuchó la litúrgica armonía
en las pálidas músicas sonoras...

Por su verso de aromas siderales
pasa un tímido grupo de zagales
y un desfile de cándidas pastoras.

FIGURAS DE FAMA MUNDIAL ELOGIAN AL ORADOR CONTINENTAL JOSE ZERON h.

José Zerón h., el magnífico fogoso tribuno, escritor brillante y excelso amigo.

Quien tanto lo quiere.

DR. LUIS ANDRES ZUÑIGA.

Considerado la figura más alta de la intelectualidad hondureña. Autor del famoso libro "Fábulas", traducido al inglés, al francés, al italiano, al alemán y al ruso. Compañero y amigo de Rubén Darío, en París.

* * *

Cuando se escucha improvisar al orador continental José Zerón h., se da cuenta uno como Dios dotó de inteligencia suprema a los hombres.

DR. FRANCISCO REYES BALCARCE
(Colombiano).

* * *

En el Congreso Internacional de Arqueólogos del Caribe, escuché y me convenció esa maravilla viviente de la oratoria centroamericana que responde al nombre de José Zerón h.

DR. ANTONIO GARCIA,
Decano de la Facultad de Ciencias
Económicas de Bogotá, Colombia.

* * *

En la maravillosa Isla de Taboga, y teniendo por marco las costas de Panamá, Colombia y Venezuela, tuve el grato privilegio de escuchar al orador indoamericano José Zerón h., una verdadera lumbrera en el difícil arte del bien decir.

DR. ERNESTO PAIZ ARROYO,
Director de "Correo de la Tarde".

* * *

Quiero agradecerle infinitamente el brillante discurso que improvisó en nombre del Partido Nacional, en mi honor, en Toncontín. Después le escuché en el Palacio de Bellas Artes, en el Palacio del Distrito Central y en las Ruinas de Copán. Lo felicito y me siento orgulloso que Honduras tenga un orador de su altura.

DR. RAFAEL HELIODORO VALLE,
(Polígrafo de fama mundial).

Es Ud. un magnífico orador. Prosiga cultivándose que llegará muy alto.

LUIS RECASENSES SICHES,
Filósofo Español.

Autor de más de 25 libros sobre Filosofía,
Sociología y Derecho.— Catedrático en las
Universidades de la Soborna, de París, de
Madrid, de Oxford y de Columbia.

* * *

Tu nombre de orador excelso, recorre presuroso y triunfalmente toda América.

JOSE ANTONIO ZA VALETA,
Periodista Costarricense.

(Ganador tres veces del Premio
Nacional de Periodismo).

* * *

Zerón h. nació orador. Cuando habla, las multitudes se extasían, y tengo la seguridad que como tal, triunfará en cualquier lugar donde se hable castellano.

DR. PEDRO JOAQUIN CHAMORRO
(Nicaragua).

* * *

Zerón h., como su paisano Alvaro Contreras, ambos oradores excelsos, vinieron un día a triunfar a Panamá.

DR. DOMINGO DIAZ AROSEMENA
Ex-Presidente Constitucional de Panamá.

* * *

Nuestro ambiente es asfixiante, un orador como José Zerón h. debiera enviársele a recorrer el mundo para después él, con su gran talento, viniera a llenar de ideas nuevas y metáforas radiantes el cielo de Honduras.

Periodista MANUEL RAMIREZ
(El Atrevido Garzón),

Editorialista del diario "El Cronista".

En Zerón concurren las tres grandes facultades que forman al orador nato: Sólida preparación, inteligencia privilegiada y memoria maravillosa. Zerón h. es demasiado orador para Centro América.

JOSE MARIA GONZALEZ ROSA,
Pedagogo y Periodista.
Ex-Director de Diario Comercial
y del Colegio "José Trinidad Reyes",
San Pedro Sula.

* * *

En Honduras escuché al orador continental José Zerón h., ex-Director de varios periódicos, Presidente de la Asociación de Prensa de Honduras, al igual que eminente pedagogo. Además de ser un erudito, es un verdadero verbo motor humano.

Periodista SALVADOR MALDONADO,
Revista "Todo", México, D. F.

* * *

He vivido en varios países de América y tu fama de orador consagrado tiene dimensión continental.

FRANCISCO H. LARIOS,
Periodista Nicaragüense, Director de
"Nicaragua al Día".

* * *

En sus brillantes improvisaciones en Panamá, el atildado y erudito orador internacional José Zerón h. ha maravillado a las multitudes con su verbo convincente.

Periodista NACHO VALDES,
Redactor del "Manchester Guardian"
(El Mejor Periódico del Mundo).

* * *

Lo felicito efusivamente por su magnífico e histórico libro "Roosevelt y Carías Andino", al cual se está refiriendo ya la prensa de América y reproduciendo la Revista LIFE.

DR. LEO S. ROWE,
Director de la Unión Panamericana
de Washington.

* * *

El Señor Coordinador de Asuntos Interamericanos, Mr. Nelson A. Rockefeller, lo felicita por su interesante libro "Roosevelt y Carías Andino" y le desea mayores éxitos periodísticos.

WILFRED MAUCK,
Washington, D. C.

Le expreso mi más ferviente admiración, como destacado pedagogo y como eminente orador.

DR. ALBERTO MARIA CARREÑO
(Considerado el mejor historiador de México, quien representó a su país en el Primer Congreso Internacional de Arqueólogos del Caribe).

* * *

Me siento feliz de haber estrechado amistad con un gran periodista y destacado orador de América como Ud.; cuando venga a los Estados Unidos, me honraré atendiéndolo.

HERBERT WILLIAM KRIGER
(Etnólogo y Antropólogo. Director del Instituto Smithsonian de Washington y Representante del Museo Nacional de Estados Unidos).

* * *

He analizado detenidamente al orador internacional José Zerón h., quien además de sus condiciones innatas y su gran talento, es un incansable estudioso.

DR. FRANCISCO DE APARICIO,
Rector de la Universidad de Buenos Aires y Jefe de la Delegación Argentina al Primer Congreso Internacional de Arqueólogos del Caribe.

* * *

Le felicito sinceramente por su brillante obra: "Roosevelt y Carías Andino", a la cual se está refiriendo elogiosamente la prensa de los Estados Unidos.

JOHN DRAPER ERWIN,
Periodista y Diplomático.
Ex-Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de América en Honduras.

* * *

Siempre te he admirado como orador, pero ayer cuando improvisaste ante más de ochenta mil personas en el árbol del Guanacaste despidiendo a nuestra Patrona de Suyapa, en el bicentenario de su aparición, me dejaste maravillado. La verdad es que eres orador inmortal.

Poeta DANIEL LAINEZ.

Quiero felicitarle por la labor tan valiosa que está llevando a cabo a través de las páginas educativas y culturales de su Revista HONDURAS. Sus conceptos democráticos sobre la justicia y la libertad de nuestro querido hemisferio son muestras fehacientes de la fe y la razón de un hombre libre.

Diplomático CHARLES S. BURROWS,
Ex-Embajador de los Estados Unidos
de América en Honduras.

* * *

La potencia anímica de su espíritu y talento superior, al par de su condición de eminente orador de América, le colocan a Ud. en posición cimera.

DR. JEAN PRICE MARS,
Ex-Ministro de Relaciones Exteriores de
Haití y Candidato a la Presidencia de la
República.

* * *

Le suplico enviarme sus libros: "Roosevelt y Carías Andino", "Revelación" y "Estampas", a los cuales se está refiriendo encomiásticamente la prensa de América.

Periodista TELMO MONACORDA,
Redactor Corresponsal de "La Prensa" de
Buenos Aires en Montevideo, República del
Uruguay.

* * *

Inteligente profesor, José Zerón h., hombre de palabra y de numen.

DR. ANTONIO BERMUDEZ M.

* * *

José Zerón h., distinguido escritor, promesa efectiva de la intelectualidad hondureña.

DR. JULIAN LOPEZ PINEDA.

* * *

Vigoroso escritor, joven y distinguido intelectual JOSE ZERON h.

DR. MARCOS CARIAS REYES.

* * *

Profesor e ilustrado escritor José Zerón h., intelectual hondureño.

DRA. LUCILA GAMERO DE MEDINA.

Es un gran orador. En nuestro ambiente ha recibido el aplauso consagratorio de la crítica capacitada, como un erudito y elocuente orador de grandes carteles.

EL PANAMA AMERICA,
República de Panamá.

* * *

Orador notable que goza de una envidiable reputación intelectual en Honduras, en muy temprana edad.

EL IMPARCIAL,
San Salvador.

* * *

En Honduras tuvimos el privilegio de escuchar a ese gran orador que responde al nombre de José Zerón h.; dijo una perfecta y magistral improvisación frente a la tumba del antólogo y poeta continental Froylán Turcios, hablando en nombre de la Biblioteca y Archivos de Honduras.

EL LIBERAL PROGRESISTA,
Guatemala, República de Guatemala.

* * *

Mucho me alegro de que Ud. haya dejado muy bien puesto su nombre aquí, son muchas las personas que me han hablado encomiásticamente de su brillante actuación y de la simpatía que logró despertar aquí. Sus cuentos están muy buenos, yo los he leído con verdadera fruición.

FRANCISCO P. FIGUEROA,
Autor de "La Marimba",
Colón, República de Panamá.

* * *

Zerón h., es un gran orador para las masas. Posee el secreto extraño en su improvisación maravillosa de arrastrar y convencer las multitudes.

AUGUSTO C. COELLO h.

* * *

José Zerón h. es un hombre de armas múltiples. Elocuente orador político, prendió entusiasmo en las masas; y periodista de garra, hizo de "El Nacional" una maciza trinchera.

LIC. ELISEO PEREZ CADALSO.

* * *

Visitando Costa Rica se encuentra desde ayer en esta capital el distinguido periodista y gran orador hondureño José Zerón h., Director de "El Nacional" de Tegucigalpa.

LA NACION,
San José de Costa Rica.

SEÑALES DEL PERIODISTA Y ORADOR JOSE ZERON h.

Por Clementina Suárez.

He afirmado en más de una ocasión, que es tarea ingrata en Honduras dedicarse a las letras o mejor dicho a las Artes en General. **Por ello cuando se encuentra un compañero tan trabajador, tan entusiasta y tan preocupado por su labor, hay que aplaudirlo sin reticencias de ninguna clase.**

A este grupo pertenece José Zerón h., su obra realizada atestigua esa actitud y previene en la esperanza de otras sólidas demostraciones. Su libro "Revelación", plantea en su contenido una serie de problemas actuales del hombre, cercado por fuerzas contrarias que se oponen a la necesidad y afirmación de cada ser, a la manifestación total de sus fuerzas fidedignamente humanas. Una sorda resistencia que persiste en el anulamiento y vencimiento de los impulsos individuales.

Pero he de afirmar que José Zerón h., identificado plenamente con el ambiente del pueblo, de lo nuestro, recogido en los más puros veneros. Hombre del pueblo mismo, no vive en el aire, sino que se afianza a la tierra, a sus propias raíces.

Los avatares y luchas no han agriado su ánimo, ni las incomprensiones lo han decepcionado, con fe y tesón admirables lucha por el mejoramiento humano, orientado por su gran generosidad, su cordialidad amistosa y su esperanza en los destinos de su país.

Es contagiosa su creencia apasionada en la Patria y el destino de los hondureños. José Zerón h. es una bella lección de autenticidad, de fidelidad a sí mismo y a los demás. **Se podría llamar el hombre de los brazos abiertos. Su voz sin afeites, es una voz verdadera.**

No es necesario ser inmenso, lo necesario es ser. Acogidos a su amistad encontramos cálido afecto y comprensión incomparable.

I N D I C E

- 1º—Prólogos: del Lic. Luis Andrés Zúñiga y del Profesor Rafael Bardales B.
- 2º—Poemas para Kindergarten, de la página 13 a la página 20.
- 3º—Poemas para el Primer Grado, de la página 23 a la página 28.
- 4º—Poemas para el Segundo Grado, de la página 31 a la página 40.
- 5º—Poemas para el Tercer Grado, de la página 43 a la página 60.
- 6º—Poemas para el Cuarto Grado, de la página 63 a la página 90.
- 7º—Poemas para Quinto y Sexto Grados, de la página 93 a la página 137.
- 8º—Poemas para el Primero y Segundo Cursos, de la página 141, a la página 146.
- 9º—Poemas para el Tercero y Cuarto Cursos, de la página 149 a la página 195.
- 10º—Opiniones de Figuras de Fama Mundial, sobre el autor de este libro, de la página 197 a la página 204.

Se terminó de imprimir este libro el 30 de
marzo de 1966 en la Imprenta «ARISTON»
de Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.